



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

3

SHILICOLOGIA: SUEÑO Y REALIDAD

Por Moisés Chávez





PROLOGO

Shilicología 3: Sueño y realidad es el tercer volumen de la Serie SHILICOLOGIA de la Biblioteca Inteligente.

La Serie SHILICOLOGIA consta de 16 volúmenes. Señalamos con letras negritas el lugar del presente volumen:

SHILICOLOGIA	1	Historias de infancia
SHILICOLOGIA	2	Aventuras en pañales
SHILICOLOGIA	3	Sueño y realidad
SHILICOLOGIA	4	Los shilicos franchutes
SHILICOLOGIA	5	El Doctor Nelo
SHILICOLOGIA	6	El Diario del Capitán
SHILICOLOGIA	7	Mitología de Celendín
SHILICOLOGIA	8	Aventuras mitológicas
SHILICOLOGIA	9	Genio y figura
SHILICOLOGIA	10	El Señor Mackay
SHILICOLOGIA	11	El Fuscán
SHILICOLOGIA	12	Los Portugueses del Perú
SHILICOLOGIA	13	Arqueología de Celendín
SHILICOLOGIA	14	Lexicografía de Celendín
SHILICOLOGIA	15	Introducción a la Shilicología
SHILICOLOGIA	16	Loca Odisea-Perú 2024

* * *

La Serie SHILICOLOGIA intenta rescatar con enfoque antropológico algunas tradiciones de los celendinos —o shilicos— y representa un eslabón más en la producción literaria de nuestra tierra por medio de sus hijos que la añoran. Y si de yapa quieres fotos, todos los shilicos siprallas, las encontrarás en el volumen introductorio BIBLIOTECA INTELIGENTE de EL GRAN PBI y de nuestra página web Biblioteca Inteligente.

La secuencia de los volúmenes de la Serie SHILICOLOGIA va desde sencillas historias infantiles hasta su tratamiento sistemático y su análisis antropológico en los últimos volúmenes y de manera especial en el Volumen 15, que lleva por título, *Introducción a la Shilicología*, que si va al final es porque requiere de los fundamentos puestos en los volúmenes que le anteceden.

* * *

La Serie SHILICOLOGIA tiene tres partes bien demarcadas:

1. La primera parte abarca los volúmenes 1-3 que forman una mini serie de historias de infancia, sobre todo de la infancia del autor en Celendín, su ciudad natal.

2. La segunda parte abarca los volúmenes 4-11 e incluye historias de personajes que resaltan en la historia de Celendín:

Los shilicos franchutes enfoca tanto a los shilicos chistosos que hablan mochando las palabras como en el francés hasta aquellos que enfocaron seriamente sus aspiraciones en las universidades de París y lograron éxito en aquellos años cuando la cultura francesa inundaba el mundo y aun en el día de hoy. Entre muchos mencionamos al Gral. José del Carmen Marín, el Dr. José Marín Gonzáles, el escritor Alfredo Pita, etc.

El Doctor Nelo rescata algunos recuerdos del Profesor Daniel Quiroz Amayo, que con toda justicia y en el noble sentido de la palabra ha sido designado el “Quijote de Celendín”, porque Celendín fue para él su encantadora Dulcinea.

El Diario del Capitán contiene historias que con el tiempo se han ido entretejiendo alrededor de la memoria de mi abuelo, el Capitán Don Zaturino Chávez Baella, héroe de las campañas de San Juan y Miraflores para la defensa de Lima, la Capital del Perú, en la Guerra del Pacífico.

Mitología de Celendín debe su título, no tanto a la antropología cultural, sino a sus historias infantiles relacionadas con el mito o arcilla con que los niños pequeños jugamos a ser Miguel Angel. La historia intitulada “La dimensión del mito” parodia el poema del poeta celendino, Julio Garrido Malaver, “La dimensión de la piedra”, con que ganara los Juegos Florales en Trujillo.

Aventuras mitológicas, como el volumen anterior, presenta fantasías del tipo de “Los Rougrats”, de chicos en la edad de jugar con mito.

Genio y figura, presenta con nombres, apellidos y apodos a personajes típicos de la vida de nuestro pueblo.

El Señor Mackay soy yo mismo en los días de mi infancia y a lo largo de la vida. Esta obra está estrechamente relacionada con mi obra poética, *Filosofía de la vida*, el Volumen 2 de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS de la Biblioteca Inteligente.

El Fuscán, “El Buscador de Oro”, epíteto del Amauta Alfredo Rocha Segarra —Segarra con “s”, como él quería—, es también el título de mi obra que intenta pintar con palabras-acuarelas su polifacético perfil humano y shilico.

3. La tercera parte está formada por los volúmenes 12-16 que definen y sistematizan conceptos relacionados con lo que hemos venido a llamar, “Shilicología”:

Los Portugueses del Perú es una antología de historias cortas o “tradiciones” relacionadas con la Shilicología, porque la tradición oral en Celendín dice que sus primeros habitantes eran “portugueses” que vinieron del Brasil por las rutas no-rutas de la Amazonía. Este volumen incluye algunas de las *Tradiciones Peruanas* de Don Ricardo Palma

Arqueología de Celendín trata de la Segunda Expedición Arqueológica a Celendín y a las ruinas de La Chocta en Oxamarca, que tuvo lugar en 1973 bajo la dirección de este servidor con los auspicios de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUC). La Primera Expedición tuvo lugar en 1937, bajo la dirección del Dr. Julio C. Tello.

Lexicografía de Celendín sale a la ayuda de nuestros lectores que no están acostumbrados al habla de nuestro pueblo. Es una guía sobre vocablos del español antiguo o del portugués, así como del quechua regional de los Choctamallques que se basa en los apuntes de mi padre, Don Juan Chávez Sánchez, y de mi sobrino predilecto, el Sabio Arquímedes (El Quime). Cuando no entienda algunas de nuestras expresiones shilicas recurra a esta obra o a las notas de nuestra obra, *El Diario del Capitán*, indicadas en su texto mediante números exponenciales.

Introducción a la Shilicología aglutina y analiza la información de los volúmenes precedentes. En realidad somos los primeros en acceder al concepto de “Shilicología”, si bien ya se ha difundido en otros países, sobre todo en Francia.

Loca Odisea-Perú 2024 tiene características distintas de las anteriores pues presenta más bien un viaje de peregrinación a Celendín, un viaje y un recorrido como el que hacemos todos los shilicos que desde todos los rincones del mundo volvemos a nuestro terruño aunque sea para respirar su aire por unas cuantas horas.

* * *

Si la lectura de los volúmenes de la Serie SHILICOLOGIA te abre el apetito, te diré que historias relacionadas con Celendín están regadas a lo largo y a lo ancho de EL GRAN PBI y de la página web Biblioteca Inteligente especialmente en la Serie DIALOGO VITAL y la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS.

Para profundizar lo que respecta a las historias cortas de la Serie SHILICOLOGIA accede a nuestro programa informático EL GRAN PBI y visita nuestra casa en internet:

www.bibliotecainteligente.com

A continuación te damos la llave para que dentres. Y cuando sales, cierras bien y dejas la llave sobre el batán, pero bien escondidita debajo del chungo, para que nadie más la encuentre:



www.bibliotecainteligente.com

En cuanto a nuestro programa informático, EL GRAN PBI —Programa Biblioteca Inteligente—, para ser instalado en vuestras computadoras personales e incluso en vuestros teléfonos móviles con el contenido actualizado de la página web Biblioteca Inteligente, consulta a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarbup@gmail.com

Al mismo email escribe para recibir regularmente *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la California Biblical University of Peru (CBUP) que continuamente publica temas relacionados con la Shilicología.

¡Bienvenido al apasionante mundo de la Shilicología!

Dr. Moisés Chávez,
 Editor de la *Biblia Decodificada*
 Revisor Principal de la Biblia RVA
 Director del CEBCAR Internacional
 Director Académico de la CBUP





CONTENIDO

PROLOGO

ANTOLOGIA DE HISTORIAS CORTAS

1

UN DIABLITO BUENO

2

LA MAJA DESNUDA

3

EL FANTASMA DE ENRIQUE VILLAR

4

EL PADRINO

7

5

ANECDOTA DE LA VICTORIA

6

CIRCUNCISION A RAJATABLAS

7

PIES DE LIRIO

8

LOS ANGELES DE MI VOCACION

9

EL PERRITO MATEMATICO

10

EL ZOOLOGICO DEL FUJMORI

11

AVENTURAS MITOLOGICAS

12

PIQUI CHAQUI

13

UN RITUAL DE BRUJERIA

14

EL VUELO DE LA CHINA LINDA

15

EL TRIO DINAMICO

16

APRETANDO LA CARRERA

17

EL PICO DEL PAJARO DIOSTIDÉ

18

UN TRIUNFO DEPORTIVO

19

LA ENCUESTA DEL SIGLO

8

20

LA DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

21

¡VIVA MI PATRIA BOLIVIA!

22

SUEÑO Y REALIDAD

1
UN DIABLITO BUENO



Los estudios científicos en la Universidad Hebrea de Jerusalem requieren, aparte del inglés, de un idioma académico en el nivel de Master y de otro adicional en el de Doctorado. Esos idiomas son el francés y el alemán, y el estudiante de grado ha de dominarlos y utilizarlos en su investigación bibliográfica.

Yo escogí estudiar el francés y tuve la oportunidad de practicarlo en casa, pues vivía con una familia israelí proveniente de Francia. Madame Ivette Kofsmann me tenía mucho cariño, y cuando le conté que estaba estudiando francés en la universidad, me dijo:

—¡Cómo me gustaría que pudieses leer un libro de la Condesa de Ségur que yo leí de niña: *Un bon petit diable* (Un diablito bueno). Cuando te miro a ti, no puedo dejar de asociarte con Charles, el personaje de ese libro infantil. ¡Tú eres para mí, *un bon petit diable*!

* * *

Entonces yo tenía 21 años y estaba abocado a mis estudios en la Facultad de Arqueología. Si habría que describirme con una sola palabra, ésta sería “seriedad”. ¡Cuánto más estando en la Tierra Santa me debía conducir con sabiduría y seriedad.

Es interesante que todo ese tiempo de mis estudios en la Universidad Hebrea nunca recurrí a mi don natural de reducir a las personas respetables a dos o tres trazos ridículos que provocan la carcajada.

Tampoco recurrí a las bromas pesadas para las cuales cuento con doble unción.

Sin embargo, ella me miraba, se reía en mi cara y me llamaba *un bon petit diable*.

¡No lo podía creer!

* * *

Al cabo de cuatro años, cuando terminé mis estudios y estaba a punto de viajar de regreso a casa en el Perú, ella volvió a decirme:

—¡Cómo quisiera que leyeras ese libro francés del que te hablé, porque tú eres igualito a Charles! Lamento no haberlo conseguido en Israel, pero ahora que pasarás por París, prométeme que lo adquirirás en cualquier librería de barrio, porque las obras de la Condesa de Ségur son lectura obligatoria en las escuelas de niños.

Luego entró en su cuarto y sacó un libro muy grande, *Le Petit Larousse Illustré*.

La editorial francesa Larousse, antes de producir sus afamados diccionarios Larousse para los idiomas de Europa (incluido en español) lo había producido en francés.

Me dijo:

—Este es un obsequio que te ayudará a profundizar tus conocimientos del francés.

Luego metió su mano en la bolsa de su delantal y sacó un billete, desconocido para mí, y me dijo:

—Aquí tienes 40 francos. Con esto podrás adquirir, no sólo *Un bon petit diable*, sino toda la colección de la Condesa de Ségur donde los venden de segunda mano.

La curiosidad respecto de este libro empezó a apoderarse de mí. Era como si presentía que estaba a punto de encontrarme en París con mi alma gemela.

* * *

En París adquirí toda la colección, y me puse a leer *Un bon petit diable*, que trata de Charles, un niño escocés, huérfano de padre y madre, y carente de todo familiar, excepto una prima mucho mayor que se refiere a él como “su sobrino”, para darse importancia. Se llamaba Celeste Mac’Miche, una viuda avara y perversa que asumió su cuidado, no por cariño sino por echar mano del dinero que su padre dejara para él al morir. Ella lo maltrata y humilla, pero el niño se ingenia para convertir el maltrato y la humillación en algún motivo para sonreír en la vida.

Las personas que le ayudan a sobrevivir son Betty, la mucama de la Sra. Mac’Miche, y dos chicas poco mayores que él, sus primas de segundo grado: Marianne, la mayor, y Juliette, la menor, que es ciega. Ambas, también huérfanas de padre y madre, viven solas en una casa aparte que sirve de refugio al pobre niño en los peores momentos de su existencia.

La historia se desarrolla en Dunstanwell una pequeña villa de Escocia cuyos habitantes e instituciones pertenecen a una minoría católica en medio de la población protestante. De allí que sus habitantes varones usen en ocasiones festivas la típica falda escocesa.

* * *

La Condesa de Ségur nació como Sofía Rostopshine y vivió 75 años, de 1799 a 1874. Sus obras, que he tenido el privilegio de leer la mayoría, sino todas, ocupan un lugar privilegiado en la biblioteca infantil de Francia y son publicadas hasta el día de hoy por la editorial Librairie Hachette. Ella habría escrito *Un bon petit diable* cuando Don Ricardo Palma completaba sus *Tradiciones Peruanas*.

Al llegar a casa después de recorrer hasta el cansancio las galerías del Museo de L'ouvre, me echaba a leer este libro suyo, y de veras encontré un gran parecido entre Charles y yo. Pero me intrigaba cómo pudo Madame Ivette imaginarme de niño.

Yo he nacido y crecido en la villa de Celendín, en un ambiente parecido al de Dunstanwell, incluso en el aspecto de nuestra “herencia escocesa”, porque la villa ha sido campo de misión de la Free Church of Scotland y la Misión Evangélica Presbiteriana. Pero a diferencia de Charles, yo crecí en un hogar feliz con papá y mamá, y con recursos suficientes. Aunque ha habido duros momentos en mi tierna infancia, lejos del hogar, que me hicieron actuar como Charles, para sobrevivir.

Entonces yo tendría diez años, la edad de él.

* * *

Antes que mis padres se trasladaran a Lima, en la casa de una tía sufrí mucho a causa de un pequeño corral o jaula de gallinas, que estaba justo encima de mi cuartito sin puerta, que daba a la azotea.

Nunca he olvidado las cosas que sufrí en ese cuartito de metro y medio de lado y metro y medio de alto, porque una sinusitis crónica adquirida allí me ha acompañado hasta mi vejez y seguirá hasta el final.

Lo único que separaba mi cabeza de las gallinas era un apolillado entablado, y todas las noches un gallo aplaudía con sus alas antes de cantar a viva voz.

Su canto interrumpía mi sueño y me llegó a enfermar de los nervios. Yo le rogaba a mi tía que se deshiciera de ese gallo, pero ella y su hija se reían de mi sufrimiento. Entonces se me ocurrió decirles:

—Yo quisiera revelarles un secreto que ustedes no saben. . .

Ellas pararon la oreja. Quizás era algo que desconocían de mi *curriculum vitae* en las calles, en las pampas y en los riachuelos de Celendín.

Después de un tenso silencio, proseguí:

—No sé si deba decirles esto. . .

Ellas empezaron a ponerse nerviosas.

Les pedí que acercaran y juntaran sus cabezas, y les revelé:

—Yo estoy compactado con el diablo, y poseo ciertos poderes que ustedes no podrán creer.

* * *

De buenas a primeras se rieron, pero vieron en mí tal seriedad que empezaron a tener miedo. Yo mismo me asusté de lo que dije, pero disimulé seriedad y añadí:

—Voy a darles una demostración de mi poder: Esta noche el gallo no cantará, porque yo le ordenaré que no cante, y me obedecerá.

El gallo me obedeció, y no cantó.

Al día siguiente les dije:

—Tampoco esta noche cantará, porque lo he hipnotizado y le he mandado que no cante, y me obedecerá.

El gallo me obedeció por segunda vez.

Al día siguiente, cuando les vi examinando disimuladamente el gallo mientras limpiaban la jaula, les dije:

—Esta noche tampoco cantará. Pero les aconsejo que no lo maten ni lo coman, porque está hipnotizado.

Ellas empezaron a mirarme con pánico.

* * *

Pero algo falló.

Ese gallo me tenía con los nervios destrozados, y antes del aleteo que precedía su canto, mis nervios me despertaban, porque hacía un sordo sonido con su garganta. Eso fue lo que utilicé para la demostración de mi poder.

Yo tenía lista una bombilla de jebe, cargada de agua. Era del tamaño de una pera grande, y su pico tenía unos tres centímetros. Era roja, como una pequeña pelota de jebe. Y al ser despertado por ese sonido que hacía con su garganta en el preciso momento en que iba a levantar sus alas antes de cantar, aplasté con fuerza la bombilla y le disparé un chorro de agua directamente a su axila.

El gallo dijo en francés, *hein* (pronúnciese de manera apagada, *he*), y no pudo cantar.

Las dos primeras noches el artificio resultó. Pero la tercera vez, ya acostumbrado al chorro de agua, el maldito gallo volvió a cantar, pero con menos entusiasmo.

Eso no me desacreditó, y toda su vida ellas me vieron como un ser poderoso a quien hay que respetar y temer.

¿Quieres que te cuente otra?

Si quieres meterte en mi infancia espectacular, bucea dentro de mis 1001 historias cortas que ha publicado la Editorial Juan Ritchie en su rubro virtual *Indice Expurgatorius-Libros Prohibidos*. Escribe para ello al Email cebcarcup@gmail.com

* * *

Esta escena que acabo de contar es parecida a cuando Charles le dijo a su malvada tutora, de su viva imaginación: “El Juez de Paz me ha dicho, ‘tú eres un verdadero diablo’. ¡Yo apuesto que tú llevas las marcas! Y yo le he respondido: ‘Las hadas me han prometido

protegerme.’ Y el Juez ha tenido tanto miedo que me ha puesto de patitas en la calle, de miedo que yo pudiese atraer las hadas a su casa.”

La señora Mac’Miche le dice asustada: “Tú eres tan malo, que las hadas bien podrían hartarse de ti.”

Y Charles respondió: “Yo me hartaré de usted, y os entregaré a las hadas.”

La Mac’Miche exclamó: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Betty, corre rápidamente a la fuente de Fairy-Ring para traerme de su agua! Echaremos de ella sobre todo lugar, y también sobre este maldito.

* * *

El agua de la fuente de Fairy-Ring (el Anillo del Hada), se cree que tiene la virtud de alejar las hadas y de impedirles hacer mal. Una nota del libro de la Condesa de Ségur dice: “Hay en Escocia una multitud de personas que creen en las hadas. Dicen que habitan por los valles, por las fuentes, los arroyos y los ríos. En estos lugares a menudo se ven rodajas despojadas de hierba como si hubieran sido pisoteadas. Las llaman ‘*fairy’s rings*’ o ‘anillos de las hadas’, y pretenden que las hadas vienen a danzar en ellos durante la noche, y que son sus pequeños pies los que estropean la hierba.” —Los teóricos de los extraterrestres ancestrales creen que tales misteriosos anillos son producidos por sus naves espaciales cuando aterrizan—.

Otra nota editorial añade: “En Escocia se nombra a las hadas lo menos posible por miedo a atraerlas. Cuando se habla de ellas dicen ‘*the ladies*’, es decir, ‘las damas’. Algo parecido se dice de los duendes en Celendín.

* * *

Entonces viene Betty para atizar el fuego, y le dice a la señora Mac’Miche: “¡Oh, señora! ¡Es ciertamente terrible! ¡Este pobre muchacho! ¡Mírelo, pues, en sociedad con las hadas! ¡Esta si que es una mala compañía! ¡Sabe Dios qué le enseñarán!”

La actuación de Betty, de quien alguien le dijo a Charles, “tu alcahueta Betty”, es descrita de manera magistral por Boxear, instructor del establecimiento correccional de Old Nick, cuando habla a sus pupilos con motivo de la expulsión de Charles: “Los crímenes de estos últimos días provenían de él, de Charles Mac’Lance. Habían sido concebidos por él, y ejecutados por él mismo. La presencia en medio vuestro de un ser tan corrompido, de este verdadero MEFISTOFELES, no podía ser tolerada. ¡El tenía una cómplice, Betty, que ha sufrido la misma ignominia!”

La verdad, la neta, es que ambos se habían hecho expulsar del péfido establecimiento correccional de la manera más ingeniosa y espectacular, como verás en mi traducción del libro, *Un bon petit diable*, que ha sido publicado por la Editorial Juan Ritchie-Ediciones CBUP-CEBCAR.

* * *

Nada de las aventuras de mi infancia conocía Madame Ivette Kofsmann. Mi aspecto actual era el de un muchacho humilde y respetuoso, bien peinado con raya a la izquierda. De modo que por mucho tiempo he vivido con la inquietud de qué cosas vería ella en mí para decir que yo era *un bon petit diable*.

En el 2005 volví a leer el libro con más detenimiento y análisis crítico-literario. Y viendo que en el mundo de habla hispana existe una total ignorancia de la obra de la Condesa de Ségur, en especial de este hermoso libro que no he visto en la colección infantil de la *Biblioteca Billiken*, me propuse traducirlo al español para que lo leyese mi pequeña hija Lili Ester que se encontraba estudiando en la Alliance Française.

* * *

En el 2013, al prepararme para el curso que daría sobre el Movimiento Sapiencial en la California Biblical University of Peru, lo volví a leer en francés, y pensé: “¡Qué libro más maravilloso para sentar los fundamentos del Movimiento Sapiencial en nuestro tiempo!”

En primer lugar, por ser una obra tan divertida.

En segundo lugar, porque he logrado decodificar su mensaje CODIFICADO.

En tercer lugar, por ser tan, tan, tan sapiencial.

Las referencias a la sabiduría están sutilmente regadas a lo largo del libro, por lo que sospecho que poquísimos podrían captar la visión y misión sapiencial que derivan de esta obra genial, cuyos personajes centrales, Charles y Juliette, brillan con luz propia. Al final ambos se funden en un solo resplandor como la luz de una estrella binaria que alcanza a nuestro planeta.

* * *

La autora se refiere a Charles en estos términos: “Cuando crezca, ¿terminará por volverse sabio, sin perder su buen humor?”

Betty nos sorprende con sus expresiones tan discordes con su actuación: “¡Vamos, Charles, ¡nada de palabras imprudentes! Yo te voy a dar libertad, pero sé bueno; sé sabio.”

La situación del niño conmueve, pero sus palabras con que ruega al Juez de Paz, asombran. “Yo le ruego, mi buen señor, hágame cambiar de casa, ubíqueme con mis primas Daikins, que son tan buenas para mí, que me dan tan buenos consejos y buscan convertirme en sabio.”

Por fin confiado al cuidado de sus primas, Charles le dice a Juliette: “Estáte tranquila, Juliette, al presente que estaré con ustedes dos, tú verás como estarás contenta de mí, y como yo te escucharé dócilmente, sabiamente.”

Marianne le dice: “¿Desde cuándo el señor Charles ha pasado a las filas de la gente sabia?” Y él responde: “Tú no me conoces, pero estoy seguro que Juliette me encontrará cada vez más sabio.”

La autora escribe: “Juliette se reía de buen corazón y retomó su tejido, soñando con felicidad en la dulzura y la sabiduría de Charles.” Y añade esta observación: “Pero como nada es perfecto en este mundo, la sabiduría de Charles no impidió algunos intervalos, algunas violencias y algunas tonterías.”

Y Juliette exclama hacia el final: “¡Quién hubiera podido adivinar que este *pequeño diablo*, llegaría a ser el más sabio, el más excelente, el más consagrado de los hombres!”

* * *

En la misma tónica, Charles pregunta al Juez de Paz:

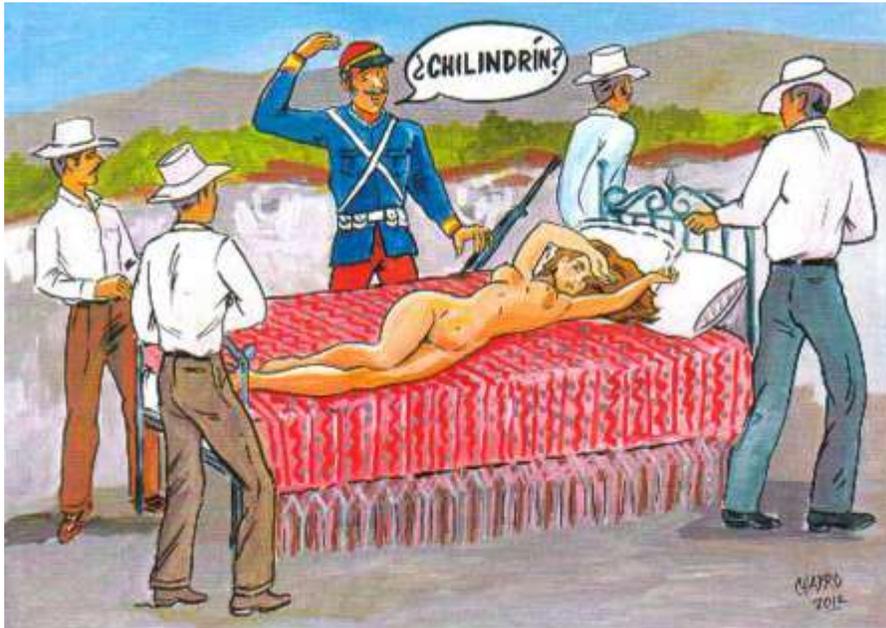
—Entonces, ¿usted no encuentra que yo cometa una tontería al desposar a mi querida Juliette?

—¿Tontería? ¡Esta es la acción más sabia, la mejor de toda tu vida! ¿Dónde encontrarás tú una mujer que valga más que Juliette?

Este criterio destaca cuando decodificamos su mensaje sapiencial en Juliette, que es de veras la personificación de la sabiduría, y en el nombre de pila de la autora, Sofía Rostopshine: Sofía es la palabra griega que se traduce “sabiduría”.

Si alguna vez visitas Estambul, la antigua Constantinopla, verás en la Iglesia de Santa Sofía, el mayor testimonio histórico de la cristiandad. Pero Sofía no es ningún ícono ni ninguna santa, sino la “Santa Sabiduría” personificada que la Biblia dice que está disponible a todo el que la pida a Dios.

2
LA MAJA DESNUDA



Ese año, escapando del sofocante verano limeño, fui a visitar mi ciudad natal, Celendín, para pasar los Carnavales. A lo largo de los 1200 kilómetros de recorrido no dejaba de pensar en la oportunidad que tenía delante, de visitar el valle encantado de Llangat, a 15 kilómetros al norte de Celendín, y bañarme en sus pozas de aguas termales. Sería la primera vez que recorrería en su integridad la nueva carretera que desciende al valle.

Quería recordar la fresca visión del valle a la distancia, desde la altura, e impregnarme después de la atmósfera caldeada de Mamaj y Pumachaca, donde mi abuelo, el Capitán, tenía solares cultivados con caña de azúcar y árboles de mango. Pero sobre todo, quería volver a experimentar aquellos momentos mágicos de la primera vez que me escapé de casa y fui allá, siendo un niño pequeño, atraído por la fama del temible río La Llanga que de vez en cuando engulle animales y seres humanos.

* * *

Al llegar a Celendín, ya a oscuras, me recuesto pensando en mi pesado viaje de 24 horas, y en eso escucho la música mágica del Chilalo. Salgo de la casa y me dirijo a la Plaza de Armas para observar de cerca, y me entremezclo con Ño Carnavalón y su mujer, la Zarca, con sus enormes máscaras y álveos potochos shilicos. Esas, y otras máscaras “personalizadas” squé son hechas por el Brocha, un hábil artista de El Cumbe.

Entre los disfrazados con máscaras más pequeñas, había uno con las inconfundibles facciones del Doctor Nelo, el científico más controvertido y controversial de Celendín. El no iba bailando al son del Chilalo, ni hacía ninguna gracia. Casualmente, su única gracia consistía en que no tenía gracia. Sólo caminaba fuera de contexto, a paso lento y cabizbajo, cavilando en los Chilchos, y con sus manos en sus bolsicos, al estilo qué me importa; y eso, de por sí, daba más risa.

Entonces se me clava la idea en la cabeza: “¡Al Doctor Nelo lo necesito! ¡Qué mejor que contar con su guía en el valle encantado de Llanguat! ¡Tengo que ubicar al anciano mañana temprano, sí o sí!

* * *

Al día siguiente, temprano en la mañana, salí a buscar al Doctor Nelo; mi visita a Celendín no sería grandiosa sin él.

Yo que llego a la esquina de la Plaza de Armas, cuando lo veo sentado en una banca, leyendo su periódico.

Se alegra mucho al verme y me invita a su casa para mostrarme el Museo que ha implementado en su sala, una de cuyas piezas artísticas más valiosas es la escultura de su majoma del Lagañoso tallada en una coronta de maíz.

Me dice:

—Te espero en mi casa esta tarde a las 3.30 en punto.

Para llegar puntual a esa cita tan importante, salí de casa a las 3.30 en punto. El me abrió la portada de la casa, y le seguí para ver su sala convertida en Museo, la cual estaba con candado.

* * *

Antes de que yo llegara, él ya estaba intentando abrir el candado, pero no lo logró. Probó todas las llaves de un atado, y no le hacía ninguna. Lo mismo hizo con todos los atados de llaves que encontró en otras habitaciones.

Bastante sofocado y nervioso salió de la casa, y después de unos minutos volvió con otro atado de llaves que se prestó de la vecina. Y me dice:

—A ver si alguna de estas llaves de la vecina le hacen al candado. . .

Le pregunto:

—¿Acaso no tienes las llaves de tu propia sala?

Y responde:

—Lo que pasa es que mi mujer se ha largado a Cajamarca sin avisarme, y se ha llevado la llave del candado de la sala.

* * *

Ese día no pude ver su colección de objetos arqueológicos que están expuestos en su sala, ni su colección de las obras de arte de su suegro, el genial Alfredo Rocha. Pero me mostró su invernadero en el patio principal —su centro de investigación genética—, y sobre los pretiles su colección de líticos platillos voladores que los alienígenas de alguna otra estrella escondieron en la cuenca del río Marañón.

Como si estuvieran remedándonos, los troncos de extraños árboles de apariencia fantasmagórica se retuercen en la sucesión de patios de su mansión. Su mujer, la Esther Rocha, también chochea con una colección de resecas raíces que adornan los pretilos de piedra alrededor del patio principal. En eso veo que de una de esas raíces resecas y grotescas, abrazada por tétricas telarañas, brotan unas hojas de verde encendido y unas florecillas de colores intensos y alegres. Y exclamo: ¡No puede ser!

* * *

Como todo puede ocurrir en esta mansión embrujada, me acerco a contemplar de cerca tan maravillosa visión, y resulta que detrás de la raíz seca había germinado aquella flor en un bien disimulado tarrito de leche Gloria que servía de macetero.

Después de pasado el susto me detuve a contemplar el mural sobre la pared del alar donde está representado un hermeterion de la variedad de los megaterios andinos que ha sido descubierto en Santa Rosa, en el extremo nor-oriental de la campiña de Celendín, y que actualmente se exhibe en el Museo de Historia Natural en la Avenida Arenales, en Lima.

El impresionante animal, una especie de perezoso gigante de 5 metros de altura vivió en la vegetación sub-tropical del Período Pleistoceno, hace 30,000 años.

El Sabio me dice:

—Sus restos fósiles fueron llevados a Francia para ser investigados por el paleontólogo Francois Pujos, y a su retorno al Perú pudieron ser conservados en el mismo Celendín si la Municipalidad se hubiera dignado implementar un museo de sitio que los albergase.

Mientras recorremos su exuberante exhibición de historia natural contemplo las raíces expuestas y fantasmagóricas, y me acechan los recuerdos de aquella vez, cuando era un niño pequeño de ocho años de edad y me escapé de mi casa para ir a Llanguat, el valle encantado donde las plantas parásitas crecen en el aire y saltan de árbol en árbol hasta que se enamoran de algún árbol cojudo y dejan de chibrinquear.

* * *

Ahora, después de más de medio siglo, estaba a punto de revivir aquella loca escapada a Llanguat, ¡y quien sabe teniendo como compañero y guía a un científico tan excepcional como el Doctor Nelo!

Me iría con él, si acaso pudiese convencerlo de que me acompañase. Y de fiambre, me robaría de nuevo una lata de atún de la tienda y un rocoto de la huerta para preparar en Llanguat ají soltero y darnos un atracón con las yucas de algún solar.

Lo primero que había que hacer era convencer al Doctor Nelo. Viajar allá con él, que conoce el nombre quechua y el nombre científico de todas las plantas, animales y rocas, y que imita y traduce el canto de las aves, que conoce el componente químico de las aguas termales, las leyendas de los Chilchos de Pallaj y de los llanguatinos de Mamag y Pumachaca. . . ¡Viajar con él, realmente sería el despelote!

* * *

Mientras recorremos su exuberante colección geológica en los alares de su patio principal, empiezo a tentarle al estilo Satanás.

Le digo:

—¡Masque vamos a Llanguat!

El responde:

—No puedo. ¡Qué va a decir mi mujer cuando regrese de Cajamarca y no me encuentre en casa!

Le digo:

—¡Casualmente por eso! Me refiero a que ella se ha largado a Cajamarca dejando la sala de tu museo con candado, y a ti te ha dejado prácticamente en la mismísima calle. ¡Ahora tienes la gran oportunidad de desquitarte! Ven conmigo a Llanguat, y cuando ella vuelva y no te encuentre, y se entere de que te largaste a Llanguat, le va a dar un colerón. O a lo mejor se pone a llorar de pena pensando que te has ido a tirarte al río La Llanga. Tú sabes como son las mujeres. . . ¡Te habrás desquitado de ella con estilo, de manera magistral!

* * *

Entonces le brillan los ojos, y me dice con la expresión infantil del Chavo del Ocho:

—¡Eso! ¡Eso! ¡Eso! ¡Zaz! ¡Vamos! Y de paso disfruto de un buen baño medicinal en las pozas de aguas termales. Este va a ser un buen pretexto, porque de veras lo necesito para mis várices. ¡Qué mujer ni qué mujer!

De inmediato nos fuimos a la Oficina de Turismo en la Plaza de Armas para comprar los pasajes. Para que no se me fuera a desanimar, pagué por adelantado los dos pasajes ida y vuelta, y le dije que no se preocupara por el fiambre. Yo llevaría dos latas de atún, y en Llanguat nos pelaríamos una planta de yucas de cualquier solar, y las sancocharíamos para comérmolas con ají soltero, exactamente como hice cuando me escapé a Llanguat a los ocho años de edad.

Entro a casa para avisarle a mi Mama Lila que me voy a Llanguat, y del mismo estante de la tienda ella toma dos latas de atún Florida para nuestro fiambre, sin que yo se lo pida.

La historia de mi primera escapada a Llanguat parecía repetirse.

* * *

Descendemos al valle en la segunda camioneta que partió temprano al día siguiente. Con nosotros van dos familias, hijos de celendinos que habían venido de Lima para conocer la tierra de sus progenitores. Todos estaban agolpados sobre nosotros dos, ansiosos de escuchar las explicaciones del Doctor Nelo, y nos ajochan con sus preguntas.

Bajando por Shururo, el Doctor Nelo señala sobre una mata un indiopishgo, y todos los turistas sacan la cabeza por las ventanas para observarlo henchidos de asombro y admiración, porque han oído mucho hablar de él, pero nunca han visto su majoma.

Pero el indiopishgo levanta vuelo y se manda a mudar, y nos deja con los crespos hechos.

* * *

Entonces una muchacha superdotada le pregunta al Doctor Nelo:

—¿Cómo es el indiopishgo? ¿Ah? ¿Por qué se le llama “pishgo”? ¿Ah?

Y el Doctor Nelo le responde:

—*Pishgo* es una palabra del quechua del norte que significa “pájaro”. *Indiopishgo* significa “pájaro indio”. Y analógicamente, en el dialecto shilico se le llama “pishgo” al pene. —¿A quién?

—Al pene.

—¿Y por qué, ah? ¿Acaso canta?

Y uno de los turistas le responde:

—No canta, pero encanta.

Otro pasajero añade, sin son ni ton:

—Es un pájaro en una jaula de oro. . .

Y otra muchacha risueña comenta desde el asiento del fondo:

—¡Jaula de trapo será!

* * *

Así seguimos nuestro descenso al valle encantado de Llanguat. Entonces el Doctor Nelo nos señala un árbol de pate y comenta:

—Ese es un árbol de pate. La lana que se forma dentro de sus frutos sirve para hacer almohadas de lujo.

Más abajo nos señala un árbol de gualanco o guaranco cuya copa estaba cubierta con ciertas plantas parásitas aéreas llamadas “siemprevivas”, y explica:

—Las siemprevivas se desplazan en el aire y se acomodan en las copas altas de los gualancos, y allí crecen.

* * *

Al bajar de la camioneta en las aguas termales, en la entrada de Llanguat, nos señala una planta al ras del suelo y comenta:

—Este es el chamico de temple cuyo nombre científico es *Datura stramonius*, porque contiene daturina. . .

Luego nos señala una planta de higuerrilla, y cuando nos indica su nombre científico y sus propiedades laxativas, su atención se desvía hacia un bello pájaro con su pecho rojo que estaba apostado sobre la copa de un gualanco:

—¡Miren ese lindo pajarito que está allá! Es el guanchaco, que tiene el pecho rojo, o como decimos en Celendín, “colorado”. De allí deriva la canción, “¡Guanchacooo pecho coloradooo!” —Y se pone a cantar—.

Acto seguido señala un pájaro que habla, llamado “quién-quién”, porque cuando pasas por el camino pregunta con insistencia quién diablos eres vos.

Luego se pone a imitar los sonidos que emite el quién-quién, tanto cuando habla el macho como cuando le contesta la hembra.

¡Y todos los turistas se divierten sin pagar!

* * *

El Doctor Nelo está en su gloria. Para nada parece acordarse de su mujer, ni se preocupa de la maja que le espera a nuestro regreso.

Y al disponernos a almorzar, se le ocurre ser generoso e invita jugo de caña de azúcar o guarapo a todos los turistas que nos rodean.

El guarapo es traído en un balde desde el mismo trapiche, y a pesar del calor reinante es muy fresco.

Pero los turistas no nos dejan comer en paz nuestro atún con yuca sancochada y ají soltero, y nos ajochan con infinidad de preguntas.

Aquel día en Languat volví a sentir como cuando tenía ocho años de edad, y a esta hermosa experiencia con el Doctor Nelo dedico una historia entera que lleva por título, “El Valle de la Fantasía”, y que te aconsejo no leer.

* * *

De regreso a Celendín, la cuesta de Languat en combi, no a pie ni con llanques como antaño, fue como un sueño.

El sabio señala a la distancia el cerro Tolón y dice:

—Ese es el cerro encantado de Tolón; es el Tolón grande, porque también hay el Tolón chico, al otro lado de la fila.

Y se pone a hablar de las apariciones fantasmagóricas del finado Don Augusto Gil, todo sipralla, en las inmediaciones de ese cerro. Nos habla de sus cuevas encantadas, de los duendes y los íncubos que habitan en su interior y de las luminarias que se avistan de noche y que cuando uno se acerca a mirarlas, desaparecen como por encanto. Y comenta:

—Esas luminarias que se encienden y desaparecen no son otra cosa que “fuegos fatuos” que indican la presencia en el lugar de restos óseos de la gente de la cultura Marañón.

Y aclara:

—Los fuegos fatuos son resultado de la combustión natural del sulfato tricálcico que contienen los restos óseos, y ocurren generalmente en las lunas verdes, es decir, en la fase del cuarto creciente.

* * *

Sin haber sentido la cuesta de Languat llegamos a Celendín y cruzamos en diagonal la Plaza de Armas, calabaza calabaza cada uno a su casa.

Y admirando el motivo escultórico de la fuente de agua, comento:

—¡Mira qué lindos angelitos!

Y el sabio responde:

—¡Esos no son ningunos angelitos! Esos son los hermanos Copocho. El Miguel Ángel Díaz, que hizo la escultura, ha querido representar a sus cuatro hermanos, los artistas representativos de Celendín, como niños jugando siprallas con el agua de la fuente. El

abanderado con el potocho shilico sques el Benancio, el mayor. Luego vienen el Julio y el Miguel Angel. Y el que se está cayendo al abismo sques el César Copocho.

Y al recordar esta familia de artistas geniales, comento:

—Sólo faltaría que el Miguel Angel Díaz haga como Paul Gaugin, el afamado pintor francés, cuando se retiró a vivir en la isla encantada de Tahití: Pintar el acalorado y vistoso esplendor de Llanguat como fondo de seductoras majas desnudas.

* * *

¡Por qué diablos tenía yo que echar a perder nuestro maravilloso tour a Llanguat mencionando a las “majas desnudas”! Porque a estas horas. . . ¡Es más que probable que ya le estén dando su maja desnuda!

Como al Doctor Nelo le esperaba, como se dice en francés, un encuentro *tête à tête* con su mujer, por haberse largado a Llanguat sin su conocimiento, pensé que no era prudente tentarlo a acompañarme al día siguiente a Oxford, que digo, a Oxamarca.

Pensé que era mejor nomá comprar mi boleto de regreso a Lima para la madrugada siguiente, y no verme involucrado en una pelea de pareja. El mismo bus que me trajo desde Cajamarca me llevaría de regreso, con su conductor, el Cabrerita (Jorge Cabrera Velásquez), mi compañero de salón en la Escuela N° 81.

Cuando me dirijo a la agencia de la empresa Atahualpa para comprar mi boleto, estoy que tiemblo y me imagino al Doctor Nelo, sipralla. Y pienso con evidente preocupación: “¡A estas horas segurito que ya le están dando su maja desnuda por haberse escapado a Llanguat sin el consentimiento de su mujer!”

3 EL FANTASMA DE ENRIQUE VILLAR

En Lima existen muchas “casas encantadas”, y algunas rememoran un pasado señorial, lleno de luz y esplendor. Ahora, en ellas sólo moran la oscuridad, el silencio y el gradual deterioro. Nadie se atreve vivir allí, porque se manifiestan fenómenos que aunque tú no tengas miedo porque eres machazo, simplemente te impiden el sueño, y sin dormir no puedes vivir.

¿Te atreverías a pasar una sola noche en la segunda planta de la Casa Matusita?

Pues te contaré que existen personas que consideran este tipo de experiencias como deporte de riesgo y se las buscan, como alguien que sugirió en la Santa Sede de la CBUP que nuestro próximo *outing* sea de noche, para variar, y a uno de estos lugares, incluido el Cementerio del Presbítero Maestro.

La idea pareció a todos, peregrina, porque nuestros *outings* no son simples paseos divertidos, sino ocasiones de estudio de nuestra historia nacional. Por eso vamos a museos, al Palacio de Gobierno, al Palacio Legislativo, a los reductos de la Batalla de Miraflores para la defensa de Lima, al Parque de la Reserva convertido en el Circuito Mágico del Agua, etc.

Pero la idea no era del todo descartada, porque la mayoría de los seres humanos no ha tenido jamás una experiencia con fantasmas, y justamente de este tema controversial estábamos tratando en clase: El tema bíblico del Sheol y el destino final de los muertos.

* * *

Los que han tenido alguna vez una experiencia con fantasmas se hacen estas preguntas, que quizás nadie logra responderlas satisfactoriamente:

¿Por qué una casa está encantada y nadie la puede habitar?

¿Estar “encantada” significa que está habitada por fantasmas?

¿Qué es un fantasma, después de todo?

¿Existe algún propósito detrás de sus manifestaciones sensibles?

¿Por qué insisten en quedarse en casa algunas personas que han muerto y que pertenecen, más bien, al Sheol?

¿Después de todo, qué es el Sheol? ¿Es que algunos muertos no quieren entrar allí, o es que se les impide la entrada por un tiempo y se quedan vagando en la penumbra?

¿Se puede salir del Sheol para alguna cita peregrina? —Daniel el Travieso dice que yes—.

* * *

Era el verano del 2012, y en el Aula Magna de la CBUP estábamos estudiando el curso de Escatología Personal, que trata del destino del ser humano más allá de la muerte. El tema, enfocado por la filosofía especulativa o metafísica, es capaz de envolver a toda persona en una pesada atmósfera de inquietud y de miedo a lo desconocido.

En la literatura bíblica aflora el concepto de que los fantasmas son espíritus de seres humanos, lo que hace que su manifestación sensible sea considerada como natural, no como sobrenatural.

Son seres humanos que al morir, por alguna razón no logran entrar al Sheol, la dimensión donde sus espíritus “duermen” dentro de una burbuja donde no hay espacio ni tiempo. Por ello se hacen sensibles en la morada de los que aún estamos vivos, y algunos de nosotros hemos podido captar su presencia de diferentes maneras.

Evidentemente, tienen asuntos pendientes que solucionar en la morada de los vivos, antes de ingresar definitivamente al Sheol. Y como espíritus que son, que no están sujetos a las limitaciones del tiempo, pueden manifestarse en medio nuestro durante siglos, si es que no ocurre algo que les ayuda finalmente a ingresar a la dimensión del Sheol a la cual ahora pertenecen.

* * *

Hay los que jamás han tenido una experiencia con fantasmas, y por tanto no creen que existan. Creo que ellos están en desventaja, porque los fantasmas, a la larga nos enseñan grandes lecciones, a las cuales los incrédulos no tienen acceso jamás.

Otros sí creen, aunque jamás hayan tenido una experiencia real con fantasmas, y se orinan de miedo de sólo pensar en pasar una sola noche en una casa que sigue habitada por una o más personas muertas a nuestra realidad.

Yo he pasado, no una noche, sino 360 noches con sus días en una casa encantada, de modo que sé algo respecto de estos fenómenos. Si quieres ver esa casa de día, te doy la dirección: Está en la esquina de la calle Enrique Villar y Paseo de la República, en Santa Beatriz, Lima, cerca del lugar donde antaño se encontraba la Sinagoga Sefaradita. Mis padres la alquilaron por un año, hasta que compramos una casa en La Victoria. Salimos de ella, no por que fuera encantada, sino porque terminaron los términos del contrato.

Es posible que sólo mi familia pudo haberlas pasado viviendo en ese predio, sin ninguna novedad. En aquellos días, cuando yo tenía doce años, no tenía miedo. Hoy que soy viejo, y la casa sigue en pie en su lugar, tengo miedo hasta de pasar por esa esquina; menos podría entrar en ella aun de día.

* * *

Yo no sé si mis padres tuvieron alguna experiencia con el fantasma de la calle Enrique Villar. ¡Cuánto quisiera preguntarles a ellos, y a mi hermana mayor, que fue quien alquiló la casa; pero ellos ya están en sus moradas eternas.

Sólo mi hermano menor, Walter, dio su testimonio de su experiencia en este lugar, cuando yo le hice la pregunta que evité hacer durante décadas: ¿Has visto u oído algo allí? Y sólo cuando él dio su testimonio, yo empecé a referirme al tema de manera abierta.

Algo parecido me había ocurrido tres años antes, cuando yo tenía ocho años, una noche iluminada por la Luna, en nuestra casa en la ciudad de Celendín. Si quieres detalles, los refiero en mi historia “El fantasma familiar”, en mi obra *El Diario del Capitán*.

Tres años después de lo ocurrido en Celendín, mis padres se trasladaron a Lima donde yo estaba estudiando el segundo año de secundaria en el Colegio San Andrés, y alquilamos esa casa de la calle Enrique Villar. Nos la entregaron bien pintada de blanco y gris. Tenía jardines bien cuidados a ambos lados de la esquina. En uno de los dormitorios dormíamos mis padres, mi hermana Elvira de diez años, mi hermano Walter de seis, y yo. Elvira y Walter dormían en un camarote, y yo dormía en una cama de campaña, plegable, sobre cuya lona habíamos dispuesto un liviano colchón de espuma.

* * *

Cierta noche me despertó algo. . . o alguien que evidentemente tenía gran necesidad por que yo me percatara de su presencia. Levantó la lona y el colchón conmigo encima, volviéndolos a bajar con violencia, hasta que me desperté de mi pesado sueño, y tuve miedo de caer de la cama. Entonces me acordé de lo que vi en nuestra casa en Celendín, y supe que se trataba de un fantasma.

En medio de ese movimiento, yo le hablé a Dios mentalmente y sin moverme en absoluto: “Oh Dios, en la Biblia dices que tú escuchas la oración. Ahora quiero saber que es verdad. Yo me voy a sentar y voy a pedirte que cese esto y que yo pueda dormir en paz.”

Lentamente me senté, y después de orar mentalmente, me volví a acostar. Cuando coloqué mi cabeza sobre la almohada me quedé profundamente dormido.

En los días siguientes, cuando se aproximaba la noche nunca tuve miedo de entrar a mi dormitorio a oscuras, y nunca tuve miedo de estar solo en la casa, hasta que nos mudamos, no por causa del fantasma, sino porque habíamos comprado una casa cerca de la Plaza Manco Cápac.

* * *

Mi hermano Walter, que ahora reside en Venezuela, visitó Lima y nos contó de sus andanzas por nuestra ciudad capital.

Entonces me dijo:

—He tenido la curiosidad de pasar por la casa donde vivimos en Santa Beatriz.

Por primera vez en mi vida yo referí lo que me ocurrió allí, lo cual, a su vez, le dio alas a él para referir lo que le ocurrió a él.

Dijo:

—A mí me ocurrió algo al medio día. Yo me encontraba en el pasadizo entre los dos dormitorios, y a mi lado escuché la voz de alguien que era ahorcado. Era horrible su desesperación, y yo corrí disparado hasta media calle.

Lo que ocurriría en adelante con él, era exactamente lo que ocurre conmigo, que siempre que paso cerca me detengo a mirar la casa abandonada y sombría. ¿Habríamos sido nosotros los únicos que, sin saberlo, pudimos vivir en ella por casi un año? La casa tiene escritas las palabras SE VENDE encima de SE ALQUILA. Pero nadie la alquila ni la compra.

El polvo cubre sus paredes hasta que los dueños de tiempo en tiempo se dignan pintarla. Pero sus ventanas están tapiadas y su claraboya se cae en pedazos a pesar de estar apuntalada. El jardín en la calle ya no existe, sólo es un espacio apelmazado.

* * *

La última vez que me detuve allí para contemplarla, lo hice con el Dr. Richard Fales, profesor invitado de la CBUP.

¿Has oído hablar alguna vez del Dr. Fales?

El fue el asesor arqueológico en la película “El Gladiador”, éxito de taquilla. El se encontraba en Lima dictando un curso en la Santa Sede de la CBUP y estaba alojado en el Hotel Cloris Inn, en la Avenida Alejandro Tirado. Escogimos ese hotel porque está cerca de la Santa Sede.

Cada día, el Dr. Juan Terrazos y yo íbamos a recogerlo en su hotel, para llevarlo a sus clases en la Santa Sede, y uno de esos días pasamos junto a la casa de Enrique Villar.

Le dije al Dr. Terrazos:

—¡Por favor, deténgase un momento!

Se detuvo, pensando en que quizás habíamos olvidado algo en el hotel.

Y les dije:

—En esta casa viví por un año cuando tenía 12 años, y me ocurrió esto y esto.

Se quedan callados mirando la casa con sus ventanas tapiadas y su aspecto de total abandono, y el Dr. Fales interrumpe el silencio y dice:

—Me da escalofríos tu historia.

* * *

Hace varios años yo estudiaba antropología y asiriología en la Universidad de Brandeis, en Boston, y estábamos leyendo en clase unos textos babilónicos en escritura cuneiforme que contenían fórmulas de evocación a los muertos por los *ashapu*, médicos-brujos de Babilonia.

Mis experiencias de la infancia me hicieron sensible a las revelaciones de esos textos de hace 3000 años respecto de la realidad de ultratumba.

Poco después, una noche en la casa donde vivía en Boston vi una película rusa acerca de “un fantasma familiar”, que solía aparecerse en un predio que le había pertenecido en vida, cortando leña en total silencio el patio bajo la luz de la Luna.

Hacia el final de la película, un comentarista dijo: “Era alguien que había muerto, pero se resistía a abandonar la dimensión de los vivos y un escenario en particular, acaso porque ha tenido una muerte violenta, o ha sido víctima de un asesinato, o ha cometido suicidio. Quizás este fenómeno viene a explicar la extraña declaración de la Biblia respecto del asesinato de Abel por su hermano Caín. Dios le dice a Caín: ‘La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.’ ¿Acaso está establecido que un acto de justicia o de aclaración sea lo único que contribuya a liberar su alma aprisionada en la tierra, es decir, en la dimensión presente?”

* * *

De la experiencia de mi hermano Walter deriva que alguien fue asesinado en ese predio. Alguien murió allí, evidentemente ahorcado. Quizás un hombre, quizás una mujer. A pesar de que es grande la curiosidad, jamás andaríamos interrogando a los vecinos, y menos al dueño de la casa qué ocurrió realmente allí.

Pero en lo que a mí concierne me pregunto: ¿No será que su manifestación en esa noche le ayudaría finalmente a conseguir su ansiada liberación?

Mi actitud respetuosa y serena, mis pensamientos y mi actitud de oración, sentándome sobre la cama en movimiento, y volviéndome a acostar. . . Todo esto pudo haber ayudado.

A veces pienso que ya todo se acabó, y la casa ya no está más encantada, aunque sus dueños no lo saben y los vecinos siguen sintiendo incomodidad en su entorno.

Me agradaría que los dueños de esta casa leyeran esta historia mía y que les pudiese ayudar a ellos de manera especial. Después de todo, a mí también me encantaría pasar de inmediato al Sheol, porque como dice el libro de Eclesiastés: “El hacer muchos libros es algo sin fin, y el mucho estudio fatiga el cuerpo” (Eclesiastés 12:12). Pero también dice: “En el Sheol, a donde vas, no hay obras, ni cuentos (es decir, historias cortas), ni conocimiento, ni sabiduría” (Eclesiastés 9:10).

o o o

Respecto de mi experiencia anterior en Celendín, mi ciudad natal, en el verano del 2009 visité Celendín con mi hija Lili Ester y su amiga boliviana, Mariana Bedoya, ansiosas de escuchar *in sito* las historias del Diario del Capitán.

Ellas contemplan la puerta tapiada que antiguamente unía las dos casas que dejó mi padre al partir, y les digo:

—Por esta puerta tapiada el fantasma pasó de la casa de mi Mama Lila a la casa de mi hermana Ester. ¿Sería mi tío Moisés?

Ellas contemplan su retrato, y les digo:

—El fantasma llevaba su bastón extendido hacia adelante, como abriéndose camino en medio de nuestra dimensión que ya no es de él.

Me miran con sus ojos humedecidos, y digo:

—Si se trataba de él, ¿por qué fui yo el único que le vio? ¿Acaso quería que yo, al descifrar el enigma de su identidad le ayudase a alcanzar su ansiada liberación?

Y añado:

—Quizás porque mi padre me puso el nombre Moisés en memoria de él.

4 EL PADRINO

Ronald Layme Laura es un niño pequeño nacido en la localidad de Yucumu, en la provincia de José Ballivián, en el Beni. Sus padres son indígenas aymaras de Palcoco, en las inmediaciones del nevado de Chacaltaya que se yergue en alto y se confunde con las nubes brillantes hasta alcanzar las cumbres del cielo.

Si visitas Bolivia en tiempo de invierno y pasas unos días en la ciudad de La Paz, podrás desde allí contemplar el nevado más cargado de nieve, no obstante que el calentamiento global también deja sentir sus efectos en esta región del mundo que es, quizás, la que menos contamina el ambiente y la que menos culpa tiene del grave cambio climático que azota apocalípticamente a nuestro hermoso planeta.

Allí, en su casita, en las faldas del Chacaltaya, aprendió a gatear, antes de que su familia se trasladara a La Paz, a la zona Solidaridad, la parte de El Alto que se encuentra en el camino que sale rumbo a Chacaltaya. Vinieron aquí, para no perder de vista el nevado sagrado al que siempre anhelan volver.

* * *

Ronald nació el 5 de octubre del 2006, de modo que cuando sucedieron las cosas que he de referir, tenía solamente cuatro años.

Su padre se enteró de que era urgente que fuera bautizado para librarlo de la carga funesta del pecado original y garantizar su entrada al cielo. Esto es lo que me dijo.

Cierto día, mientras comíamos su padre y yo en el Restaurant “A Todo Chanco”, en la planta baja del Edificio “Alameda”, donde vivo, él me pidió que yo fuera “el padrino” de su pequeño, cosa que al principio me pareció inoportuno. Le dije:

—¿Acaso no sabes que yo soy judío?

Me dijo:

—¿Qué es eso?

Pero terminé aceptando, no obstante que tal responsabilidad es muy grande.

* * *

Fue casualmente después de su bautismo que el niño desapareció de su casa.

Se trata de un niño travieso e independiente, porque está acostumbrado a quedarse solo, encerrado con seguro en su casa de un solo cuarto, mientras su padre trabaja desde que amanece hasta que anochece como albañil en diversas partes de la ciudad. La madre, ya hace tiempo que abandonó el hogar, y su abuelita vende papas en una paradita de El alto.

Como había sido expuesto a la soledad desde su nacimiento, sólo él conocía su plan secreto. Tarde o temprano, en la primera oportunidad se habría de escapar de su encierro, para trepar solito al nevado de Chacaltaya, por primera vez hasta la cúspide.

Soñaba con esto desde que empezó a caminar y miraba pasar por su vivienda a los mochileros de Israel y de la Unión Europea, cargando sus hermosos arneses, dispuestos a enfrentar el reto de escalar las nieves eternas.

La ocasión se presentó después de la fiesta de su bautismo, cuando todos los familiares volvieron a sus respectivas ocupaciones y le dejaron de nuevo solo, encerrado en su cacita de un solo cuarto en la zona Solidaridad.

* * *

Ese día, Freddy, su padre, no lo encerró con seguro como de costumbre. Sólo le aconsejó a ser prudente y no abrir la puerta de la cerca que rodea la casa.

Podría salir del cuarto. . . Sí. Eso significaba que ya estaba grandecito.

Podría jugar con tierra y barro, imitando el trabajo de su padre, y soñando algún día escalar más alto, hasta ser arquitecto.

Pero no intentaría salir a la calle, aunque se muriese de ganas al ver a otros niños jugar afuera, libres, de su cuenta, como diablos sueltos.

Ya podía participar de los juegos de ellos con la mirada, porque su casita está construida encima de un montículo de tierra, desde el cual se ve todo el movimiento de la gente de la calle y de la gente alrededor.

* * *

Esa mañana se presentó la ocasión para salir fuera de la cerca que rodea el montículo, y él la aprovechó para consumir por fin sus sueños de correr cuesta arriba, rumbo al nevado de Chacaltaya y trepar hasta la cima del nevado, como los alpinistas de Israel. Desde su montículo, desde su casita, lo había contemplado con ansiedad desde la mañana hasta la noche. Así como al Illampu, más al norte. Así como al Mururata del cual se dice que uno de los dioses Apus pateó deportivamente la nieve de su cumbre, pero “se le pasó la pata”, porque dejó al pico, trunco. “Trunco”; eso es, casualmente, lo que significa su nombre, “Mururata”.

También divisaba más al sur, a lo lejos, el nevado de Huayna Potosí, y más al sur aún, al Illimani, pero no obstante su grandeza e imponencia, estos nevados se encontraban más distantes de sus sueños.

Quizás sólo podría alcanzar a las faldas del Chacaltaya; eso nomás le colmaría de satisfacción, porque allí es donde aprendió a gatear y trepar. Si su papá Freddy, y su abuelita Mercedes, y su tía Lina, y su tío Francisco no salen a buscarlo, se daría tiempo para trepar lo suficientemente alto para desde allí divisar su casita en la zona Solidaridad, y más al sur, la feria de ropa usada en Alto Lima.

* * *

El pequeño trepó, y trepó y trepó.

Debido a la gran altura, su color se tornó morado, y cuando llegaba a la cima, un desmayo le hizo perder la nitidez de su visión.

De pronto experimentó clarividencia y fuerzas renovadas, justo cuando alcanzó subir el último escollo delante del umbral de una portezuela entreabierta, vigilada por un viejito de cabellera blanca que llevaba al cinto dos pesados atados de llaves que parecían pistolas de charro vengador.

No por faltarle el respeto al viejito, sino por seguir el atractivo camino que se abría a su paso, se escabulló de sus manos gracias a su pequeña estatura, porque como dice mi mujer, Ronald es un chichón del suelo.

Pero el viejo no desistió. Logró agarrarlo de los pelos y le increpó diciendo:

—¿A dónde bueno, mocoso? ¿Quién te ha invitado a vos?

—A mí me ha invitado el Chacaltaya. . .

—¡Qué Chacaltaya ni qué Chacaltaya! Ese nevado quedó abajo en la Tierra, y ahora estás en la puerta del cielo. ¿Cómo diablos subiste aquí, estando vivo?

* * *

Era insólito. ¿Cómo un ser humano con vida pudo haber llegado a las puertas del cielo? ¡Sin duda estamos ante un nuevo Record de Guinness!

El Ronald se alegró de que estaba en el cielo y quería verlo todo con sus propios ojos para contarle a su padrino y a todos los vecinos de la zona Solidaridad.

El viejito de las llaves pesadas cual pistolas de charro mexicano, le preguntó:

—¿Estás bautizado, chamaco? Por lo menos si estás bautizado te dejaré mirar adentro, una nadita nomás.

El niño le respondió:

—Reciencito nomás me han bautizado en la Iglesia de San José Obrero.

—¿Y quién es tu padrino? A ver si sabes su nombre.

El pequeño respondió con seguridad, y el viejito dijo:

—¡A ese güevón lo conozco! ¡A ese güevón lo conozco! ¿No es ese que vive en el Edificio “Alameda”, en El Prado?

El niño respondió alegre, que sí. Y el viejito le dijo:

—Entonces te fregaste, porque ése no sirve para padrino. El no califica para padrino en un bautismo católico, porque no pueden ser padrinos los judíos, los protestantes y los masones, y ese güevón es. . . ¡las tres cosas juntas!

* * *

El niño despertó del porrazo que se dio al rodar del montículo de su casa. Su abuelita Mercedes le ponía compresas de agua helada.

Su abuelita nos pidió salir del cuarto porque el niño se quedó dormido, pero a salvo. No se trataba sólo de un golpe en la frente contra la puerta de hierro. Era algo peor. Por eso busqué de urgencia al genio de Daniel Manchego, para que se las ingeniara y me metiera a

mí mismo, en cuerpo y alma, al Internet. Si lo lograba sería la primera vez en la historia que un personaje vivo lograba comunicarse con un personaje bíblico por la vida digital.

Le dije a Daniel:

—¡Tú si puedes! ¡Inténtalo una y otra vez! Por si acaso, mi código es el 333.

Me dice:

—¿El número del Medio Bestia?

¡Y lo logró! Así aparecí ante el portero del cielo, llevando en mi sobaco mi gallo, que no logramos sacrificar el día del bautismo de Ronald, porque se extravió (el gallo).

* * *

Ni corto ni perezoso le confronté al viejito de las pesadas llaves:

—¿Tú le dijiste al niño que su padrino no sirve?

Y el viejo respondió con espectacular desfachatez:

—Sí, ¿y qué?

Le dije:

—Y tú, ¿acaso no eres también padrino, es decir, Papa?

—Sí, ¿y qué?

Le dije:

—¿Acaso no eres judío? ¡Aun tu modo de hablar te descubre! A ver, niégalo antes de que cante mi gallo. Además, tú eres protestante y masón; con razón el Señor te llamó “Piedra”, es decir, “Picapiedra”.

El viejito respondió:

—Sí, ¿y qué?

Le dije:

—Que a pesar de ser judío, protestante y masón, el Señor tuvo la gracia de darte las llaves del Chacaltaya, que digo, del cielo.

* * *

El gallo cantó y me despertó, y he aquí que todo esto había sido un sueño.

Entonces me encontré al lado de Daniel Manchego con la computadora apagada y con una palidez que no podía disimular. Sólo exclamó:

—¡No lo vuelva a hacer, doctor! ¡No me comprometa de este modo! Estas cosas de la cibernética son sumamente peligrosas. Siempre hay el peligro de que se borre todo, incluso usted.

Me sentí muy cansado y contrariado por la conversación con el viejito de las pesadas llaves; sin embargo, pude sostener con él el diálogo.

Me dice Daniel:

—¿Cómo sabe usted que Pedro era masón, es decir, albañil? ¿Acaso no dice la Escritura que era pescador?

—No habrá sido albañil, pero ha sido una piedra. De allí deriva su apodo que le puso Jesús. Y es revelador lo que escribe en su Primera Epístola: “Acercádoos a él, la Piedra Viva que fue rechazada ciertamente por los hombres, pero que delante de Dios es

elegida y preciosa. También vosotros, sed edificados como piedras vivas, como un templo espiritual para ser un sacerdocio santo a fin de ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesús el Mesías. Por eso contiene la Escritura lo siguiente:

*He aquí, pongo en Sión
la Piedra del Angulo
escogida y preciosa.
El que cree en él
jamás será avergonzado.*

* * *

Mi mujer se acerca a mí, alegre de verme recuperado del shock cibernético, y mira de reojo esta historia que he escrito y dice:

—¡Vaya! No sabía que Pedro Picapiedra fuera el primer Padrino, es decir, el primer Papa de Roma. . .

Y le respondo:

—¡Y no sólo eso! También fue el primer Papa con suegra, conforme al cánticus canticorum que reza:

*Eligió a Shimón Pariona
con suegra de yapa,
para ser de Roma
su Primer Papa.*

5
ANECDOTA DE LA VICTORIA



El júbilo de los primeros momentos de la Iglesia Peregrina de Lima fue captado de una manera conmovedora por un joven adolescente que fuera invitado a uno de los cultos de nuestra Iglesia que se encontraba en el distrito de La Victoria. Se trata del Dr. Moisés Chávez, que entonces tendría sólo unos 15 años de edad y estudiaba en el Colegio San Andrés, pero era un evangélico plenamente involucrado en la causa del Señor Jesús en todo tiempo, en todo campo de acción, y hasta las últimas consecuencias.

A principios de 1959, el hermano Fabio Soto Caján estaba trabajando como profesor de Literatura en el Colegio San Andrés, y uno de sus alumnos, el más inquieto, era Moisés Chávez, quien recuerda haber impactado a su profesor con su exposición en el aula acerca del pensador José Carlos Mariátegui, porque para ello adquirió y estudió todas las obras de este escritor y recurrió a ellas en su exposición, dejando boquiabiertos a todos sus compañeros.

Moisés llegó a conocer el testimonio evangélico de su profesor y se enteró que pertenecía a la naciente Iglesia Peregrina. Por eso, no desaprovechó la oportunidad de conocer su Iglesia cuando un joven peregrino del Círculo Bíblico Universitario, al cual Moisés asistía regularmente aun siendo colegial, le invitó a él y a sus compañeros del CBU a una celebración juvenil de nuestra Iglesia en la calle Antonio Bazo, distrito de La Victoria.

* * *

Sucedió que justo en el momento cuando ellos ingresaron a la sala del templo, el joven Benjamín Bocanegra empezó a acompañar con su acordeón el himno “Cual pendón hermoso” que el joven Moisés Chávez escuchaba por primera vez en su vida, y que tras esa única vez se quedó grabada su primera estrofa en su memoria para siempre:

*Cual pendón hermoso
despleguemos hoy
la bandera de la cruz,
la verdad del evangelio, el blasón
del soldado de Jesús.*

CORO

*¡Adelante! ¡Adelante!
En pos de nuestro Salvador.
Con valor y fe en el Rey.
¡Adelante sin temor!*

* * *

Toda la Iglesia lo cantaba con marcialidad y energía al compás del acordeón.

El resultado fue su emotiva identificación con la bandera de la cruz y la verdad del evangelio, y también con el instrumento del acordeón que aprendió a tocarlo y a utilizarlo en la obra del Señor. Pero hay algo más, según él mismo lo confiesa: Esa música, ese acordeón, esa escena, se repitieron en sus sueños varias veces a lo largo de su vida, con la misma hermosura e intensidad.

Muchos años después, aproximadamente 35 años, se encontraron Daniel Bocanegra, y Moisés Chávez en la California Biblical University of Peru (CBUP), donde juntos recordaron esos gratos momentos vividos en la Iglesia Peregrina de La Victoria, y Daniel le reveló:

—¡El joven que tocaba el acordeón era mi hermano Benjamín!
A lo cual el Dr. Chávez respondió:
—¡Jamás hombre alguno ha tocado como éste!

* * *

El resultado es que él prosiguió adelante, adelante, en pos de nuestro Salvador, con valor y fe en el Rey.

Ahora, el Dr. Moisés Chávez es graduado de la Universidad Hebrea de Jerusalem, tiene estudios doctorales en la Universidad de Harvard, Estados Unidos, y es el Editor Principal de la Biblia Científica Reina-Valera Actualizada (RVA). Es una eminencia en los idiomas bíblicos, autor de numerosas obras sobre Ciencias Bíblicas y Director Académico de la California Biblical University of Peru en Lima, y de la Universidad Evangélica del Aire (UNIEVA) en la ciudad de La Paz, Bolivia.

Es un honor para la Iglesia Peregrina haber producido un impacto tan poderoso en el espíritu de ese joven que nos visitó por breves momentos, un futuro y renombrado teólogo de la Iglesia Evangélica.

Este ejemplo debe servir a nuestras iglesias para preocuparse en la formación de los niños y de los jóvenes, porque no sabemos el futuro que Dios tiene preparado para ellos.

Incluimos esta anécdota en primer lugar porque se relaciona con la base misionera de los Peregrinos en la Capital del Perú, en Antonio Bazo en La Victoria.

6
CIRCUNCISION
¡A-RAJA-TABLAS!

Era una asoleada mañana de mayo en la ciudad de Jauja, en la tierra de los “a-raja-tablas”, esos que a codazos se abren camino contra viento y marea, que defienden su pan a capa y espada, y rompen el entablado del piso con el furioso zapateo del Huaylas y con la movida del *rock-and-roll* y del *break-dance*.

Una brisa casi imperceptible acariciaba aquella casita junto a la carretera. Era humilde, pero estaba cercada por el colorido y el perfume de las flores, y la hiedra trepaba por las paredes y los muros de contención levantados con piedras sin labrar desde el nivel mismo de la carretera.

El patio empedrado me concierne describir en especial: Estaba rodeado por la salita, los dormitorios, la cocina y el horno, que en sus costados estaba cercado por geranios, claveles y las flores encendidas de las lujuriantes enredaderas de mastuerzo. Todas ellas daban sus alegres buenos días a los niños reunidos para la Escuelita Dominical de “La Perla de los Andes”. —Este nombre le habían puesto a la iglesita que el Pastor Cortes reunía en su vivienda sumida en el ensueño del perfume de las flores que personaliza el entorno de aquellos paradisíacos parajes de los Andes centrales del Perú—.

* * *

Para decir verdad, el Pastor Cortes no era pastor reconocido. Al menos, los dirigentes sempiternos de “la Peruana” (la Iglesia Evangélica Peruana) donde él había colaborado tanto tiempo, nunca se atrevieron a asumir el riesgo de tomarlo como su pastor oficial y de pagarle masque sea algoito. Lo único que ganó a lo largo de su infructuosa espera fue que lo llamaran “pastor”, de cortesía. Eso nomás le hacía sentir tan bien en su interior, que agradecía diciendo en sus adentros: “¡Gracias! ¡Gracias! ¡Muchas gracias!” —Porque a la manera de “los Chifladitos” de la tele mexicana, que le llamasen “pastor” le era más placentero que si a alguno se le ocurriese decirle “licenciado”.

Sin embargo, mientras sobrevivía a duras penas con la venta de sus flores, él predicaba el evangelio “a-raja-tablas”, es decir, a diestra y siniestra, a tiempo y fuera de tiempo, por las buenas o por las malas.

* * *

Yo le conocí personalmente desde que era niño; cuando mi mamá me mandaba para tomar desayuno en su casa, y para aprender en su Escuelita Dominical. A pesar de su aspecto rudo al que quizás se haya debido su capacidad de sobrevivir en la viña del Señor, él era bueno y generoso. Por eso, ahora que ha transcurrido toda mi vida, me he puesto a recordarle con mucho cariño y a pensar que quizás su veintiúnico problema, que a lo mejor habría sido la única razón para que ninguna congregación reconociera y apreciara su llamado pastoral, era, casualmente, su nombre: Se llamaba Circuncisión Cortes. Ese squés

el nombre que había declarado su mamá en la pila del bautismo, y como se suele decir: “¡Con ese nombre lo jodieron de por vida!”

A eso mismo también podría haberse debido que a los pocos que le seguían, mayormente los de su propia familia, las malas lenguas les llamaran “los de la circuncisión”. Y no faltaban los que pensaban que la circuncisión podría ser aún más contagiosa y peligrosa que el sarampión, cuando te da de viejo.

Otros decían que dizqué tenía una enfermedad aun más contagiosa que la circuncisión, y que se llamaba “judaísmo”. Por eso no osaban visitar la iglesia en su casa, a pesar de que cada fiesta dominical en su casa empezaba con un desayuno, a veces con humintas, y con pachamanca en los días de guardar.

* * *

Los niños, que no teníamos miedo de nada y menos de contagiarnos con la mugre, resultábamos beneficiados con el desayuno dominical que nos daban en su casa. De modo que, primero con el recurso de los niños, y después con los padres de aquellos niños, terminó fundando en su propia casa de junto a la carretera la iglesita “La Perla de los Andes”.

En su casa nadie le impediría predicar la Palabra a su manera, y de allí nadie lo terminaría por botar, como había ocurrido tantas veces en su triste pasado.

Ya hacía buen tiempo que se venían reuniendo en ese cuartito bien aseado, al lado del cuarto de amasar y del horno de bóveda, y cuya puerta daba al patio empedrado. Y en el rincón donde estaba la mata de rosas, en ese preciso lugar solariego y al abrigo del sol matutino, tenía lugar la Escuelita Dominical.

* * *

Los niñitos acudíamos puntuales para el desayuno, porque el Pastor Cortes era conocido por su férreo concepto de la disciplina y de la puntualidad. Justamente, él era de aquellos viejos especímenes que creía con fe ciega que “la letra con sangre entra”. Aunque al mismo tiempo era muy bueno y bromista, tanto desde el púlpito como desde el alero de la sala donde solían reunirse los viejos “eclesiásticos” que él manejaba, para juzgar a la gente *in absentia*.

A pesar de tantas limitaciones, porque el corazón de la pequeña congregación no abría sus ojos ni extendía sus manos para aportar siquiera para el azúcar, allí estaban dispuestas las personas señaladas por el pastor para traer el agua y para comprar el pan y la leche, a fin de que los niños presentes degustasen un descomunal desayuno comunal.

Todos nosotros llegábamos al patio con un hambre fiero, y por recibir el alimento material nuestras tripas se mostraban dispuestas a someterse primero al torniquete y aun al “alimento espiritual”. Además, ya estábamos lo suficientemente grandecitos para tragarnos eso de que las tripas se te salen por cualquier rasguño.

* * *

Allí estaba Coquito, en los días de cosecha de choclos y de las olorosas humintas. El era un gordito tragón, pero puntual a la Escuelita Dominical. El devoraba su huminta en un santiamén, y se quedaba codiciando la huminta ajena. Cuando el Pastor Cortes le decía: “¿Tan rápido acabaste tu huminta? ¿Y qué se dice, pues?” —esperando que se acordara de agradecer—, su respuesta era: “¿No hay más?”.

Allí estábamos reunidos todos los niños, desayunando en medio de las flores perfumadas, contemplando el vuelo empecinado de los picaflores tarmeños que recogían la ofrenda de las flores. Y acallando por un instante el gorgo de los chihuacos y de las pichiusas, nos decía el pastor:

—Estasavecillas se les han adelantado a todos ustedes para cantar las alabanzas del Creador, porque desde antes que llegase el primer niño, ellas ya estaban deleitándonos con sus “especiales”. Además, ellas saben agradecer a Dios.

* * *

Pero aquel bendito desayuno, aunque siempre anunciado como que tendría lugar en primer lugar, nos torturaba en llegar. Recién venía después de concluida la Escuelita Dominical, porque si era antes, la escuelita hubiera quedado desierta.

Por la misma razón, los que llegaban tarde comerían solamente si algo sobraba, porque como solía decir el pastor: “Los primeros en llegar a la cita con Dios serán los primeros en desayunar.” —Allí estaban incluidos por igual sus dos hijos varones, Ronald y Einstein, que tendrían unos doce y diez años, respectivamente. Allí estaba la mujercita, Mary, una zarquita de unos ocho años a quien desde aquellos días de la infancia nosotros la llamábamos con todo derecho “la Perla de los Andes”. Cualquiera tardanza les privaría a ellos también de su ansiado desayuno—.

El menor de los hijos del Pastor Cortes estaba de veras interesado en la lección. Pero el mayorcito, de quien todo el mundo opinaba que era un verdadero “a-raja-tablas” y que era “de tal palo tal astilla”, no estaba metido allí por razones piadosas, como dice la Palabra: “¿De cuándo acá la mona en misa?” Como su padre, él también tenía la afición por las bromas pesadas, y en esto se esmeraba por dejarlo chiquito a su progenitor. Allí en la escuelita, él estaba presente, pero a la vez ausente, como si intentara competir con el pastor y robarse sus corderitos para llevárselos lejos del Señor, a cometer mataperradas y fechorías ¡a-raja-tablas!

* * *

La lección para aquel domingo, creía el muchacho, era la más brillante oportunidad para reírse de su propio padre y de su nombre, Circuncisión, de cuyo significado verdadero él era el único que estaba enterado entre todos los niños que para nada se daban cuenta de sus malas intenciones.

No había escapatoria: Aquel domingo el pastor se vería confrontado con el reto de explicarles a aquel compacto grupito de niños traviesos todo lo referente a la circuncisión, porque el “Pan Diario” hablaba del pacto de Dios con el Patriarca Abraham. Como siempre, la lección estaría definida por aquel librito devocional que recibía de la Misión de

Tarapoto, el mismo que exprimía más de la cuenta, tanto en la Escuelita Dominical como en sus sermones dominicales y en su prédica proselitista entre domingos.

Pero, ¡qué difícil se le haría el tema al pastor Circuncisión! Sobre todo cuando algunos de los niños miraban asombrados el recorrido sinuoso de la hiedra y otros buscaban descubrir en medio de ella algún nido con huevos y pajaritos.

* * *

Sólo su hijo Ronald, aunque usted no lo crea, parecía estar profundamente interesado en la circuncisión y. . . en echarle a perder a su padre la lección.

Sólo a él se le ocurría lucirse ante todos los chicos y preguntar con insistencia filosófica, a pesar de saber de antemano las respuestas:

—¿Qué es la circuncisión, ah? ¿Y qué es la incircuncisión? ¿Qué es el prepucio? ¿Qué significa “incircunciso de corazón”? ¿Acaso el corazón tiene prepucio? ¡No me diga que a lo mejor el corazón también tiene piernas!

El muchacho se acordaba del chiste que escuchó en la escuela fiscal, acerca del niño que le preguntó a su maestra: “¿Señorita, el corazón tiene piernas?” La maestra respondió: “¡Como se te ocurre decir eso, Einstein!” Y él le respondió: “Es que anoche escuché a mi papá que le decía a mi mamá: ‘Mi corazón abre las piernas.’ ”

* * *

¿Tiene o no tiene piernas el corazón?

¿Tiene o no tiene prepucio el corazón, hermano?

Si tiene prepucio, ¿por qué no puede tener también piernas? *That is the question!*

El Pastor Cortes se las veía negras para ser objetivo en sus respuestas en el corto plazo que le concedía su hijo entre pregunta y pregunta, hasta que gradualmente fue montando en ira santa contra el renacuajo. Y como en ese preciso momento pasaba por allí la cocinera que preparaba el desayuno, el pastor le ordenó:

—Vé a la cocina, y me traes el cuchillo de pelar papas.

Ella cumplió sus órdenes, y al verle levantar en alto el cuchillo, todos los niños volvieron a prestarle atención, menos su hijo mayor, que parecía haber cambiado de repente el foco de su interés y se sentía exclusivamente atraído por los picaflores tarmeños que recogían la ofrenda de las flores. De repente, para nada le importaba la circuncisión y se hacía el que no veía el cuchillo en la mano de su padre.

* * *

Todavía no se había apartado la cocinera del círculo de los niños, esperando que le fuera devuelto su cuchillo para pelar las papas, cuando el pastor agarró desprevenido a su hijo de la jareta de su pantalón, justo antes de que se le pudiera escapar hacia el final de la lección.

Todos se quedaron helados de pánico, y por alguna inexplicable razón el muchacho se mantuvo milagrosamente quieto, sin hacer ningún forcejeo.

Entonces, mirando solemnemente a su alrededor, el Pastor Circuncisión Cortes dijo:

—Así como el Patriarca Abraham circuncidó a su hijo Ismael, su hijo primogénito, con sus propias manos, cuando tenía más o menos la edad de mi Ronald, ahora ustedes vais a presenciar la circuncisión de mi propio primogénito, ¡Ronald Cortes!

Y cuando levantó el cuchillo en su mano derecha, la cocinera prorrumpió en gritos de horror y llanto en yupa:

—¡No lo capes, pastor! ¡No lo capes! ¡Ayayayay! ¡Uaaaaaaá! ¡Pobre niño! ¡Y tan güenito que era!

Y tras ella, todos los niños y los mayores que habían empezado a reunirse para el culto del domingo, comenzaron a llorar en yupa y a moco tendido, hasta que un gran clamor subió al cielo por entre el tejado de la Iglesia “La Perla de los Andes”.

* * *

Creo que aquella habría sido la única vez que vi a Ronald contrito y humillado, y temblando por su vida.

Entonces el Pastor Circuncisión explicó:

—No le voy a hacer nada, mujer. Pero no tengo una mejor manera de explicarle a este muchacho todas sus insistentes preguntas acerca de la circuncisión, para que sepa de una vez por todas y para siempre qué es y con qué se come. ¡Ojalá que siquiera se imagine cómo se habría asustado Ismael y cómo le habrá dolido al pobre que su padre le hiciera la circuncisión! ¡Ojalá aprenda este pajarraco que también en el Pacto de Dios, “¡la letra con sangre entra!”

* * *

El pastor lo soltó al muchacho, el cual corrió despavorido a esconderse detrás de las matas de flores, conteniendo la respiración y pálido como una papa pelada.

El pastor le devolvió el cuchillo a la cocinera que por poco se desmaya en medio del llanto de los niños de la Escuelita Dominical.

Finalmente les preguntó, como siempre hacía para cerrar con broche de oro, haciendo un sumario práctico de la lección aprendida:

—¿Ahora entienden niños lo que es la circuncisión?

—¡Sí Pastor Prepucio, perdón, Circuncisión!

—¡No se oye, padre!

—¡Sí, señor profesor!

—¡Tampoco se oye, padre!

—¡¡¡Sí, amado Pastor Cortés!!!

—Ahora sí se oye bien, niños. ¡La clase ha terminado! ¡Ya, vamos al hogar! ¡Adiós, adiós, sed fieles al Señor!

* * *

Poco a poco los niños recobraban la calma y su color natural. Entonces les dijo, como de costumbre:

—¡Muy bien niños! Ahora vamos a pedirle a Mary que recoja la ofrenda en el mate y a Ronald que nos despida con una palabrita de oración. Cerrando bien los ojitos, ¡oremos!

Y como para ese momento Ronald ya se había esfumado de las inmediaciones de la “Perla de los Andes”, el mismo pastor oró y concluyó de esta manera la lección dominical.

Pero tuvo que acortar su oración final, porque como todos, él tampoco podía contener la risa.

7 PIES DE LIRIO

Ocurrió en la piyamada de cumpleaños de mi pequeña Lili Ester. Esa noche tuvimos la casa llena de niñas.

Me acerqué a su cuarto para ver qué escándalo era ése, y vi que modelaban sobre la cama, vestidas de improvisados kimonos. ¡Con razón, cuando me quedé dormido, tuve una pesadilla y me vi hablando con un árbol Bonsai, que decía ser “Arberto” (el ex presidente Alberto Fujimori)!

Desperté preocupado a causa del bullicio, pero me volví a dormir y tuve un sueño que trajo a la realidad onírica a mi gran amigo Rómulo Sauñe, recientemente sacrificado por las huestes de Sendero Luminoso en las inmediaciones de la ciudad de Ayacucho. Pero de nuevo, aparece el recuerdo de Alberto Fujimori, en una historia que acerca de él me refirió Rómulo Sauñe.

* * *

Estando lleno de niñas también nuestro dormitorio matrimonial, a mí me mandaron a dormir en el sofá de la sala. Y la incomodidad y la algarabía me ocasionaron pesadillas y un febril intento de meter en un solo retrato a mi grande familia dispersa en todo el orbe.

En la presente historia te contaré una de esas pesadillas que me atormentaron esa noche de piyamada. Otras dos pesadillas he narrado en mis historias cortas “En el Imperio del Sol Naciente” y “Teofanía de su Majestad, el Inca Rómulo Sauñe”, que te aconsejo leer juntos con la presente historia.

* * *

Febrilmente me esforcé por meter en un solo retrato a todos los míos, empezando en mi ciudad natal, Celendín, luego en Oxamarca y en La Conga, donde está la mina de oro más grande del mundo.

Después me remonté al Imperio del Sol Naciente, y cuando tomaba una foto, observé que la gueisha chochita en el centro del grupo familiar, era mi mamá, y las gueishas alrededor de ella eran mis hermanas, siendo la más hermosa mi hermana Sara, que no tenía necesidad de blanquearse la cara con tierra blanca.

Entonces me sentí acomplejado y consternado, pensando: “¿Y cómo mierda yo salí zambo?”

Así me acordé del inmigrante japonés cuando consultó a un médico en Barrios Altos:

—No sé qué me pasa, doctor; parece que estoy gravemente enfermo.

—¿Por qué, chino?

—Porque en Japón, japonés siembra papa y sale papa; siembra oyuko y sale oyuko. Viene a Lima y siembra japonés. . . ¡y sale zambo!

Al despertar, estallé en carcajadas.

* * *

La risa onírica me duró poco, porque volví a conciliar el sueño y se me ocurre ver sus pies, sus pies de mi madrecita gueisha y de mis hermanitas gueishas, sobre todo los pies de mi gueisha Sara, la más bonita.

Sentí tal desesperación, que lloraba en mis adentros, porque sus pies eran . . . “¡pies de lirio!”

A pesar de tan bonito nombre, “pies de lirio” significa que eran pies enanos y deformados desde su tierna infancia mediante ceñidos vendajes.

¡Ellas me daban lástima con esos pies de porquería que parecían lengua de loro!

Mi corazón sentía como que era aplastado, y el aliento se me iba con dolor a causa de sus pies. Aunque no sé si era yo quien sufría más que ellas, a pesar de que ellas eran las que se quejaban del sufrimiento físico cada vez que se quitaban las vendas que aprisionaban sus pies.

* * *

Cuando se reunían en nuestra casa en su reunión sólo para mujeres, se lavaban los pies con una infusión de té en una fuente cercada de lirios.

El ritual transcurría lentamente mientras desenrollaban sus largas vendas al son de una triste y bella melodía pentafónica oriental.

Al verlas, recatadamente, por entre las celosías de bambú, me daban asco sus dedos deformes pegados al metatarso como si fueran muñones. ¡Sus patas parecían humintas cuchas!

Por eso yo apartaba la mirada y me refundía detrás de la celosía de bambú, y me decía a mi mismo, recontra asado y dolido por esa cultura imbécil que deforma la obra de arte del Creador.

Mi corazón se sentía aplastado, y quizás. . . Y quizás era yo quien sufría más que ellas.

* * *

Aparté la mirada de esa tétrica escena y me dije: “¡Por mariásantísima! ¡Qué costumbres de mierda que echan a perder el diseño tan bello de los pies de una mujer! ¡Esto es un verdadero “paticidio”!

¡Yo jamás permitiré que a mi pequeña Lili Ester le deformen sus hermosos piecitos!

¡Lucharé, mataré, pero nadie le deformará, ni sus pies, ni su cráneo ni su corazón a mi hija, mi hija unigénita!

Ella podrá subir con sus pies al Huascarán, y podrá corretear en la playa de Ilo con su hilo. ¡Sus pies sanos y hermosos la llevarán a la cima de la gloria, y su pensamiento libre remontará vuelo hasta el cielo!

Pero me desesperaba saber de por detrás de la celosía de bambú, pronto aparecerán los que habrían de llevarse a mi hija para convertirla en una radiante gueisha con pies de lirio, o para deformar su cráneo para convertirlo en una irrisión.

* * *

Vuelvo a despertar, y me pongo a pensar en lo doloroso que es perder la libertad, como los afganos bajo la pollera de los Talibán y los iraquíes bajo la bota demente de Saddam Hussein y sus escuadrones de ajusticiamiento.

Tomo mi desayuno, avergonzado y deprimido, y mi pensamiento salta de las gueishas a los talibán y. . . a mi pueblo evangélico en la América Latina, que está en camino de dejar de ser evangélico.

Son tantos los que tienen sus cráneos deformados y sus cerebros enlatados, que se encuentran condicionados por su lema: NON PLUS ULTRA – DE AQUI NO PASARAS.

Ellos piden a gritos una trepanación de emergencia en la Santa Sede de la CBUP.

Todo el santo día fui agobiado por la resaca de esta horrible pesadilla. Y lo que no entiendo es que lo que ellos no alcanzan a sufrir, lo tenga que sufrir yo.

* * *

A la mañana siguiente, mientras las niñas de la pijamada dormitaban todas a causa del cansancio de los juegos y piruetas de la noche anterior, converso con mi mujer en el comedor:

—¡Por mariasantísima! ¡Eran una pesadilla tras otra!

Y me dice:

—La causa evidente de estas pesadillas que tuviste era que yo no tenías espacio para extender tus pies en el incómodo sofá de la sala, a donde te mandamos a dormir, ya que incluso nuestra cama estaba ocupada por las chicas de la pijamada. Yo misma he tenido que dormir con dos niñas que me apretaban como a una pobre sardina.

Por culpa de esa bendita pijamada pasé una noche de horror.

8 LOS ANGELES DE MI VOCACION

Yo puedo contar las experiencias más dulces de mi infancia. Entre ellas, la manera cómo aprendí muchos salmos de memoria, desde que empecé a hablar. Mi madre¹ tenía un voluminoso ejemplar de la Biblia (Versión Reina-Valera de 1909) la cual guardaba debajo de su almohada, de modo que también sirviese de almohadón. Ella la leía con voz moderada, cada noche, antes de dormir.

Casi siempre leía los Salmos y podía recitar muchos de ellos de memoria, enteritos, despertando en mí envidia por semejante habilidad.

Sus hijitos le rogábamos que nos leyera cuentos, para dormir embelesados por el timbre peculiar de su voz, e interrumpir nuestro sueño ante cada ingeniosa cláusula o comentario en nuestro vernacular shilico,² que ella intercalaba en su lectura.

A mí me deleitaba oírle recitar los Salmos, y llegué a memorizar muchos de ellos, sin esfuerzo, sólo por escucharlos con familiaridad.

* * *

Estudí la primaria en Celendín, mi ciudad natal, donde tuve dos maestros: El Señor José Bazán, a quien llamamos con cariño “nuestro maestro Pepe”, y a mi padre, Juan Chávez Sánchez, sea su memoria bendición.

No es cosa común que un niño tenga como maestro en la escuela a su padre. Menos común es que su maestro y padre sea reconocido y recordado por muchas generaciones de hombres, por su impacto en sus vidas. Severo, mi papá tenía fe en la vara. El no hacía el mínimo ademán para instaurar la disciplina en el salón.

Todos sus esfuerzos estaban invertidos en la experimentación y la aplicación de una diversidad de motivaciones y métodos didácticos. Tanto mi casa como la escuela tenían sus paredes llenos de cuadros y mapas. Más de un rincón estaba lleno de maquetas de madera o de cantería, moldes para vertido de yeso o metal, esculturas e invenciones sin fin. En nuestra sala y hasta en la cocina nos esperaba a sus hijitos la superficie adusta de un negro pizarrón.

* * *

Mi padre nunca nos decía qué iba o íbamos a hacer. Le encantaba guardarnos en suspenso hasta que nosotros mismos descubriésemos de qué se trataba lo que hacíamos, en el proceso mismo de ayudarlo a hacerlo. “¿Quieres juguetes?”, decía, “¡Pues hagámoslos nosotros mismos!”

Cuando de repente aparecías en casa, “de lo olvidado” procedente “de la calle” (¿de dónde más?), él te diría: “¡Espérame en la pizarra!”

Si no acudías al lugar de la cita, el callaría nomás. Pero te las verías con él después, en el salón de clase. Allí, de donde no podrías correr y escapar sin servir de hazmerreír a los demás niñitos.

* * *

La gran pasión de mi padre era desarrollar nuestra habilidad en el cálculo, el lenguaje y el dibujo. Aunque conmigo no tuvo mucho éxito que digamos en las dos primeras disciplinas —la tabla todavía no la sé, y en la escuela a las justas podía reconocer las interjecciones—, sin embargo, sí aprendí a dibujar a ojo cerrado. De mi papá he heredado, por ejemplo, el gusto de reducir a la gente seria e inofensiva a dos o cuatro trazos ridículos que provocan la carcajada. De mi gran aplicación a esta materia podrían testificar las paredes y el piso encementado.

Pero mi padre tuvo un 100 por ciento de éxito al inculcarme su filosofía de la vida.

* * *

Cuando comencé a estudiar la secundaria en el Colegio San Andrés, en Lima, se hizo un concurso en mi salón para elegir al que sería el director del periódico escolar. Yo también escribí mi composición y me olvidé del asunto. Fue totalmente sorpresivo saber que yo fui el ganador.

Quizás a mi madre aquello ya no le pesa; pero entonces sí le pesó. Ella tuvo que exprimir el presupuesto doméstico para comprarle a su hijo periodista una flamante máquina de escribir de manufactura italiana. Desde entonces, su hijo pasaría de año en año como periodista, no como colegial.

Tan enamorado estaba yo de mi máquina de escribir, que la llevaba todos los días al colegio. Escribía a máquina hasta los exámenes de cierto profesor a quien llamábamos cariñosamente, “Lengua de trapo”. El, no pudiendo soportarme más, prefería prestar oídos sordos a mi tecleo en el aula. Después de todo, otros molestaban más que yo con sus pregones que estremecían los patios del colegio: “¡A sol la palta! ¡Compro butíiia!” (Compro botellas).

* * *

El más grato recuerdo de mi vida de periodista escolar fue la visita que hiciera a Lima en 1961 el Dr. Juan A. Mackay, el fundador del Colegio San Andrés (antes Anglo Peruano). Yo cursaba entonces el cuarto año de secundaria y era el director del periódico mural diario, “Andresito”.

Yo me encargué de seguir al Dr. Mackay a todo lugar donde él daba conferencias, para registrar por escrito el máximo de su contenido. Después tuve una entrevista exclusiva con él en el Hotel Alcázar de Lima. Entonces me pidió que le guiara en una visita a una barriada de la ciudad, lúgubre testimonio de “una Lima que se fue”.³

Cierto día, yo me encontraba fuera de la formación en el patio del colegio. A los que hacíamos bien los movimientos de descanso, atención y media vuelta, nos sacaban “afuera” para que sirviésemos de ejemplo a los demás. Yo estaba en estos ajetreos cuando el

barredor del colegio se acercó a mí para entregarme un sobre de parte del Dr. Mackintosh, el director del colegio.

Dejé de prestar atención a las instrucciones del prefecto, y me sumergí en un horno de emoción. Aquel sobre contenía una carta personal del Dr. Juan A. Mackay, quien estaba ya de regreso en los Estados Unidos. En ella me expresaba su agradecimiento por el “trajín” que me costó acompañarle durante su estadía en Lima. Conservo esta carta como uno de mis tesoros más preciosos.

* * *

El Dr. Juan A. Mackay me contó varias anécdotas de su amigo personal, el famoso escritor y filósofo español, Don Miguel de Unamuno. Entre ellas, dos motivaron poderosamente mi adolescente imaginación: La manera cómo Unamuno amaba las Sagradas Escrituras en sus idiomas originales, y cómo aprendió el danés tras un esfuerzo super intensivo de tres meses, con el solo propósito de leer las obras de Soren Kierkegaard en su idioma original.

La corta visita del Dr. Mackay a Lima había sembrado en mí profundas inquietudes en muy temprana edad. Estas inquietudes me acompañan hasta ahora.

Quizás el libro que más ha influido en mi vida, aparte de la Biblia, es *El sentido de la vida*,⁴ de Juan A. Mackay. Esta es la primera obra de filosofía de la vida que he leído. Tenía 16 años de edad cuando leí este libro en la biblioteca del colegio. Busqué luego adquirirlo por casi todos los medios; inclusive lo solicité directamente a la Editorial Aurora. Como me informaron que el libro se había agotado hacía mucho tiempo, yo lo copié a máquina en su integridad.

* * *

Después de terminar la secundaria fui a estudiar provisionalmente en el Seminario Evangélico de Lima. Pero aquello no fue de ninguna manera algo provisional, sino el comienzo de una larga carrera que me llevara a ser escritor y traductor de la Biblia.

Dos materias y dos profesores cautivaron mis inquietudes desde el comienzo y para el porvenir. Las materias fueron griego y homilética, dictadas respectivamente por la Sra. Francisca de Roffe, y por su esposo, el reverendo Pablo R. Roffe.

Yo me quedé en dicha naciente institución académica peruana, y me cabe el honor de haber sido el alumno más brillante de mi promoción (la segunda promoción, de 1966).

* * *

De manera especial recuerdo el aspecto de las prácticas de homilética que consistía en extraer de las Escrituras una sección definida y realizar un bosquejo de ella especificando su título y los sub-títulos de sus partes. Puedo decir que este tipo de práctica que tanto me apasionara, constituye la base y la razón principal de mi éxito ulterior como escritor, cuando el material a bosquejar ya la cosecha de mi propia erudición y pensamiento.

Los alumnos del Sr. Roffe nos abocábamos a la tarea que se nos presentaba con todas las características de un reto personal y una competencia. Cada uno, al consumir su bosquejo, estaba perfectamente convencido de que ninguna mente humana pudo ni podrá jamás elaborar un bosquejo de dicha sección de la Biblia con semejante compenetración, lógica, concisión, balance y toque artístico.

Una vez en clase, y portando cada uno su bosquejo previamente revisado y calificado por el Sr. Roffe, sólo faltaba presenciar el momento culminante cuando el profesor expondría en la pizarra, con una seductora y firme caligrafía impresa, su propio bosquejo.

El resultado final era de esperar tratándose de un hombre que define la trayectoria de su impecable erudición bíblica como un constante “empaparse” de todas las Escrituras, las que son tan atractivas y las que parecen carecer de toda atracción. Su bosquejo era generalmente lacónico y tendía a resumir cada tópico, si fuera posible, en una sola palabra capaz de expresarlo todo.

El final de cada clase de homilética era patético, escalofriante. Y cada uno de sus alumnos sentíamos como un majestuoso globo desinflado. Sólo nos quedaba mirarnos la cara, y reír. . . y llorar.

* * *

Cuando tenía 19 años fui presentado al Sr. David Federman, la persona a quien dedico este libro. Por aquel entonces, él servía como Representante de la Agencia Judía en el Perú, Bolivia y Ecuador, después de haber desempeñado la misma función en los países del cono sur, particularmente Argentina, donde tuvo la suerte de conocer a su simpática esposa, la poetisa Reina Eva Schvetz.

David tenía un don especial: El de atraer a sí a los jóvenes, desde muy temprana edad y educarlos en los valores humanos y judíos. El era el amigo de todas las edades. Podía identificarse aun con los más chiquititos, llenando sus corazones de grandes sueños y de impulso realizador. Yo fui uno de los jóvenes que no se apartaba un solo momento de David, en su casa, en las organizaciones juveniles sionistas, y de un extremo a otro de Lima, convertida en nuestra academia paripatética.

Aquella relación no podía truncarse una vez llegada la hora en que el maestro tuviera que volver a Israel; de modo que hicimos los preparativos para que yo fuera tras él para estudiar en la Universidad Hebrea de Jerusalem.

Nuestros planes se realizaron, y en Jerusalem tuve la oportunidad de identificarme más con mi maestro y su filosofía de la vida. Si alguien me preguntara cuál es la mayor lección que he aprendido de David, yo respondería: “¡Amar a Dios sobre todas las cosas!”

Jamás se desvanecerá de mí la impresión de David, el hombre de corazón puro, con sus fuertes brazos y su frente ceñidos de filacterias, alabando al Dios de Israel a viva voz cada amanecer iluminado. ¡De veras, David es algo especial!

* * *

En Lima, ya de regreso de Israel, asistí al Primer Congreso de Arqueología Andina que se llevaba a cabo en la vieja casona de la Universidad de San Marcos. Entonces tuve la suerte de conocer a la Dra. Josefina Ramos de Cox, que era directora del Seminario de Arqueología de la Pontificia Universidad Católica.

Es difícil hallar palabras para expresar el impacto de esta gran mujer en mi vida. Sólo en el aspecto académico, a ella le debo haber podido penetrar el círculo cerrado del personal de la Universidad Católica. Del mismo modo, el que ella depositara en mis manos la responsabilidad de la publicación de Arqueología PUC, el boletín arqueológico de dicha institución, ha tenido muchas repercusiones en mi carrera de editor y autor.

Pero la Dra. Josefina Ramos de Cox trataba con sus amigos, no sólo en el plano académico, sino también humano y espiritual. Su llorada partida dejó huérfanos a muchísimos, particularmente a los pobres y desposeídos para quienes ella fue madre y protectora.

En el prólogo de mi libro, *La Isháh: La mujer en la Biblia y en el pensamiento hebreo*, que he dedicado a su memoria, Francisco Vergara Yayón se refiere a ella en términos de su generación; no porque “pierda de vista el árbol por ver el bosque”, sino porque no hay otra manera de describir a Josefina, quien era realmente el centro de irradiación de fe y filosofía de la vida en su generación.

* * *

En 1975 pasé un semestre como docente en el Seminario Bíblico Latinoamericano de San José, Costa Rica. Allí tuve el honor de laborar en estrecha vinculación con el Dr. Mervin Breneman, la persona que diera el impulso final y definitivo a mi carrera literaria. El Dr. Breneman compartía conmigo motivaciones y experiencias en el campo de la investigación bíblica; pero de mayor trascendencia para mi vida ha sido su labor como editor consultivo de Editorial Caribe.

Cuando yo compartí con él los originales de mis dos primeros libros, no pasó por mi mente el mínimo presagio de que él fuera para mí la puerta abierta. Su apreciación de mi trabajo y su autoritativa opinión me condujeron a firmar mis dos primeros contratos de publicación con la Editorial Caribe. Esta es, a grandes rasgos, la historia de la publicación de, Enfoque arqueológico del mundo de la Biblia, y La Ishah: La mujer en la Biblia y en el pensamiento hebreo.

* * *

Desde que empecé mis estudios en la Universidad de Brandeis sentí un gran impulso para producir una versión editorial de la Biblia que involucrara los más recientes aportes de la investigación y que apelara más al lector latinoamericano por su concisión, claridad y belleza. Esta versión estaría diseñada especialmente para el lector moderno que requiere informarse del contenido de las Escrituras mediante una lectura fácil y de corrido. Esta me parecía una tarea imposible para un solo hombre. A pesar de ello, comencé por traducir las partes más complejas y difíciles, y me propuse guardar un hermético silencio, dado lo serio y ambicioso de mi cometido (esta es la versión que finalmente hemos venido a llamar Biblia Decodificada).

Dos años había trabajado en esta traducción, entre aliento y desaliento, aprovechando todo lapso interglacial que estimulara mi concentración. Mientras tanto, también en el silencio, el Dr. José T. Poe, director del Departamento de Biblias de la Editorial Mundo Hispano y Casa Bautista de Publicaciones, esbozaba su mayor proyecto editorial: La revisión Mundo Hispano de la versión Reina-Valera de la Biblia, que saldrá a luz en la alborada de 1985, con motivo del octogésimo aniversario de la Casa Bautista de Publicaciones.

Consciente de las necesidades del lector latinoamericano, el Dr. Poe había elaborado los tópicos de su proyecto que coincidían con la mayoría de los tópicos del mío. Grata sorpresa se llevó cuando me visitara en Boston en febrero de 1979.

Pocos meses después, la decana empresa editorial depositaba en mis manos por intermedio del Dr. Poe, la tarea de Revisor Principal,⁵ para realizar la Revisión Base de toda la Biblia. El texto a revisar sería la Revisión de 1909 —aunque existen ya revisiones realizadas en 1960 y 1977), para ser más conscientes de la proporción de inteligibilidad de las Escrituras para las generaciones que todavía usan la Revisión de 1909, y para que en vista de los extremos desaciertos en el área de la comunicación y la hermenéutica, introduzcamos también cambios extremos que no han sido debidamente considerados por las otras revisiones.

* * *

En enero de 1980 nos reunimos nuevamente, esta vez en Orlando, Florida, para una consulta y re-evaluación, el Dr. Poe como director del proyecto, el Dr. Cecilio McConnell como editor general, y vuestro servidor como Revisor Principal.

Nuestro común sentir y expectativa eran tales, que a pesar de la característica reserva de los hombres involucrados, consideramos que nuestro proyecto no debería ser más el precioso secreto de unos pocos, sino buenas nuevas de gran gozo para muchos.

Estoy ahora a punto de terminar la Revisión Base en el verano de 1981. ¡Qué grande aventura ha sido penetrar a los tesoros de la Palabra de Dios! Pero el proceso de editorialización de la Revisión Mundo Hispano nos ha hecho conscientes de que las necesidades de la comunicación y las posibilidades de las ediciones de la Biblia realizadas con criterio editorial no han sido todavía respectivamente satisfechas ni explotadas en toda su dimensión.

Mi labor de Revisor de la Biblia me ha convencido de la urgente necesidad de una “versión editorial” como la que yo vislumbrara en 1976, que estuviese libre de las ataduras de la división de versículos y capítulos, que si bien puede ser efectiva para citar las Escrituras, pone muchas trabas a la exégesis y a la comunicación. Mi versión editorial ha venido progresando de una manera simultánea con la producción de la Revisión Mundo Hispano de 1985, y una vez completa y publicada constituirá un texto paralelo que complementa el aporte de la Revisión Mundo Hispano de 1985 al lector latinoamericano en nuestra generación. Esta versión editorial se llamará, Palabras de vida,⁶ y confío en Dios que será una preciosa realidad en un futuro no muy lejano.

NOTAS

1. A mi madre, Esther, está dedicada mi mayor obra, *Hebreo Bíblico: Texto Programado*, por ser ella mi primera maestra de Biblia.
2. “Shilico” es el gentilicio de los nacidos en Celendín, mi ciudad natal, en el norte del Perú.
3. La expresión, “una Lima que se fue”, deriva de la expresión “una Lima que se va”, de Manuel Gonzáles Prada.
4. Primera Edición, Montevideo, 1931; y Tercera Edición, Lima, 1978 (Ediciones Sanandresinas).
5. Debido a esto, la Revisión Mundo Hispano es llamada “Versión Chévere” (“Ch” de Chávez, “V” de Valera, y “R” de Reina).
6. Las citas bíblicas de este libro provienen de Palabras de vida: Versión Editorial de la Biblia (en preparación).

NOTA ADICIONAL: Mi libro, *Filosofía de la vida*, fue publicado por Editoriales Unidas en Lima, en 1982. Debido a su fecha de edición, comparada con la fecha de edición de la Biblia Reina-Valera Actualizada (RVA), varias cosas fueron cambiando, entre ellas el nombre definitivo del proyecto de publicación de la Biblia por Editorial Mundo Hispano, que al comienzo era denominado, “Revisión Mundo Hispano”. Por ese tiempo, antes de 1982, se pensaba que la Biblia RVA tendría su lanzamiento editorial en 1985, cosa que no ocurrió pues el proceso de revisión se prolongó hasta 1989 cuando se lanza la Biblia RVA.

El proyecto personal mío, que al comienzo denominé “Biblia Editorial”, también ha tenido su evolución hasta ser denominada “Biblia Sepharad”, que mis estudiantes de la California Biblical University of Peru (CBUP) prefieren denominar “*Biblia Decodificada*”.

¿Qué quería yo dar a entender con eso de “Biblia Editorial”? ¿Acaso toda publicación de la Biblia no es un producto editorial?

Lo que yo quería dar a entender, y así se lo expliqué al Dr. Poe cuando me visitó en Boston donde incluso asistió a clases conmigo en la Universidad de Brandeis, era lo siguiente: La Biblia ha sido generalmente publicada por instituciones religiosas, eclesiológicas, incluidas las Sociedades Bíblicas. Pero la Biblia tendría más éxito en cuanto respecta a comunicación si fuese publicada por una editorial no religiosa, como lo que es, la obra cumbre de la literatura universal. Una editorial no religiosa no pondría a cada rato objeciones que convertirían el proyecto en algo irrealizable, objeciones como las que derivan de la tradición eclesiológica.

El punto en que mi proyecto coincidía con el proyecto del Dr. Poe, era en que las notas de pie de página de la Biblia RVA no serían de carácter religioso o confesional, sino de carácter científico: Notas relativas a la Crítica Textual, a los grandes descubrimientos arqueológicos de carácter epigráfico y documental, etc.

Cuando firmé el contrato para servir como Revisor Principal de la RVA, hice que constara en el contrato la referencia a mi proyecto personal, que de paso ha servido para dar gran impulso al proceso editorial de la RVA. Actualmente, en el año 2016 me encuentro finalizando el texto del Nuevo Testamento de la Biblia Sepharad – Biblia Decodificada, que finalmente será llamada sólo Biblia Decodificada, y en cuanto a su publicación, aparecerá en internet en la Página Web de la CBUP, cumpliendo todas las expectativas que se han suscitado desde su concepción como proyecto editorial.

A propósito, la Biblioteca de Estudios Teológicos y Científicos (BETYC) también incluida en la Página Web de la CBUP-VIRTUAL, utiliza tanto la RVA como la Biblia Decodificada, produciendo de esta manera una verdadera revolución en el campo de la comunicación teológica de impacto popular.

9
EL PERRITO MATEMATICO



Para aprovechar al máximo las vacaciones de nuestra pequeña hija, Lili Ester, entre otras cosas la inscribimos en un curso de manualidades del Instituto Kumón de Bolivia, bajo la dirección de la Sra. Francesca Russo. Y como mientras duraba su clase yo la esperaba en la recepción juntos con mi perrita Molly, a falta de una revista de Condorito, la Sra. Russo me dio a leer un libro de matemáticas. ¡Futah!

Me dice:

—Para que lo disfrute y pase el tiempo de manera placentera.

El libro había sido escrito originalmente en japonés. Su título no parece explicar el éxito de un millón de copias vendidas sólo en el Japón: *Kumonshiki Sansu no Himitsu*.

Fue escrito por el maestro Toru Kumón, y en español circula desde 1999 con el título de, *El secreto del método Kumón para disfrutar de las matemáticas*. ¡Futah!

* * *

Miré el libro de reojo, y pronto quedé atrapado. Me pareció muy atractivo a pesar de estar plagado de números.

El libro ha presentado un faro de esperanza para miles de padres de familia como yo, ansiosos de que las matemáticas dejasen de ser el cuco de sus hijos en el colegio y en el ingreso a la universidad. Su lectura me hizo conocer en su autor a un maestro muy atractivo.

Más allá de las matemáticas, y a través de la docencia de las mismas, Kumón representa toda una filosofía de la vida. Sus conceptos constituyen sólidas columnas para la docencia. El escribe: “Toda persona puede aprender Matemáticas, y toda persona puede llegar a disfrutar las Matemáticas. . . Vamos a descubrir el potencial con el cual está dotado cada individuo, y con la expansión de este don hasta su máximo límite vamos a desarrollar personas responsables y mentalmente sanas, contribuyendo así a la sociedad.”

Molly, su perrita de mi hija, me mira de reojo y guarda silencio. Ella no se podía explicar cómo es que yo podía disfrutar tanto este libro.

* * *

Mientras avanzaba en mi lectura, parecía materializarse ante mis ojos el añorado fantasma de un viejo profesor mío de la secundaria, uno de los pocos cuyos nombres y apellidos completos llevo siempre a flor de labios y con verdadero cariño. El nos enseñaba matemáticas en el Colegio San Andrés, en Lima Limón, y su metodología y filosofía de la vida eran similares a las del maestro Kumón.

Los alumnos en nuestro colegio le llamábamos “Perro”, porque su cara se parecía a la de un bóxer, con sus cachetes caídos, su mirada triste, su nariz roja. Yo nunca le vi sonreír.

Vestía todo el tiempo el mismo terno tétrico de color marrón oscuro con finas líneas negras verticales. Su saco, en extremo largo, paraba siempre desabotonado y un costado caía más abajo que el otro a causa de su pesado llavero que siempre llevaba en el mismo bolsillo. Daba la impresión que iba a rozar el suelo.

Nos miraba por encima de sus gafas. Siempre parecía estarnos fichando con su lápiz y su libreta de anotaciones. Hasta el más osado de los muchachos podía ser neutralizado con su mirada penetrante y amargada.

Nunca olvidaba nada; de todo guardaba registro. Y yo, que le tenía miedo a las Matemáticas, tenía mil razones para sentir pánico ante su presencia.

* * *

Cursaba el segundo año de secundaria cuando se comentaba que a partir del tercer año nuestro profesor de Matemáticas sería. . . ¡nada más ni nada menos que el Perro!

Los escalofríos se apoderaban de nuestros miembros, porque tenía fama de ser cruel, capaz de doblegar a cualquier ser humano y aplazarlo, o aplastarlo. Nadie podía escapar de sus manos —o de sus garras—.

Llegué al tercer año con esas ideas preconcebidas acerca de él, y en la última hora de la primera mañana de clases lo teníamos al frente en nuestro salón y lo mirábamos

despavoridos. Pero ocurrió algo providencial que disipó el horror con una nota de humor angelical.

Nuestro salón de clases, que daba a la calle Hernán Velarde, tenía entonces ventanales de armazón metálica, divididos en múltiples cubículos de 25 centímetros de lado, protegidos en la parte inferior-exterior por barras metálicas horizontales con diez centímetros de separación.

Por esas barras se trepó ese angelito de Kinder —El Colegio San Andrés tenía Kinder, Primaria y Secundaria—.

Los pequeños de Kinder salían al medio día más temprano que los demás alumnos. Los padres que también tenían niños en la primaria o en la secundaria, merodeaban en la calle esperándolos, mientras los pequeños retozaban alegremente como recién salidos de una prisión. Por eso ese angelito estaba afuera, mientras nosotros estábamos todavía adentro, tras rejas, en plena clase de Matemáticas, ¡y con el Perro al frente!

* * *

El angelito se trepó velozmente, casi hasta el marco superior del ventanal. Parecía un monito encaramado en las barras de metal, y por entre los cubículos abiertos, como intentando meter su cabecita, le miraba a nuestro profesor de Matemáticas, con inocencia angelical, y le llamaba cariñosamente:

—¡Perro! ¡Perrito! ¡Perriiiito!

El angelito no sólo estaba lejos de su alcance, sino que le llamaba con verdadero cariño e insistencia:

—¡Perro! ¡Perrito! ¡Perriiiito!

No se deslizó abajo ni corrió, sino que se quedó asido a las barras de metal, repitiendo con cariño:

—¡Perro! ¡Perrito! ¡Perriiiito!

* * *

El Perro tragó la saliva e hizo un descomunal esfuerzo para no mirarlo por encima de sus gafas.

Nosotros en el aula estábamos sentados en silencio, haciendo gran esfuerzo para contener la risa, lo cual habría agravado considerablemente las cosas.

El profesor sabía que se convertiría en el hazmerreír y el foco de los comentarios a la salida del colegio.

El Perro no le gritó ni hizo algún ademán agresivo que pudiera ocasionarle al angelito un accidente. Sólo se mordía los labios de ira e impotencia y de rato en rato lanzaba miradas de escrutinio para cerciorarse de que ninguno de nosotros osáramos reír.

Nos contuvimos hasta que llegó la hora de salida, y una vez fuera, no pudimos contener el aluvión de risa y los comentarios que nos acompañaron en toda la jornada.

* * *

Yo lo he llegado a apreciar al Perrito, sólo tras haber acabado la secundaria, y con el paso del tiempo lo he llegado a apreciar cada vez más.

Recuerdo que unas pocas veces nos habló de la relación de las Matemáticas con la vida. Recuerdo sus palabras y ademanes hasta en sus mínimos detalles.

El decía: “Si ustedes han llegado a tercer año de secundaria, quiere decir que son cronológica y mentalmente normales. Luego, todos ustedes pueden aprender la Matemática. Y no sólo que todos la pueden aprender, sino que la tienen que aprender, porque el estudio de la Matemática en la Secundaria no es para los matemáticos o para hacer matemáticos, sino para enseñar a pensar ordenadamente y apreciar la lógica detrás de la Matemática.”

Sus palabras me servían de consuelo.

* * *

Luego les hablaba enérgicamente a los alumnos matemáticos, esos genios que daban la respuesta correcta tras sólo escuchar el planteamiento de un problema.

Les decía: “No crean que yo soy profesor sólo de ustedes. Yo soy profesor de todos y de cada uno de los alumnos en el salón. Y mi responsabilidad es enseñar la Matemática a todos, y no sólo a unos cuantos.”

En mis adentros, yo me decía: “¡Eso sí que está bueno! ¡Sigue dándoles duro a los genios matemáticos, en lugar de dar la clase!”

El terminaba exclamando amargado: “¡Y digo ‘Matemática’, no ‘Matemáticas’, porque no hay más que una sola Matemática! No sé de dónde diablos se han sacado eso de ‘Matemáticas’ en plural.

* * *

El Perrito enfatizaba en el trazo artístico de los números, a los cuales dibujaba sobre la pizarra, lenta y con movimientos rítmicos. El solía insistir que los escribiéramos con toda claridad en nuestros cuadernos, de modo que no confundiésemos un número con otro.

Nos enseñaba a resolver los problemas pasando por todas las fases que conducen a la respuesta correcta. No permitía que los genios matemáticos se saltaran una fase; si eso hacían, les hacía repetir el ejercicio.

Decía que a él no le importaba la rapidez con que hacíamos los cálculos matemáticos, sino el orden, la estética y el pensamiento lógico.

Decía: “El ofuscamiento que conduce al fracaso es resultado de la sonsera de ‘quemar etapas’, es decir, saltar las fases intermedias del raciocinio lógico por el prurito de dar la respuesta con rapidez. Pero a mí, lo que me importa es el orden y la limpieza en la solución de los problemas; no me importa la rapidez.”

No nos daba muchos problemas como tarea de casa; sólo dos o tres. Pero exigía que las páginas de nuestro cuaderno lucieran como obras de arte arquitectónico en cuanto a horizontalidad y verticalidad. Y nos obligaba a poner al pie de la respuesta la acronimia LQQD —creo haber oído que significa “Lo Que Quedó Después”—. Pero muchas veces por equivocación yo escribí: QEPD —Que En Paz Descanse—.

* * *

El Perrito se tomaba todo el tiempo para corregir nuestros cuadernos, de todos, en la clase misma, y al pie de LQQD estampaba su firma.

Luego daba oportunidad a los alumnos para salir voluntariamente a la pizarra para resolver algún problema que él planteaba y así poder mejorar sus calificativos. Si salías voluntariamente y fracasabas, nada pasaba; sólo volvías a tomar asiento sin pena ni gloria. Pero si esperabas que te llamase a la pizarra, y fracasabas, tu calificativo era afectado irremisiblemente.

En los exámenes nos pedía que tuviésemos un papel extra y que escribiéramos en él la palabra “BORRADOR”. El examinaba dicho papel por los dos lados, y estampaba su firma sobre ambos lados, para que nadie pudiese cambiarlo con algún papel trucado. En ese papel podíamos hacer todos nuestros cálculos y garabatos con lápiz y borrador de goma, pero la hoja del examen debía ser impecable y con bolígrafo.

* * *

Más gusto le fui agarrando a su metodología en cuarto de secundaria, cuando nos enseñó Geometría.

A puro pulso dibujaba en la pizarra un círculo; después de apartaba caminando lentamente hacia atrás para corroborar que su trazo era perfecto. Y si no lo era, lo borraba y lo volvía a dibujar, tantas veces hasta que le saliera perfecto. Lo mismo hacía con las líneas rectas y con los polígonos.

* * *

En las actuaciones escolares, a las cuales él nunca asistía, algunos payasos le imitaban exagerando sus movimientos. Si bien ha causado muchas lágrimas, hay que reconocer, que también ha sido una fuente inagotable de risa y carcajadas cuando le imitaban sacando con violencia de su bolsillo su enorme pañuelo, extendiéndolo hasta el suelo de una sola sacudida, para luego sonarse escandalosamente la nariz, mientras nos mira por encima de sus gafas y dice:

—¡Cinco por cinco, veinte!

Emilio Barrantes, acostumbrado a discutir con los profesores le corrige:

—¡Son veinticinco, profesor!

El Perro le responde, mirándolo por encima de sus gafas:

—Son veinte, ¡porque así se me da la gana! Usted es el único que se atreve a corregirme. ¡Es que usted se maneja una conchaza! —y pronuncia la zeta al estilo español, sin ser español—.

* * *

Como resultado de su metodología, yo nunca tuve problemas con las Matemáticas. Y después de terminar la secundaria, su curso es el que más recuerdos agradables me ha acumulado en la vida a pesar de que yo hago las sumas con mis dedos. Sus conceptos me han servido, casualmente, sin conexión con las Matemáticas. Por eso extraño su mirada triste por encima de sus gafas, y le recuerdo con cariño.

Recuerdo algo que ocurrió en una de las clases más escalofriantes:

El había planteado una ecuación que llenaba una línea de dos metros de largo en la pizarra, cuando para espantarnos bastaba una de medio metro.

Luego llamó voluntarios para resolverla. El Salas, que era uno de los genios y que siempre salía de voluntario y se lucía, esta vez no salió. Tampoco salieron el Zopfi, ni el Escalante, ni el Zevallos “Zampietri”.

El reto tentó a los genios matemáticos de segunda, que fueron saliendo y uno tras otro, fallaban por igual y tomaban asiento. Y como todos fallaban, hacia el final de la clase se levantó mi mano.

* * *

Yo no entiendo cómo es que pudo haberse levantado mi mano.

Yo no sabía qué hacer. Pero una vez ante la pizarra, pensé que de ese modo contribuiría con mi granito de arena a las risas y al regocijo de todos mis compañeros.

Estando de pie ante la pizarra, un tanto indeciso el profesor me preguntó:

—¿Y usted qué va a hacer, joven?

El Espíritu Santo movió la palma de mi mano sobre la superficie de la pizarra, sin que yo supiera qué pasaba, y me hizo responder:

—Voy a trasladar todos los conjuntos entre paréntesis, desde aquí hasta aquí, para allá—y a causa del largo de la ecuación, casi pierdo el equilibrio y me caigo de bruces—.

Y el Perrito dijo:

—¡Lo felicito, joven! ¡Usted sabe pensar!

Se desbloqueó el asunto y la ecuación se redujo considerablemente de tamaño, como un globo que se desinfla hasta su mínima expresión. Y en lo relativo al cálculo, él permitió que todos los alumnos con cerebro matemático hicieran las multiplicaciones y las divisiones y me dictaran los resultados.

Hacia el final de la clase todo parecía un pandemonio. ¡Todos tenían licencia para “soplarme” los resultados de los cálculos, hasta el momento dichoso en que pude escribir LQQD y me senté en mi trono de gloria.

* * *

Aquel momento fue tan placentero que su recuerdo es muy gratificante en mi vida consciente. Por eso, jamás me he podido explicar por qué el Perrito se convirtió en el personaje central de mis pesadillas.

Hasta el día de hoy tengo pesadillas de mi vida escolar, casi siempre con la misma trama: Sueño que estoy en el examen final de Matemáticas, y junto a la pizarra está él, mirándome por encima de sus gafas.

Por casualidad me he enterado que esa mañana era el examen final, después de haber faltado a clases todo el semestre.

Mi mente está en blanco. En lo único que he sido cuidadoso y organizado es en acudir al colegio con mi uniforme impecable, con camisa blanca de cuello almidonado, saco, corbata y prendedor. Incluso mis zapatos lucen bien lustrados. Pero un suave friecito

en mi entropierna hace que me dé cuenta de que en mi ofuscamiento había omitido dos fases de rigor: El calzoncillo y el pantalón.

Y sentado en mi carpeta, a punto de empezar el examen final de Matemáticas, me doy cuenta de que soy el Director del CEBCAR, el Director Académico de la CBUP y el Editor de la *Biblia Decodificada*, y con gran alivio me convenzo que la secundaria ha quedado muy atrás en el recuerdo.

Sobre todo me doy cuenta de lo que mi profesor de Matemáticas ha llegado a ser para mí en la vida real: Uno de mis maestros que más influencia positiva ha ejercido en mi vida. Por eso me atrajo tanto el pensamiento del maestro japonés Toru Kumón, que hizo de las Matemáticas su apostolado, tal como el Perrito.

* * *

Por un tiempo aquellas pesadillas se hicieron frecuentes, por lo cual fui a consultar a mi psiquiatra.

Le pregunto:

—¿Qué me puede decir de estas pesadillas?

Su respuesta me ha sido de gran ayuda:

—Diversos estudios psicológicos han demostrado que el tipo específico de pesadillas donde uno sueña que es todavía un estudiante y que va a fallar en un examen es uno de los más comunes y generalizados. En los adultos entre 40 y 65 años de edad es normal tenerlas.

Al ver mi desahogo, prosigue:

—El judío Sigmund Freud tenía esas pesadillas con sus exámenes de biología, zoología y química, muchos años después de ser un profesional en ejercicio. En su libro, *La interpretación de los sueños*, hace notar que las mismas son experimentadas precisamente por las personas que nunca fueron desaprobadas en los exámenes, y no por quienes sí han tenido la dicha de fallar en ellos.

Yo comento:

—Quizás me hubiera sido mejor ser “jalado” en todos mis exámenes de Matemáticas, ¿no cree doctor?

Y me responde, riéndose:

—De todos modos, por muy feliz que sea, la vida humana siempre conlleva situaciones de ansiedad, y ese tipo de sueños, por extraño que parezca, contribuye a aliviar las ansiedades de la vida real.

* * *

Cuando acabó de hablar mi exorcista, que digo, mi psiquiatra, yo ya estaba lleno de ansiedad.

Pensaba en la cantidad de plata que me habría de cobrar. Pero él se ríe benévolutamente y me dice:

—Cuídese de salir en paños menores, doctor. Así evitará los traumas psiquiátricos. ¡Son 100 LUCAS!

Y me desperté bruscamente sobre el mullido sillón de cuero del Instituto Kumón de Bolivia, cuando se atreve a acariciar a mi perrita Molly, diciendo:

—Es hembrita, ¿verdad? No existe un perro más tierno que el Cocker Spaniel.

Era la Sra. Francesca Russo, Directora del Instituto Kumón que tenía a su lado a mi pequeña hija Lili Ester, lista para entregármela y para volver a casa después de su clase de manualidades.

* * *

Le devuelvo a la Sra. Russo el libro de Kumón.

Su criterio de que todos podemos llegar a tener éxito con las Matemáticas, e incluso a amarlas, hizo que me acordara de mi profesor en la secundaria, el Dr. Carlos Benavente Zavala, y sus palabras afirmaron mi convicción respecto de la exitosa metodología del CEBCAR, el Centro de Estudios Bíblicos “Casiodoro de Reina” que me place haber fundado y dirigir:

En los materiales producidos por el CEBCAR los niveles de dificultad son presentados de manera gradual, de lo más simple hasta lo más complejo, permitiendo que los alumnos asimilen los temas con facilidad. Esta metodología inductiva se conoce con el nombre de Mayéutica, que en griego significa literalmente “hacer parir” a la mente. De este modo, el estudiante logra estudiar la asignatura, prácticamente solo, sin maestro, conforme al Proverbio del Moisés Chávez que dice:

NO EXISTE LO DIFÍCIL:
SOLO EXISTE LO COMPLEJO.
Y LO COMPLEJO ES IGUAL
A LA SUMA DE LOS FÁCILES.
L.Q.Q.D.

10
EL ZOOLOGICO DEL FUJMORI



Años después del nacimiento de Lili Ester, nuestra hija unigénita, vino a nuestras vidas nuestro hijo putativo, el George Frankenstein, quien tiene grandes inquietudes por conocer las cosas que sucedieron antes de su existencia terrenal, incluso en los tiempos lejanos de su bisabuelo, el Capitán Don Zaturmino Chávez Baella.

Un día le referí al George con lujo de detalles, tal como paso a referirles a continuación a vosotros también, la historia del Fujmori (no del Fujimori, sino del “¡Fuj! ¡Mori!”, mi sobrino) y de nuestras bodas, de Amanda y de mí, en mi ciudad natal, Celendín.

Escogimos a Celendín para casarnos allí, porque humildemente nos consideramos de la plebe, del común de la gente. De ser shilicos magnates o aristócratas, seguramente hubiésemos escogido casarnos en Huacapampa, un paradisíaco spa o “scapá” que se encuentra a doce kilómetros al sur de la ciudad de Celendín y que ha sido agarrado de bajada por los millonarios shilicos, para sus escapaditas.

La historia de nuestras bodas coincide con la historia del Fujmori, hijo del Búho y de mi sobrina Nelly, bisnieta del Capitán. Y he escogido incluir su historia como

representativa de las historias de los tataranietos del Capitán hasta donde alcanza el enfoque de este libro.

* * *

Partimos de Lima en bus y llegamos a Celendín en pelotón dos días antes de nuestras bodas.

En el pelotón estábamos incluidos, aparte de la menudencia, mi novia Amanda y yo, y Stael, la hermana menor de Amanda, que se vino desde la ciudad de La Paz, Bolivia, para estar presente en este acontecimiento que dio mucho que hablar en Celendín, y por la presente historia virtual también en el mundo entero.

Formaban parte de la menudencia mis sobrinos Eli e Iván, hijos de mi hermana Elvira, mocosos en esos tiempos idos, que se auto-eligieron dizqué para ser nuestros “ángeles de la guarda”, para evitar que Amanda y yo precipitásemos el devenir de los acontecimientos hasta las últimas consecuencias.

En cuanto a Stael, ella era entonces soltera, y tuvo que hacer un sacrificio para viajar a nuestra boda, por cuanto es dueña de una farmacia en La Paz, cuyas puertas no se pueden cerrar así nomás, a discreción, a causa de sus turnos pre-establecidos. Es que, como refiere mi esposa en su relato, “Historia de nuestro amor”, las cosas relativas a nuestra boda ocurrieron casi en un abrir y cerrar de ojos, ¡como para ser tomados en cuenta por los Records de Guinness!

* * *

Las ceremonias se realizaron en la sala de la casona de mi hermana, la Mama Lila, en el Jirón José Galvez 714 de Celendín, la antigua residencia del Capitán.

En un lado de la sala estaba la mesa para el alcalde y demás autoridades civiles de la ciudad (para el matrimonio civil). Y a su costado estaba la mesa para la celebración de la ceremonia religiosa, a cargo del pastor Peter Nagel, de la Iglesia Evangélica Presbiteriana de Celendín. Y en medio de ambas mesas estaba la hermosa torta de bodas, confeccionada por la Yoyo y su pandilla.

Todo el asunto del matrimonio civil y religioso ocurrió con sólo dar tres pasos al costado, pero en una eternidad.

Luego vino el banquete de bodas para los invitados y paracaidistas.

* * *

Mientras estas dos ceremonias ocurrían adentro, en la sala, y se alargaban más de la cuenta debido a la exagerada cantidad de firmas que se exigía de los novios y de los testigos —para mayor seguridad—, afuera, delante de la sala, en el amplio patio encementado, tenía lugar otro acontecimiento que terminó opacando nuestra boda.

Se había reunido gran cantidad de mocosos del vecindario y se enfrascaron en un febril partido de fútbol, un mundialito con todas las de la ley.

Sus gritos de júbilo, en momentos hacían que las autoridades civiles y religiosas se desconcentraran en medio del ritual de las bodas, a riesgo de terminar uniendo en los vínculos del santo matrimonio a extraños que estaban bien sentadotes en la sala sin siquiera saber que se trataba de nuestro matrimonio, como en la anécdota del borrachín que entró a una casa y se puso a soplar las velas, y abrazó el ataúd diciendo: “¡Happy birthday to you! ¡Que partan la torta!” Hasta que lo botaron a patadas diciéndole: “¡Imbécil! ¿No ves que es un velorio?”

Las dos ceremonias de nuestras bodas concluyeron; mas no así el espectáculo futbolístico del patio. Yo me encontraba muy emocionado y ocupado atendiendo a la gente, pero de reojo atiné a fijarme que la pelota era de trapo.

* * *

Por atender a la fila de invitados que desfilaba para felicitar a los flamantes esposos y que nos agotaba con tanto beso a Amanda y a mí, no logramos introducirnos en ese maravilloso mundillo infantil. Pero sí lo hizo Stael.

Ella vio que un futbolista de dos añitos de edad destacaba por su energía y empeño, por su quiebre de cintura, por sus goles, y por su humildad y nobleza en lo que se refiere a la celebración de la victoria de su equipo.

Ese futbolista excepcional se llamaba César Mori, apodado con toda justicia “¡Fuj Mori!” —así, tapando tus narices a causa del ishpa—.

El es el hijo primogénito de mi sobrina Nelly y su esposo el Búho Lucho Mori, y nieto de la Mama Lila y del Delesmiro.

* * *

El muchachito exhibía unos zapatos únicos en su género, de colección, de película: Estaban rotos a causa de tanto patear la pelota. Ambos zapatos estaban descosidos y abiertos en la punta, de tal modo que se veían sus deditos, como siendo vomitados por dos sapos que decían, “¡Fuj Mori!” a causa de la pezuña.

Esos zapatos, que al mismo tiempo servían de chimpunes y para dormir, no le causaban gracia a nadie en medio de la fiesta, pero llamaron la atención de Stael, y gracias a ellos, ella se convirtió de repente en una hinchada del fútbol.

Atrás quedaron los vagos recuerdos del Bolívar y del Strongest de La Paz, si alguna vez le llamó la atención el fútbol. Y estando los del pelotón de la boda procedente de Lima alojados todos juntos en su casa de la Mama Lila, la Cholita Paceaño pudo estar todo el tiempo cerca de su ídolo e intimar con él.

* * *

Ella, que en esos pocos días en Celendín tenía todo el tiempo del mundo para relajarse sin nada más que hacer, se consiguió por allí una guatopa y un pedazo de hilo de coser costalillos, y mientras su ídolo dormía a pierna suelta a causa del cansancio del partido, ella cosió las bocas de los sapos, a fin de que no se escaparan del interior esos cinco deditos del minúsculo campeón.

Al día siguiente, el día de la partida del pelotón de regreso a Lima Limón, ya se los veía juntos a los dos, a la Stael y al Fujmori, como un par de enamorados, porque en agradecimiento el niño le había obsequiado a ella su muñeco de trapo, un bollo de quince centímetros de largo, y de este modo le robó el corazón.

* * *

No atiné a fijarme como sería de emotiva la despedida, pero ella, al llegar a La Paz, le compró un camión de fierro marca *Tonka*, de colección, pintado de color amarillo patito con diseños en negro. Para que te hagas una idea, los juguetes de la marca *Tonka* están incluidos ahora entre las antigüedades que las estrellas de la serie televisada, “El precio de la historia”, valoran en miles de dólares si están en perfectas condiciones de conservación.

La Stael envió al Perú, vía DHL, el camión *Tonka* para su ídolo Fujmori, y daba la casualidad de que en esos días se encontraba en Lima el Delesmiro, esposo de la Mama Lila y abuelo del pequeño *ass* de fútbol. El fue el encargado de llevar el camión a su destino final, y cuentan que en todo el trayecto de Lima a Celendín lo llevó sobre su milca.

—¿Y los sapos?

—¿Cuáles sapos, George?

—Los sapos del zoológico del Fujmori. . .

—Los sapos, es decir, los sapazos, eran sus zapatos del Fujmori, con sus bocazas abiertas de par en par para permitir que el chico pateara la pelota en el más pulcro estilo de Celendín, es decir, al estilo nigua-nigua.

Esto en lo que concierne a los sapos de su zoológico; pero si dejas de interrumpirme, George, pasaré a contarte a continuación todo lo que concierne a las culebras. . .

* * *

Años después, tras mis agotadoras actividades académicas en la Santa Sede de la CBUP en Lima, viajé a Celendín para relajarme y para jugar con globos y agua en los Carnavales, conforme a la palabra que dice: “En Carnavales, ¡hasta Dios moja!” —es que la fiesta cae en plena estación de lluvias—.

En el atardecer de ese mismo día de mi llegada a Celendín, casi a oscuras, escucho gran jolgorio en la Plaza de Armas y la mágica melodía del Chilalo —el Carnaval Celendino—, que mi mamá Tey llamaba “la melodía que resucita muertos”.

Salgo de la casa y me dirijo a la plaza para mirar de cerca, y me entremezclo con la vanguardia del Corso de Carnavales del Barrio del Rosario, mi barrio. Se trata de uno de los máximos atractivos de la vida de Celendín, porque en el corso participa la familia entera: Las niñas por su lado, los niños por su lado, los enamorados por su lado, la madre al lado del padre, los abuelitos chochos y sobre la nuca de éstos, su nieto o su nieta llevados “santo piñño”. Y por cierto, todos con los accesorios y disfraces del Carnaval.

Como muchos otros shilicos, desde los últimos rincones del mundo he viajado a Celendín para esta fecha; sólo para ver el Gran Corso del Barrio del Rosario o Colpacucho. Con esta revelación mía podrás imaginar cuán emotiva puede ser esta experiencia anual.

* * *

Cuando el corso pasó de la esquina en la plaza, vuelvo a casa y me pongo a conversar con mi Mama Lila, a quien encuentro en su dormitorio contemplando con nostalgia un fajo de fotografías de la graduación de su nieto, ¡el Fujmori!

Las fotos eran de cuando él era ya un quinceañero con el aspecto cailingo de un hamster flaco y pelucón. Por ese tiempo, tras acabar la secundaria, se había trasladado a Lima para postular a la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI), dejando muchos recuerdos inéditos en Celendín.

Mi Mama Lila me muestra que el muchacho suertudo tuvo como madrina de Promo a la chica más hermosa de la fiesta:

—Esta muchacha de piernas celestiales fue su madrina de promoción. Ella es huacapampina, y con ella sique bailó el vals de honor. ¡Pero mira qué piernazas! ¡Ay Amito!

* * *

Entonces nos ponemos a conversar acerca de él, y ella me cuenta:

—Te contaré, pué, lo que le ha ocurrido a este grajiento cuando era chiquito: Vagando como perro sin dueño por el cerro San Isidro se encontró sobre el suelo, entre las nigua-niguas, un huevo raro como para ser de pajarito, y para nada quería deshacerse de él. El andaba con su huevo en su bolsico, de arriba pabajo y de abajo parriba.

Le advertimos insistentemente:

—Deshácese de tu huevo, no sea que sea de culebra, o de serpiente. ¡Achichín si te muerde!”

—¿Y?

—El no hacía caso y seguía nomá andando con su huevo a cuestras, y yo me moría de nervios pensando que pudiese reventar en su bolsillo y que fuera una culebra o una serpiente. . . ¡Achichín!

—¿Y?

—¡Dicho y hecho! Un día el huevo reventó en su bolsillo. ¡Qué sustazo que se dio el condenáu! ¡Achichín!

—¿Fue una culebra?

—No. Era una lagartijita asisito nomá, de este tamañito. ¡Pero si la vieras, qué alhajita que era!

* * *

Le pregunto:

—¿Y qué pasó después con la lagartija?

—Fíjate que la lagartija creía que el César era su mamá. Por un tiempo él cuidó de su lagartija, alimentándola con mosquitas muertas, gusanitos, arañitas, etc. que se dedicaba a coleccionar para su zoológico. A la hora del almuerzo, la lagartijita salía para almorzar, toda puntual, a su hora. Hasta que creció y. . .

—¿Y?
 —Por allí debe andar metida en la huerta por entre las matas de chamcas y de achiras. Ya no lo necesita a él para nada.
 Le digo, riéndome:
 —Entonces se puede decir que él la ovó a la lagartija. . .
 —Amo decir. . . Se merece un premio el muchacho, ¿no crees?
 Le digo:
 —Valdría la pena solicitar que lo incluyan en el libro de los Records de Guinness. . .
 ¡como el primer ser humano que ovó una lagartija!
 Y me dice:
 —¡Fíjate, que eso si que sería un verdadero honor para Celendín!

* * *

Bueno, así cumplo con lo del título de mi historia: Les he hablado de los sapos, de las culebras y de la lagartija del ¡Fujmori! Aunque a la verdad, su zoológico también incluía alacranes y arañas pajchas, a las cuales guardaba dentro de cajitas de fósforos. ¡Todo un zoológico tenía el condenau!

—Alhajitas, pues, son los muchachos cuando nacen y son chiquitos; lástima que después crecen. . .

—Sí, pues. Ahora el César es todo un profesional que a lo mejor ni se acuerda de estos avatares de la vida, cuando aun no había nacido su hermano Pablo.

—¡Pensar que el Fujmori ahora es papá, y Santiaguito, su hijito, acaba de cumplir un añito en una fiestaza celebrada en Celendín con animadoras piernudas y partido de fútbol incluidos!

—¡Jué!

11 AVENTURAS MITOLOGICAS

En esa pequeña ciudad engastada como piedra preciosa en medio de las macizas cadenas de montañas de los Andes del norte del Perú, se le llama “mito” a la arcilla con que juegan y se divierten los pequeños. Es una palabra quechua de las pocas que han quedado impregnadas en la vida de nuestro pueblo. El material es abundante y su plasticidad nos deleita y nos da satisfacción a chicos y a grandes porque es la materia prima de nuestros sueños.

El mito está ligado a los juguetes más anhelados y amados de nuestra alma infantil, porque son juguetes que derivan de nuestro propio *fiat* creador. En grandes cantidades, el mito más refinado es llevado a los jardines de la infancia para que los niños plasmen con sus deditos la realidad de su mundo infantil. Y en las escuelas los mismos niños se proveen de este material, ya sea en inolvidables paseos escolares o por sus propios medios.

* * *

Si alguna vez te mezclas con los niños shilicos y escuchas su conversación, verás que todos ellos se ufanan de conocer “minas” secretas de mito y de tener acceso exclusivo a ellas; unas con mito de un color; o de otro color, o de otro olor.

Yo guardo dorados recuerdos de una mina de mito color anaranjado que había en el extremo sur de la Plaza Cortegana, a pocos pasos de su puerta del Napliche.

En Guañambra hay mito de color negro, especial para hacer réplicas de los huacos de la cultura Chimú.

En el lecho del Río Chico había mito de color caca.

Pero las mejores minas se encontraban en las faldas del cerro San Isidro. Las había de todas las variedades, en especial el mito blanco, el máspreciado.

A esas minas siempre soñé con ampararlas y hacerlas mi exclusiva propiedad.

* * *

Para los niños pequeños, que elevábamos el mito a la categoría de “mitología”, éramos relativamente pocos. El resto, de regreso de la mina, desperdiciaban todo su patrimonio mitológico haciendo bolitas pequeñas para arrojárselas a las niñas, las cuales, de vez en cuando iban a dar contra el sopino del profesor o contra las paredes del aula o contra el pizarrón, quedando a veces adheridos. Casi siempre, un paseo mitológico terminaba con ruidosas carcajadas mezcladas con estrepitosos garnidos.

Pero en lo que a mí respecta, dar con una mina y sacar una buena bola de mito era tan delicioso como atesorar un pudín de pan o un queso mantecoso. ¡De sólo acordarme de mi bola me mizquicho!

Con el mito yo hacía muñecos, huacos, ollitas, cantaritos, animalitos, y por mucho tiempo abrigué el anhelo de llegar a ser escultor.

* * *

Yo andaba obsesionado con el mito. A cada instante observaba las cabezas que mi padre había hecho del Libertador Don José de San Martín, de Simón Bolívar y de Antonio José de Sucre, los héroes de nuestra independencia nacional. Se trataba de modelos de escultura en mito para la enseñanza de las artes manuales en la escuela, donde él era profesor.

Para que se secaran esas cabezas de tamaño natural mi padre las colocó en alto, lejos del alcance de mis manos. Cuando los rayos de luz solar cubrían de gloria esas cabezas, yo admiraba el detalle: Sus pupilas, los lóbulos de su nariz, las cejas y las patillas pobladas, me producían admiración.

Pero al atardecer, cuando se acercaba la noche parecía que las cabezas cobraban vida y como ménsulas saltaban de sus cornisas y volaban hacia mí. De este modo se fueron convirtiendo gradualmente en la causa de mis pesadillas.

Cuando crecí, les perdí el miedo a esas cabezas, y llegué a ver en ellas mi materia prima. Sólo se reducía a tumbar una de ellas con un palo, y humedecer su material en una vasija de agua. De eso modo, no tenía que aventurarme en los alrededores en busca del precio material.

* * *

Por esos tiempos llegó a Celendín un ventrílocuo.

Era la primera vez en mi vida que yo veía tal cosa, y la gente decía que se llama ventrílocuo porque habla con su vientre, no con su boca. Yo no me podía explicar cómo podría él hablar por su munsho, por su ombligo, salvo que tuviese allí tuviese un hueco con labios.

Mi papá encontró casi imposible explicarme que un ventrílocuo era un hombre que hablaba por su boca y no por su vientre, como indica su nombre con que se lo llama: Ventrílocuo. Lo que pasa es que puede hablar sin abrir la boca ni mover sus labios, e incluso puede imitar diversas voces, sobre todo voces chistosas, diferentes a la suya propia. En realidad la palabra “ventrílocuo” es mal usada, porque se trata nada más de un artista que tiene el don de hablar sin mover sus labios. A algunos les es fácil, pero otros lo han logrado después de mucha práctica. Y en cuanto a mí respecta, acto seguido empecé a practicar, sin nunca lograrlo.

* * *

Ese ventrílocuo que llegó a Celendín era un charlatán que haciendo que hablara su muñeco al mover de alguna manera su quijada y abriendo su boca bien grandazo, lograba arrancar de los bolsillos del público que lo rodeaba algunos pocos reales, vendiéndoles sebo de culebra y pócimas para envalentonarse en la cama con una mujer. “Afrodisíacos” se llaman.

De buena gana le escuchaban los estancieros y sus mujeres, sobre todo siendo gratis y divertido el show en la Plaza de Armas, frente a la entrada principal de la Municipalidad. Pero de modo especial su público estaba formado por una tanda de chiquillos callejeros que

le seguían como moscas y se deleitaban imitando las atrevidas expresiones que hacía que hablara su muñeco, el cual cobraba vida cada vez que lo recogía del suelo de entre sus fajos de supercherías.

* * *

Aquel muñeco atrevido se llamaba “Roque” y se apellidaba “Peloduro”, Roque Peloduro.

Yo me embelesaba estudiando cada detalle de su manufactura, uno de ellos, un elástico que observé en la parte de sus amígdalas y que hacía que su mandíbula inferior se mantuviese pegada al resto de la cabeza, pero que se moviese, incluso desproporcionadamente, cuando el Roque actuaba magistralmente como “abreboca”.

No pasaría mucho tiempo, y la cabeza de Don Simón Bolívar que estaba haciendo con mito se convirtió en la cabeza del “Roque Peloduro”, y en lugar del elástico, utilicé un pedazo de tirajebe sostenido por clavos transversales en la nuca y debajo del mentón del muñeco.

En cuanto a los diálogos, los chistes, las lisuras las repetiría de los labios del aquel muñeco descarau, yo no podía crear tales cosas; sólo las podría imitar. Incluso mi muñeco tuvo que llamarse “Roque Peloduro” o simplemente, “Roque”.

* * *

El Roque Peloduro original fue el que contó la historia de aquel viejito que se fue a consultar a una bruja para recobrar su añorado vigor. En aquellos tiempos, cuando no existía el Viagra, la única solución era la brujería.

La bruja le dio tres píldoras de su propia farmacia, para tres aventuras de amor. Al tomar una píldora, ¡por obra y gracia de la brujería el pishgo maldiciáu se cuadraba ipso facto! Y había que silbar ¡jujuiuuu! para que el susodicho volviese a reposar.

A insistencia del viejito, se probó con la primera píldora, y el resultado era evidente. Le quedaban dos píldoras, y como estas cosas cuestan caro no había que despilfarrar. Con todo, el viejito resabido se había convencido a medias. Pensó que una cosa sería dentro de su consultorio de la bruja, y otra cosa sería lejos de allí, en su casa y en su cuarto. Probó pues con la segunda y. . . ¡suácate, resultó! La bruja tenía razón.

Le quedaba nada más que una píldora. El viejito corrió a su casa, y se tomó la tercera píldora delante de su mujer. Y la mujer, maravillada, silbó ¡jujuiuuu! ¡Y suácate, resultó!

* * *

El siguiente diálogo del ventrílocuo con el Roque Peloduro, es por demás aleccionador, teológicamente hablando:

Le dice el ventrílocuo:

—Diga usted, Don Roque Peloduro, ¿sabe usted algo de Historia Sagrada?

Responde el Roque:

—¡Claro que sé!

- A ver, dígame, ¿quiénes fueron nuestros primeros padres?
 —¿Nuestros primeros padres?
 —Así es: Nuestros primeros padres.
 —¡Nuestros primeros padres fueron Adam y Eva!
 —¿Y sabe usted qué cosa les ocurrió a Adam y Eva?
 —¡Claro que sé!
 —A ver, dígame, ¿qué les ocurrió a nuestros primeros padres?
 —¿Qué les ocurrió a Adam y Eva?
 —Así es: ¿Qué les ocurrió a Adam y Eva?
 —¡A Adam y Eva Dios los güicapeó fuera del paraíso!
 —¿Y sabe usted por qué los botó Dios del paraíso?
 —¡Claro que sé!
 —A ver, dígame, Don Roque, ¿por qué los botó Dios del paraíso?
 —¿Por qué los botó Dios del paraíso?
 —Así es. ¿Por qué los botó?
 —¡Por conchudos!

Yo me aprendí de memoria este diálogo teológico y lo repetía con mi muñeco Roque Peloduro en las plazas de Celendín, rodeado de multitud de chiquillos que me miraban asombrados, entre ellos, el Wili, su hijo de mi prima Benja.

* * *

Con el paso de los años me he puesto a reflexionar por qué fueron arrojados realmente nuestros primeros padres del paraíso. Y analizando todas las posibilidades puestas sobre la mesa he llegado a pensar que el Roque Peloduro tenía toditita la razón: Fue nada más ni nada menos que por conchudos que nuestros primeros padres fueron arrojados de la vida. Y se me hace que a todos los conchudos habidos y por haber les aguarda el mismo trágico final.

Y por conchudo, al Roque Peloduro lo envolvieron un día con una franela colorada, lo metieron en una trajinada maleta de suela y se lo llevaron lejos del paraíso. Pero su alma se quedó en Celendín atrapada en un muñeco zarco de mito que yo mismo me encargué de plasmar con mis tiernas manitas. Su parecido con mi cuñado Orestes Tavera era notorio.

Pero como todo tiene su precio en Celendín, de por vida mi nombre llegó a ser “el Roque Peloduro”. Y que me llamaran así hacía que me hirviese la sangre.

Nadie recuerda cómo me llamo, y hasta mi vejez en Celendín yo soy “Don Roque Peloduro”.

* * *

Cierto día me propuse plasmar en mito a la Camucha, es decir, a la Virgen de la Candelaria. Es necesario que me refiera a este episodio que las malas lenguas se han encargado de desvirtuar.

Las cosas ocurrieron así: Cuando la Camucha pasó por la puerta de mi casa, en la calle José Gálvez, yo la seguí hasta que introdujeron sus andas en la Iglesia Matriz, y las colocaron sobre una mesa alta en el recodo de la nave derecha del templo.

Yo me escondí cerca y me acerqué a la imagen para ver los detalles de su carita, de sus ojos, de su pelo, antes que cerraran las puertas de la iglesia.

No es verdad lo que dicen, que yo me enamoré de ella. Tampoco es verdad que despechado, decía: “¡Ya no me caso con ella, porque sus piernas son de palo, y su pelo de rubio de choclo!”

Su entrada a Celendín en febrero tras su festiva travesía desde su morada en Poyunte, era un jolgorio para los chicos de mi edad. Ella traía consigo el ambiente del Carnaval, con su Chilalo, su ishanga, sus difraces, sus globos, sus chisquetos, sus jeringas de agua, sus serpentinas, sus perfumes, sus unshas y sus cuadrillas.

* * *

Para estudiar la secundaria tuve que dejar Celendín y viajar a Lima, para vivir en la casa de mi tía, la Mamita Empera. Las vacaciones de fin de año las pasaba en Celendín, y una vez volví a Lima portando en mis manos una enorme bola de mito del tamaño de su cabeza de Don Roque Peloduro. Entonces, la Mamita Empera me miró por encima de sus gafas desvencijadas, y en lugar de darme la bienvenida exclamó:

*¡Ay Amito!
¡Ahora si que por fin
van a crecer los pastos
en las calles de Celendín!*

*¿Y esa bola de mito?
Me luaces desaparecer.
O tú o tu mito,
Porque a los dos no admito.*

*Nuavía más que esperar
las vacaciones
para dejar de escuchar
el estribillo maldito:*

*“O tú o tu mito,
¡Porque a los dos
yo no admito!”*

12
EL PIQUI CHAQUI



Ollanta es el de bigote
Cusy Coyllur está sentada y su mano en su rodilla
Toya está a la derecha de las cuatro vírgenes del Sol
Y Piqui Chaqui es el payaso que te apunta con su flecha

Aquella vez que visité Lima nos pusimos a conversar en nuestro círculo de amigos y familiares reunidos para festejar nuestro dichoso reencuentro con café y juanes shilicos.

Como siempre, aquellas experiencias del pasado, algunas tan celebradas que se resisten a caer en el olvido, nos hacían hablar con voz cada vez más elevada y reír de manera efusiva.

De pronto, un sobrino mío resultó metiendo por nuestras narices el último número del periodiquito ése, *Ollanta*, cuyo nombre se inspira en el nombre del héroe del drama quechua, Ollantay, y también en Ollanta Humala, el general inca que pusiera de cabeza a Fujimori, momentos antes de que perdiera la cabeza y el poder.

—¿Te acuerdas cuando lo encontramos al rebelde militar alzau y refundido entre las rocas agrestes cerca del Cerro Baúl, en Moquegua, y nos dio un recado para su hermano Antauro?

—No.

* * *

Bueno, pues, aquel sobrino que te digo logró desviar nuestra conversación por un rumbo diferente haciendo que a otro se le ocurriera decir que el drama Ollantay se repite en el Perú de hoy, con el curioso reparto de sus personajes reencarnados.

El dijo:

—Indiscutiblemente, Pachacútec, todos sabemos, es el Cholo Sano y Sagrado, el Choledo, pues él mismo proclama ser la reencarnación del Inca. Ollanta se ha reencarnado maravillosamente en Ollanta Humala, con olla y todo. Luego viene la Cusi Coyllur que es la mami de la Saraí Toledo. Y la Saraí es, sin lugar a dudas, la bella Ima Súmac.

—¿Y quién sería el payaso Piqui Chaqui? —inquirió mi tía—.

A alguien se le ocurrió decir:

—¡El Popy Olivera!

Pero todos murmuraron:

—¡Nooooo! ¡Ese no tiene ninguna gracia!

Pero todos estuvieron de acuerdo que el Piqui Chaqui sería nada más ni nada menos que el “Payasito Waisman”. Y alguien resultó completando el elenco artístico con la Mama Ccacca, y dijo:

—¡Sin duda ella se ha encarnado en la Eliane Karp!

* * *

¿Puede haber algún peruano de verdad que nunca haya visto el drama quechua-español “Ollantay”? No lo creo.

No sería una exageración decir que este drama se habrá presentado miles de veces desde que fuera escrito, y no sólo en el Perú, sino también en otros países andinos y en el mundo entero.

Yo vi su impresionante representación cuando era niño, magistralmente llevada a cabo por un selecto elenco de adolescentes del Colegio “Javier Prado”, de Celendín.

Mucho tiempo después tuve la oportunidad de leer su texto en una bella traducción del quechua hecha por Sebastián Barranca, con una excelente introducción por José María Arguedas. Así me informé que en realidad data del Siglo 18 y que habría sido escrito por el Padre Antonio Valdés, originalmente en quechua, presentando en forma de drama teatral una leyenda cusqueña que el escritor Yépez Miranda logró detectar entre los indios del valle de Urubamba. En otras palabras, algún núcleo de historicidad debió tener.

* * *

El descubrimiento del escritor cusqueño Yépez Miranda, que rescata, aunque de manera muy segmentada una versión legendaria que es ajena a las representaciones de teatro y a los libros, revelaría que Ollanta de veras existió en tiempos del Inca Pachacútec y de su sucesor, Túpac Yupanqui y que llegó a ser el general más connotado de los ejércitos del Imperio Inca, loado por su valor estratega, por su fidelidad a su señor el Inca y por un amor eterno que Pachacútec no pudo destruir a pesar de toda su perversidad y de su poderío *quasi* divino.

El gran pecado de Ollanta fue que a pesar de ser de origen plebeyo, su sangre también teñía de rojo, y amó (“amó” literalmente, y no de manera platónica) a la hija del Inca, a la hermosa Cusi Coyllur. Y tuvo la osadía de confesárselo a su señor el Inca cuando éste le preguntó retóricamente: “¿Cuál es tu petición? ¡Hasta la mitad de mi reino te daré!”

* * *

El Inca no perdonó la osadía de su general, a pesar de sus méritos militares, y a pesar de que la niña que nacería del amor de su hija, sería su nietecita: Ima Súmac, la más bella de todas las princesas del Imperio del Sol.

Así fue que mientras que Ollanta tuvo que huir y convertirse en su enemigo maldito, aunque al mando de una gran sección del Imperio que se plegó a su causa, Pachacutec encerró durante diez años a su propia hija en una prisión de roca, con una puerta secreta de piedra, que se confundía con las fisuras de un masivo muro, y bajo la custodia inmisericorde de esa malvada Mama Ccacca.

Cuando nació en la prisión Ima Súmac, la bebita de Cusi Coyllur y Ollanta, fue arrancada de su madre para ser criada por las vírgenes del Sol en el Aclla Wasi, al cuidado de una nodriza de entre las Mamacuna, a la cual le estaba estrictamente prohibido contarle a la pequeña que tenía un padre y una madre, y menos quiénes eran. Por eso Ima Súmac creció con un horrible trauma y una gran ansiedad, pero sin ser nunca derrotada ni sometida, hasta que fue quien desencadenó el dulce final: Reconoció a su padre, el cual fue restituido a su gloria pasada para la dicha de todos los súbditos del nuevo monarca, el Inca Túpac Yupanqui, cuyos ejércitos absorbieron el territorio de los Choctamallques (la provincia de Celendín) en su avance hacia los Chachapuyas.

* * *

El drama es conmovedor y a la vez cómico. Justamente, el ingrediente del humor lo provee el payaso sobón que funge como paje o chulillo de Ollanta —me refiero al Piqui Chaqui—.

Su carácter medroso, a la par de la magistral desenvoltura con que desempeña su rol de alcahuete, son verdaderamente proverbiales. Por algo es el personaje más difícil de encontrar cuando se quiere representar el drama en las escuelas y en los colegios.

* * *

Nuestra tertulia shilica prosiguió, y logramos dar el salto mortal del Payasito Waisman al genial Piqui Chaqui del drama de Ollantay, y era inevitable referirse entre carcajadas a la representación que muchísimos años atrás, cuando yo era un niño pequeño, se llevó a cabo en el Colegio “Javier Prado” de mi ciudad natal, Celendín.

De aquellos momentos de gloria con que se cubrió la representación, sólo recuerdo a Cusi Coyllur, porque para este papel habían escogido a mi hermana Esther, a causa de su belleza bíblica y proverbial.

También recuerdo, como en un sueño, a Ima Súmac, que era una niñita de diez años, mucho más grandecita que yo, pero que en mí despertara profundas fantasías de amor.

También recuerdo en especial a una de la vírgenes del Sol, porque era mi prima Toya, su amor platónico del César Copocho, gracias a mis gestiones infantiles: Yo “le hacía la buena con mi prima”, es decir, no hacía nada.

* * *

Como les dije, mi hermana Esther era la chica más hermosa y sexy del Colegio “Javier Prado”.

No sé por qué será, pero quien se llama Esther, ¡dejuero que ha de ser bella, inteligente y de buen corazón! Esther se llamaba mi madre. Esther es mi hermana. Esther es mi sobrina. Ester es mi hija. Y nadie más que Esther podría representar en el drama a la princesa real.

Pero como mi hermana Esther estaba en la mira de todos los colegiales galanes, mi madre le ordenó a mi hermana Sara que acompañara a su hermanita mayor a todos los ensayos, diciéndole: “¡No vayas a apartar de ella el ojo, ni por un solo instante!”

La Sara estaba bien instruida de interponerse entre su hermana y cualquier colegial que se le acercara demasiado, mirándoles a los dos de en medio hacia arriba con una carita de tierna inocencia: “¡Sobre todo si se trata del famoso César Copocho!” —el único que realmente parecía importarle a la princesa y a las vírgenes del Sol.

* * *

Mi hermana Sara cumplió fielmente las órdenes de la Mama Tey (Esther), y como creía necesitar de alguna ayuda, a los ensayos me llevaba a mí, que le seguía en la escalera de la edad: Yo tendría entre tres y cuatro añitos como puedes ver en la palma de mi mano. Por eso yo terminé aprendiendo de memoria todo el drama de Ollantay, y ya nada me llamaba la atención. Pero el día de los loros quedé asombrado del desenvolvimiento estelar de mi hermana y de su hermosura, como en ninguno de los ensayos previos.

Pero más que la hermosa Cusi Coyllur —mi hermana Esther— fue aplaudida y comentada la actuación estelar del Piqui Chaqui, papel para el cual habían escogido a un colegial mocosito y cailingo, y propenso a todo tipo de travesuras y payasadas.

Su nombre era Aníbal Rodríguez Marín, y en la foto que acompaño lo verás apuntándote con su arco y su flecha. Y si tú visitas Celendín, no preguntes por este nombre, sino por el “Sheque”, que es su apodo. Y te enterarás que en buen dialecto shilico, “payasada” se dice “shecada”, porque sus payasadas eran proverbiales.

* * *

Resulta que el Sheque estaba bajo la mira de Don Artemio Tavera, el profesor del curso, porque nada tomaba en serio y todo lo convertía en payasada —un rarísimo don que pocos pueden apreciar y menos encarnar—.

En la noche de la presentación del drama en debut, el Sheque era el más justo de todos, porque a las justas había logrado aprender sus parlamentos, después de haber improvisado y echado a perder todos los ensayos previos.

También era el más inocente, porque lo que le ocurrió y ocurrió estuvo lejos de toda premeditación.

—¿Y qué fue exactamente lo que ocurrió? Porque algo he oído de ese embrollo. . .

—Estaban los artistas en los últimos preparativos antes de que se abriera el telón del escenario. El salón de actos estaba repleto. El bullicio del público era incontenible y la espera era tensa.

—¿Y? ¿Papas con ají?

* * *

La expectativa de la mayoría en el público, sobre todo entre las chicas locas del colegio Javier Prado, era que al abrirse el telón, como estaba previsto, ingresaría con porte militar y cubierto con una gloriosa capa roja, el héroe principal del drama: ¡El valeroso Ollanta!

El que representaba a este glorioso general inca era el Fidel Torres, el colegial más alto y fornido. Su porte atlético y su carita de galán, tan parecida a la del actor mexicano Joaquín Cordero, traía bobas a todas las muchachas.

El entraría con garbo, se detendría en seco mirando al público con mirada penetrante, y luego se pondría a divisar de un lado para otro poniendo su mano derecha como visera sobre sus ojos, tratando de averiguar por dónde diablos andaría metido su chulillo y alcahuete, el Piqui Chaqui, para preguntarle: “¿Has visto, Piqui Chaqui a Cusi Coyllur en su palacio?”

* * *

Entonces ocurrió algo providencial que hace de esta representación del drama el espectáculo más comentado en Celendín, a pesar de que de ello ha pasado ya más de medio siglo.

Estaba, pues, para abrirse el telón, y el Ollanta estaba listo para entrar en escena, cuando se les ocurre a las estrellas del drama dar una miradita extra a su “look”, a última hora.

Había que chequear sus cejas, sus pestañas, el contorno de sus labios bermejos y brillantes, trazado con un *rouge* que no sólo acentuaba su sensualidad y las hacía descubrir en ellas mismas, de repente, el fascinante mundo femenino en toda su gloria, sino que además daba cierto sabor azucarado y perfumado a sus bocas.

* * *

El Piqui Chaqui también estaba listo para entrar en escena, detrás de su señor, Ollanta, con paso no marcial, sino de mentecato, y agarrándose temeroso de la minifalda de su amo.

Entonces la Cusi Coyllur le rogó que sostuviera un ratito un espejuelo redondo, de esos que sirven de ojos brillantes a los toros de las danzas de Corpus Christi, para que pudiera darse una miradita final, y poner en su sitio a uno que otro pelito desordenado y travieso.

En ese preciso momento pasó por allí Don Artemio Tavera, el profesor del curso, que tenía la difícil tarea de velar por la disciplina en un colegio que desde aquellos años era mixto, adelantándose a los logros de la educación en nuestro país. El lo vio al Piqui Chaqui, a quien, como dijimos, le tenía ojeriza, e intervino sin averiguar los detalles de las cosas.

—¿No habrá sido que lo vio al Piqui Chaqui meneando su culo? Porque he aquí que dicen que el muchacho tenía gusanera, y que nunca estaba quieto ni tomaba las cosas en serio. . .

—Sea como sea, el Piqui Chaqui se estaba haciendo el servicial, nada más. Además, no había nada entre él y la Cusi Coyllur, más que alguna fantasía fugaz. Y además, en esos precisos momentos iban a abrir el telón.

* * *

—El profesor del curso intervino de tal manera que pudo haber traumatizado de por vida al pobre muchacho, pero resultó, más bien, elevándolo a la cumbre de la gloria.

—¿Qué pasó?

—Pensó que el payaso se estaba propasando con la hermosa Cusi Coyllur. Entonces se acercó de inmediato y le dio al cailingo un sopapo fenomenal que lo mandó rodando como tortero, él por el suelo, y su espejuelo por el cielo.

—¿Y?

—El pobre muchacho vino a caer justo en medio del escenario, ¡justo en el instante en que se abría el telón!

—¿Y?

—¿Cómo pué habrá sido el espectáculo y cuán cómico el intempestivo ingreso del actor, que el público se puso de pie en ovación sin tregua!

* * *

—Por supuesto, al ingresar primero el Piqui Chaqui, antes que su señor Ollanta, y al merecer tan efusivo aplauso de la concurrencia, Ollanta hizo su ingreso después, despojado de su lustre y de su gloria.

—¿Y?

—Y para colmo ambos se olvidaron por completo de sus parlamentos, pues estando el Piqui Chaqui tendido en el suelo como una shipuna, no era prudente buscarle con la mirada penetrante, ni menos preguntarle: “¿Has visto a Cusi Coyllur? Simplemente porque la princesa no podría estar oculta entre las rendijas del entablado del proscenio sobre el cual yacía el Piqui Chaqui.

—¿Y?

—Lo que hizo el Ollanta fue levantar al cailingo del suelo con su brazo fuerte y sus musculosas mulleras. Y el público se desgañitaba de risa al verle levantado en alto como un trapo.

—¿Y?

—Y para colmo de colmos, cuando el Ollanta lo volvió a soltar al suelo, el Piqui Chaqui le dijo, sobándose y saltándose algunas líneas del libreto: “¡El demonio te ha

hechizado!”, dando la impresión de que protestaba por el nuevo golpe propinado, cuando en el guión era para reconvenirle por poner sus ojos en una princesa de sangre real.

* * *

Mientras esto ocurría en el escenario, detrás de bambalinas todas las chicas, tanto las princesas como las vírgenes del Sol se destripaban de risa y se olvidaron de todos sus parlamentos en preciso momento en que debían ingresar al escenario. Todo se convirtió en un pandemonio.

Pero el desconcierto se incrementó después que el Piqui Chaqui salió de escena, pues el público reclamaba su reingreso gritando: “¡Piqui Chaqui! ¡Piqui Chaqui! ¡Piqui Chaqui!

Cuentan que sólo después del drama, cuando la multitud bajaba cuesta abajo rumbo a Colpacucho llevando en hombros al Piqui Chaqui, recién le empezó a arder la mejilla del sopapo.

Pero, ¿qué importaba! Porque su triunfo escénico no sería solo la comidilla en todos los hogares en Celendín al día siguiente, sino el acto más comentado con el paso de las generaciones, que sacarían en limpio el hecho de que ser uno mismo rinde más, y que reírse de sí mismo y hacer reír a los demás es el don más glorioso que une al ser humano con Dios, el maestro del humor.

13 UN RITUAL DE BRUJERIA



La mocosa era linda. Y yo me sentía dichoso de que a todo instante ella quisiera tenerme a su lado como su pet, su mascota preferida.

Cuando no había otro pretexto inteligente para tenerme cerca, ella sque me “despiojaba”, es decir, jugaba con mi abundante cabellera ensortijada mientras estiraba debajo sus hermosas piernas y dejaba visible sus pantorrillas sobre el pretil del patio empedrado y abrigado por el Sol del medio día.

Desde mocosa ella era, como decía la Mama Tey, “culo parau”, y de muchacha tenía caderas notables que arrancaban suspiros en la ciudad santa.

Pero esa tarde, cuando ya oscurecía, ella parecía no estar ya más interesada en mis piojos. ¡Qué desilusión para mí! Sería otra su inquietud. ¿Acaso un amor de adeweras?

Pero no. Me daba la impresión de que más bien estaba alerta, a la espera de algo, de algo totalmente distinto e insospechado. Y efectivamente, en ese preciso momento captó en el aire abrigado lo que estaría esperando.

* * *

Soltó bruscamente mi cabeza sobre el empedrado del pretil y trepó por una destartalada escalera hecha con palos de maguey que se apoyaba arriba sobre un horcón horizontal que sobresalía de la gruesa pared de adobes, a la altura de la entrada de un tenebroso altillo.

Por aquella escalera subió veloz, pero sigilosamente, cuidando de no golpear su tutuma contra las guayungas de maíz que pendían de la soga. Entonces, yo, abajo, supe por primera vez en mi vida lo que era ver un calzón, cuando de manera providencial mi cabeza permaneció perezosamente puesta boca arriba sobre la tosca cabecera de piedras, tal como ella la había dejado al subir intempestivamente al altillo.

* * *

Los chicos de la escuela y mis compañeros de juego alababan, con lágrimas en los ojos de sólo imaginarlo, el calzón que habían logrado ver de las muchachas. Los más grandes y osados se ufanaban de haber visto en vivo y en directo el calzón de tal o cual chica, dando nombres y apellidos. Unos comentaban haber visto su calzón de la Quevedo, cuando subía a su palco en la corrida de toros en la Feliciano. Ellos squé pasaban “por casualidad” detrás de la barrera en busca de un chaque équis, cuando levantaron la mirada al advertir algún peligro, ¡y lo vieron a su calzón!

En circunstancias diferentes, otros luavían visto a su calzón de la Shila, que squé era rojo con bobos rosados. Y los que escuchaban preguntaban embobados: “¿De la Priscila Silva Díaz?” —Y los comentarios se sucedían uno tras otro, aunque fueran nada más que puras fantasías—.

* * *

Yo no podía entender qué atractivo podría tener un trapo mapioso, un triste calzón colorado o de cualquier color, que en aquellos días eran hechos mayormente de tocuyo teñido con añilina. ¿Qué importancia digna de comentarios podrían tener los bobos y las blondas de color rosado?

Pero aquella tarde aprendí que lo que despertaba tanta admiración no era tanto el calzón como su contenido. Por primera vez en mi vida tuve el privilegio de ver yo mismo, en vivo y en directo, con mis propios ojos, un calzón con contenido y todo, en medio de una maravillosa visión vespertina.

Jamás había imaginado que existiese algo tan bello y glorioso en el mundo. Con esa visión celestial sólo eran bendecidos los humildes como yo, que colocábamos nuestras cabezas sobre una cabecera de piedras; no los que andan con la cabeza erguida, sino los que andan volando bajo pasando siempre desapercibidos.

Pero así de hermosa, fue una visión fugaz que me dejó convulsionado y con la cabeza inmóvil sobre el pretil.

* * *

Una vez arriba, mi prima Betty estiró su cabeza afuera del oscuro altillo, y llamó con señas a la Orla, su hermana mayor que pasaba por el patio. Y como si se hubieran puesto de acuerdo previamente, ella también subió sigilosamente, no sin antes despejar a un lado mi cabeza con su pie, para eliminar todo estorbo, o para ahorrarme el fruto de volver a gustar el fruto prohibido.

Entonces me paré e intenté seguirla, pero ella no me lo permitió. Como siempre, la Betty intercedió por mí para que se me concediera la gracia de ser incluido en su secreto. Al corazón generoso de Betty también se le ocurrió extender su gracia al Mudo Miguelino.

Yo fui el que lo avió al Miguelino hacia arriba, empujando su sopino con las puntas de mis dedos y conteniéndolo con el costado de mi nuca, con mi cara a un lado para respirar aire puro.

La Betty ayudó jalándolo hacia arriba de sus manos, y una vez que logró introducirlo con éxito por la entrada del altillo, me tocó subir a mí.

* * *

Mientras trepaba sigilosamente por la escalera hacia la entrada del misterioso altillo, ambas hermanas me advertían con su dedo sobre sus labios que guardara el más absoluto silencio. Del Miguelino se encargarían ellas, tapando a cada rato su boca y su nariz y ahogándolo con sus manos, cuando el mudo, dichoso de ser incluido en la aventura mitológica, se reía torpemente: “¡Ujúuu!”

Se requería, pues, del más absoluto silencio. Pero, ¿qué misterio había en aquel oscuro altillo con cuyos carrizos y tejas chocaban nuestras cabezas a cada paso?

Es que desde ese altillo se podía ver, por una rendija entre los adobes sobre los cuales se apoyaban las tijeras del armazón del techo, el corral o patio trasero de la casa del Serejé y de su mujer, la “Chinalinda”, por su gran parecido con un ave típica de la cadena septentrional del Jelij.

* * *

Lo que la Betty había visto en otra ocasión fue algo de los rituales de brujería que realizaba la Chinalinda a la hora de la oración, que según se suele decir es la hora más propicia para brujearlo a tu prójimo.

Era justamente la señal de que un nuevo ritual de brujería estaba a punto de empezar lo que la Betty intentaba captar en el aire pesado de aquella tarde asoleada, para subir de inmediato al altillo y “juzgar”.

También la Orla sabía que aquellos rituales macabros tenían lugar en el patio empedrado, en medio de carcas de bestias, alfalfa pisoteada y otras inmundicias de rigor.

* * *

Ellas acaparaban por turno aquella rendija para mirar hacia el corral de la Chinalinda, y en vano les rogaba que me dejaran ver a mí también.

Cuando por fin me concedieron acceso a la rendija, pude ver con toda claridad a la Chinalinda con su cara de gringa arrugada y su desordenada cabellera rubia oxigenada, sus

cejas pintadas de negro y sus cachetes teñidos con achiote como chapas enormes, y su exagerado atuendo de bruja.

Ella blandía un atado de ruda, mientras un cliente estaba ashaturado en el piso empedrado del alar, con su poncho plegado sobre su hombro izquierdo, y su potocho ocultando un rostro sombrío de mujer. Dicen que al cliente siempre lo viste de mujer, y de hombre a la mujer. Quizás se trate nada más que de un secreto profesional.

* * *

El Serejé, el marido de la Chinalinda, ayudaba como chulillo, más borracho que de costumbre y con una bola de coca que le hacía perder el equilibrio.

El alcanzaba alguna sonseras mientras la Chinalinda se remolineaba en el ritual como en una danza del vientre, es decir, de panza.

Junto al cliente había una manta tendida sobre la cual eran visibles una profusión de guairuros, una calavera con peluca de cabuya y sus cuencos taconeados con hojas de coca. También había una burda muñeca hecha de coronta de maíz, chucada con el manto brillante de una shipuna.

Como intenté adueñarme de la rendija, mis primas jalaron violentamente de mi vivirí. Eso pareció producir algún ruido que puso en sobresalto a la bruja. Pero todo se normalizó y la Chinalinda continuó con el ritual, incluidos los rezos de maldición del cañazo y de la coca:

*Jesús y María,
coca tunana,
si no lo encuentro a tu hija,
lo llevo a tu mama.*

* * *

Nuestras funciones se fueron delimitando: Mientras la Betty y la Orla, que eran más grandes que yo y que el Miguelino se turnaban para mirar por la rendija, yo estaba a cargo de mantener al Miguelino quieto y en silencio, cosa tan difícil como prever los movimientos de un resorte malogrado. Pero cuando cansado de todo esto preguntaba por qué diablos se lo tenía que subir al altillo al Miguelino, si no lo dejaban mirar a él también, se le ocurrió a la Betty extenderle a él también su gracia, justo cuando le tocaba a la Chinalinda empezar su bailecito que era parte del ritual.

Para ser honesto, esa fue una movida descabellada, y cuando el zonzo se rió con un estruendoso “¡Ujúuu!”, ellas lo jalaron violentamente hacia atrás ocasionando mayor ruido. Entonces perdió la concentración la Chinalinda, y el ritual se echó a perder.

Con mucho cuidado bajamos la escalera, primero yo, después el Miguelino, después la Betty y fuinalmente la Orla que parecía cuidar que el Miguelino viera su calzón y terminara riéndose estrepitosamente: “¡Ujúuu!”

—¡Ay, ay, ay! Si la Chinalinda se enteraba de que fue el Mudo Miguelino el que le echó a perder su ritual. . . ¡Dejuro que luá de brujear!

—¿Para qué? ¡Eso sería nada más que gastar pólvora en gallinazo!

14 EL VUELO DE LA CHINA LINDA

Desde aquel día yo creí lo que se decía en Celendín, que la Chinalinda era realmente una bruja mala que también volaba. En contraste, su marido, el Serejé era más bien un hombre bonachón, aunque tristemente esclavo del cañazo y de la coca.

Mientras su mujer se dedicaba a otros menesteres en su cuarto, él jornaleaba como peón. No faltaban los que lo contrataban a pesar de que era enclenque y a duras penas se mantenía en pie durante la jornada.

Era rubio, bien parecido a Vil Clinton, pero reducido a su mínima expresión. Siempre andaba vestido con el mismo mugriento y verde pantalón de cachaco para montar, a pesar de que el pobre ya no montaba o jamás habría montado en su vida.

El andaba descalzo y a saltitos, a causa de sus cúngash. A la distancia parecía un shingo agonizante, a punto de sentar el pico.

* * *

Pero la Chinalinda era treja a pesar de ser vieja. Su marca registrada era su espeso maquillaje con que tapaba sus arrugas, y su ropa vaporosa como si tuviera una enagua sobre otra. Su apodo parece haber derivado de sus ojeras abultadas, pintadas de tonos rojos y azulados.

No faltaba algún muchacho atrevido que le lanzase algún piropo mordaz:

—¡Juijuui! ¡Qué bien teñida va mi Chinalinda! ¡Con razón ya no hay más achiote para el adrezo de la comida en todo Celendín!

Entonces ella lo volvía trizas en plena calle pues sabía con exactitud de quién diablos era su entenau, y le sacaba los trapitos al Sol para que se enterase toda la villa.

* * *

Cuando ella pasaba las mujeres guardaban silencio y se escabullían por sus puertas, porque la Chinalinda sabía cuál y cuál tenía rabo de paja, y ella por cierto, ¡no tenía pelos en la lengua!

Pero lo que a cualquiera lo convertía en su presencia en un caballero respetuoso era el miedo de ser brujeado. Yo, por ejemplo, temblaba a su paso y me desaparecía debajo de su mesa de sastre de Don Humberto Merino, o me ocultaba detrás de los atados de alfalfa que algunos vecinos tenían a la venta junto a las puertas de sus tiendas. Yo tenía miedo de que me convirtiese en sapo o de que me comiera vivo.

Desde aquella tarde cuando me convencí de que ella era efectivamente bruja mi miedo se incrementó.

* * *

Cierto día, salimos felices los escueleros de la Escuela N° 81 a la hora del almuerzo, y bajamos en mancha en dirección de su esquina de don Víctor Camacho. Y nos encontramos con un montón de gente apostada en las cuatro esquinas, miedosamente pegadas a las paredes, como si temiesen bajar de las veredas. Es que junto a la pila de agua estaba la Chinalinda intercambiando a viva voz insultos con un estanciero de aspecto matón, de quien también se decía que era brujo, además de machetero. Daba pánico ver su machete ceñido a su cintura y su poncho tirado hacia atrás mientras gesticulaba con energía.

Sólo cuando crecí me puse a pensar si aquella reyerta en plena vía pública no habrá sido más que un show publicitario concertado por ambos brujos para nutrir a la gente con el miedo y el respeto que ellos creían merecer en la ciudad.

En el pasado lo había visto a él dos o tres veces cuando pasaba por la puerta de mi casa, rumbo a la chichería de doña Abadesa.

Decían que era llanguatino, lo que asustaba aun más, porque los llanguatinos, con el perdón de Don Sheba, que son macheteros. No sé si sus pómulos hinchados y ennegrecidos eran parte de su perfil natural o si continuamente paraba dándose de puñetazos con otros estancieros.

* * *

Aquel día, junto a la pila de agua, frente a su esquina de don Víctor Camacho me convencí que el llanguatino también era brujo, porque él reconoció serlo. Pero en comparación con la Chinalinda no era más que su aprendiz. Juntos, uno al lado de la otra, parecían madre e hijo.

Entre las cosas vulgares que se gritaban, supuestamente reclamando méritos y ascendencia, y para que escuchara la gente agolpada, el llanguatino le echó en cara a la Chinalinda, diciendo:

—¡A ver niégalo! ¡A ver niégalo! ¡Yo te caché esa noche! ¿Sí o no?

Y ella respondía, victoriosa:

—¡Que todo el mundo lo sepa que yo soy tu maestra, la que te enseñó a volar!

Ante estas palabras, el llanguatino se quedó enmudecido, porque ella se dio a conocer como la “catredrática”, y lo dio a conocer a él como su aprendiz de brujo.

Como el que calla otorga, ese día supe que es cierto que las brujas vuelan.

* * *

Desde aquel día yo estaría alerta mirando si la Chinalinda, o algunos de sus aprendices atravesaban de noche las esquinas en raudo vuelo, o si volaban de un campanario a otro, o de un eucalipto a otro, o si con sus manos hacía retroceder las agujas del reloj público para echar a perder las citas de amor a la hora de la oración.

Por un tiempo dejé de acudir a la casa de mi mamita Empera para ser despiojado por mi prima, lo que de por sí era un sacrificio para mí. Porque su casa de mi mamita colindaba con el corral de la Chinalinda.

Sólo me iba a la mala para llevar algún recado urgente, y tras cumplir con mi comisión bajaba corriendo a un lugar seguro.

Tenía miedo que por haber descubierto su secreto me convirtiera en sapo o en algo muchísimo peor.

Sólo por este temor aceptaba la compañía de mi hermana mayor, y no me quedaba “arriba” aunque estuviese embobado por la chica con calzón con bobos.

* * *

Estas cosas y estos temores llenaban mi mente cuando al anochecer me dirigí apresurado al excusado en el lugar más recóndito de la huerta.

Ocurrió en un anochecer sombrío y frío. Como alguien estaba dizqué “ocupadísimo” en el fondo de la huerta, yo tuve que desaparecer entre las guías de Chiclayo cuyas hojas se trezaban en la huerta. Desde allí levanté la mirada y vi a la Chinalinda volando de la copa de un alto eucalipto a la copa de otro, y salí de inmediato corriendo y enredándome con mi pantalón.

El griterío que se produjo en nuestra casa atrajo a los vecinos, y todos me pedían que describiera lo que acababa de ver.

* * *

En medio de un batallón de mocosos, la Mama Tey escuchaba en silencio, sin emitir ningún juicio o comentario. Algo me hacía pensar que en lugar de tenerme compasión se aguantaba la risa.

Ella se apartó del grupo diciendo:

—¡Yo les aseguro que no era algo más que un triste shingo!

Pero doña Aurora Mori dijo con razón:

—¡A esta hora no vuelan los shingos, comadrita!

Sus palabras me conmocionaron más, porque como un rayo vino a mi mente la idea de que hasta el Serejé, que casi no podía andar ni montar y que andaba tambaleándose y asentando el pico como un shingo, también hubiese aprendido a surcar el cielo en raudo vuelo.

* * *

Yo no hice más comentarios, pero la concurrencia sí.

Mientras se iban dispersando, algunos decían:

—¡Con razón dicen que la Chinalinda y el Serejé nunca salen en las fotografías. El Alfredo Rocha sqa les tomó una foto para el recuerdo, y todo el rollo se veló.

Y otros decían:

—Cuando alguien tiene la desdicha de ver a una bruja volando en la penumbra o en la noche, la manera de hacerla caer sques arrojándose al suelo con los brazos extendidos en forma de cruz. Dicen que haciendo esto, la bruja se estrella contra el suelo dando bote: ¡Plototoj! ¡Plototoj! ¡Plototoj!

Y doña Marina Silva se retira comentando:

—También dicen que cuando amenaza llover, la mejor manera de evitar el aguacero es zafándose el calzón y enseñándole tu culo al cielo. Dicen que eso es. . . ¡santo remedio!

Y doña Abadesa comenta, maravillada:

—¡Quién grajiento luabrá descubierto a este secreto! ¡Cosas hemos de ver mientras vivimos!

15 EL TRIO DINAMICO

Recordar nuestras experiencias infantiles y compartirlas con los demás es una necesidad, porque el recuerdo nutre nuestras vidas. Pero escribirlas es una gran responsabilidad que no se ha de enfrentar si nuestro propósito no es que de ellas aprendamos a ser más sensibles y humanos. Por eso, cuando refiero las mías, ellas adquieren el cariz de una confesión respecto de los sentimientos nobles que no tuve, de la iniciativa que no se presentó, de las oportunidades perdidas de ser bueno. Y una confesión siempre viene acompañada de remordimiento y desesperación.

Por eso, cuando recuerdo a mis personajes más desventurados, lo hago con nostalgia y verdadero pesar, y al mismo tiempo con agradecimiento porque contribuyeron a llenar mi vida con contenido.

Por mucho tiempo, tres de ellos ocupaban el centro de los comentarios de la vida de nuestro pueblo, sin percatarse nunca de ello. Y esto sigue ocurriendo a pesar de que ellos pasaran hace tiempo a mejor vida.

Uno era el Mudo Miguelino. Otro era el Lagañoso. Y el tercero era el Loco Israel. Mis aventuras infantiles se entremezclan con las de ellos.

EL MIGUELINO



El Tío Miguelino y sus lindos sobrinitos

El Miguelino era un hombre diminuto y casi mudo que fue acogido en nuestra casa como un miembro más de la familia.

A él le acomodamos un cuartito para dormir, adaptado a su tamaño. En nuestra casa tenía todo lo que necesitaba, y él se hacía útil acarreado agua de la pila de la plaza. Su mayor satisfacción era mantener la paila siempre llena.

Su carita era blanca y menuda, sus ojos azules y su sonrisa angelical. Era tronchadito a su Santidad, el Papa Chale I. Sólo que lo manteníamos siempre cocobolo para evitar que se hundiera de piojos. Y aunque los mocosos a veces éramos toscos con él para hacerlo renegar y pronunciar las palabras más soeces, él siempre se hallaba disponible y perdonador.

* * *

Cuando había amasijo en casa, mi mamá nos repartía los primeros panes que salían del horno a todos los que esperábamos ese momento merodeando por allí. El Miguelino también se hallaba cerca para recibir su meruca, su guanaco o su suspiro caliente. Pero él era el único protestante que se acercaba a la mamá Esther, o la Eté como él la llamaba, la jaloneaba de su chompa hasta hacer que perdiese el equilibrio, y le decía, mirándome malévolamente a mí y a mi pan:

—¡Eté! ¡Eté! ¡A ese chiquito, grandazo; y a mi grandazo, chiquito!

En esos tiempos el mudo era más grande que yo, y se quejaba de que yo siendo chiquito, recibiese un pan más grande que el de él.

En otras ocasiones no cejaba de echarme a mí la culpa de todas las travesuras y maldades que se cometían en Celendín, aun de las que yo fuera inocente.

Su manera de referirse a mi persona era llamándome “su cholito de la Eté”.

¿Quién había hecho maña en la olla? Nunca era él; siempre era “su cholito de la Eté”.

* * *

En nuestra casa, el patio principal se comunicaba con un patio trasero por medio de un pasadizo al costado del dormitorio cuya puerta daba al patio principal.

Un pequeño alar delante de este dormitorio protegía de la lluvia la ropa puesta a secar sobre un carrizo que pendía horizontal del entablado del piso superior.

Las gradas, debajo de las cuales estaba su cuartito del mudo Miguelino, habían sido hechas por mi primo Juan Rodrigo, que era carpintero.

Al Miguelino nos gustaba hacerle renegar de diversas maneras. Con una indolencia que ahora me avergüenza y entristece nos deleitábamos al escucharle decir: “¡Cuñau! ¡Carajo! ¡Deja! ¡Quítate! ¡Yau!”

O le dábamos un buen cocacho para que gritara aun más fuerte: “¡Ayayauuuu!”

Pero la movida más odiosa era cuando se le subía violentamente el pantalón por detrás, levantándolo en vilo, ¡justo cuando estaba orinando rico rico! Y uno de los que le hacían esto era, casualmente, el Juan Rodrigo.

Después todo se solucionaba con darle una cariñada y un pan. Y al Miguelino se le caían lágrimas de sus ojos risueños y llenos de agradecimiento.

* * *

Pero un día, inesperadamente, el Juan Rodrigo murió en su aldea natal, Huacapampa, más exactamente, en la entrada a Huacapampa, un lugar llamado Torino, que digo, El Torno. Algunos creen que fue envenenado por celos.

Toda la familia nos dirigimos allá para el velorio. A mí, que era pequeño, en trechos me llevaban sobre hombros al estilo “santo piñuno”, y llegamos a la casa del velorio, empapados a causa de la persistente lluvia.

Al llegar a El Torno, mi mamá me sacó mi pantaloncito para secarlo al calor del fuego de la bicharra que había en el alar, junto al horno. Mientras tanto, hizo que me sentara en un rincón de la sala donde estaba el muerto, dejándome bien envuelto con un pañolón. Cuando mi mamá volvió con mi pantalón seco, le preguntaron si quería ver al difunto que se encontraba tendido sobre una mesa larga, cubierto con una sábana, porque todavía no habían conseguido un ataúd.

Descubrieron la parte superior del cadáver y yo me mantuve de pie sobre la silla, agarrado de la blusa de mi madre. El era hermoso; parecía estar durmiendo, pero las fosas de su nariz estaban tapadas con algodones. Era moreno, de cuerpo espigado, bromista, juguetón. Le gustaba mucho gastarles bromas a mis hermanas, muchachas adolescentes de las más bellas de Celendín.

* * *

De regreso en casa en Celendín, en aquellas noches negras, retintas, se sentía su presencia en las gradas y en el balcón que él había construido, o abajo en el alar donde había instalado su banco de carpintería y donde había dejado sus herramientas.

Un curpazo hacía resonar la hoja de su sierra, o se escuchaba un raspetón entristecido sobre las cuerdas de su guitarra, que seguía colgada sobre la pared al lado de sus huérfanas herramientas de carpintería. Aquello nos producía escalofríos a pesar de estar abrigados en nuestras camas.

Estas cosas pasaron con el tiempo. Lo que no pasó fue un extraño fenómeno que duró por muchos años; algo que le ocurría al mudo Miguelino: Por mucho tiempo después, pasada la media noche el Miguelino nos despertaba con sus gritos y sus estruendosas carcajadas. Parecía que le hacían cosquillas.

Mi madre comentaba, dirigiéndose a mi padre, que prefería mantenerse callado y pensativo:

—¿Lóis? Seguro sueña que lo molestan y le hacen cosquillas esos muchachos malcriáu.

Esos gritos, carcajadas y maldiciones del Miguelino, que formaban parte de su reducido repertorio verbal desaparecían por semanas y meses, pero volvían a ocurrir exactamente del mismo modo.

* * *

EL LAGAÑOSO



El Lagañoso cargando su bulto

Con el transcurso del tiempo, todos los chicos de la familia crecíamos, pero el Miguelino, más bien, se encogía. Y su vida quizás no hubiera sido tan significativa sin la cercanía del Lagañoso Lagarpejo Come Tripas de Conejo.

El Miguelino y el Lagañoso tenían varias cosas en común:

Ambos eran zarcos, es decir, tenían los ojos celestes. Pero como nada es perfecto en esta vida, esos ojazos zarcos y resabidos del Lagañoso, estaban enrojecidos por unas lagañas sempiternas.

Ambos eran gringuitos, etéreos, casi transparentes y extraterrestres. Si no hubiera sido por la mugre hubieran sido invisibles.

Ambos tenían una malformación en los pies: El Miguelino tenía los talones y los tobillos en ángulo agudo con el empeine de sus pies. Y el Lagañoso tenía “patas de pan shimbau”, porque sus dedos se montaban unos sobre otros.

Para que te hagas una idea mejor, el Lagañoso era igualito al Raúl Romero, el tan cotizado animador de la televisión, y el Miguelino se parecía al Papa Juan Pablo II. Pero ambos, como dignos celendinos, se ganaban la vida con el sudor de su frente: El Miguelino, acarreado agua de la pila; y el Lagañoso, cargando maletas y bultos pesados desde las agencias y las góndolas que llegaban a Celendín.

* * *

Pero algo los diferenciaba de manera radical: Mientras el Miguelino era un alma de Dios, el Lagañoso era resabido, grajiento y pendenciero, y le gustaba gastarles bromas pesadas a todo el mundo.

Para tener a los muchachos malandrines asustados y bajo control, llevaba una sogá enroscada en su cintura y en su pecho. Su pecho también estaba ceñido por un enorme tirajebe.

El Fonshi Lagañoso tenía la mala costumbre de asustar a la gente, sobre todo a las mujeres, y sonreír malévolamente mientras ellas recuperaban el aliento.

Su marca registrada eran expresiones elípticas a base de palabras sucias y provocativas, con que se dirigía a todos sin distinción y sin ningún respeto de ninguna laya.

Al Juan Tejada Sánchez, que era de Sorochuco, lo tenía curcuncho con su frasecica amanerada: “¡Ayayáy, el estancié sorochuquí!” —como si ser de Sorochuco fuera motivo de vergüenza—.

Al Panamo le llamaba “Entená Panamá”.

Al Mime, “Mí”, nada más.

Al Conejo, “Coné”.

A don Dámaso Carrión le llamaba “el Da pugavé”. ¿Qué habrá querido decir con eso? ¿Di?

La gente circunspecta evitaba enredarse con él, porque él podía llamarle a cualquiera, de esquina a esquina: “¡Concha tumá!” o “¡Hijo de la grampú!”. A eso se exponían todos los que solían gritarle de cuadra a cuadra, imitando su “estí”: “¡Lagañoso lagarpé, cometrí de coné!” estilo que deriva de los días cuando los nashacos de Celendín se metieron a aprender el idioma francés.

Las muchachas lo llamaban “Fonshito” o “Fonshí” (Alfonsito), esperando que el grajiento no se excediera con ellas con sus frases desvergonzadas.

* * *

¿De dónde mié sacó el Lagañó Maricué ese estí de habló?

El asunto ha sido estudiado por los antropólogos celendinos, y la explicación más convincente que he escuchado ha sido expresada por el Dr. Jorge A. Chávez Silva, el “Charro”. Según este académico, como el Fonshí vivía en su casa de Don César Pereyra, se le pegó la manera de mochar las palabras en la última sílaba que se da en el idioma francés.

Como se sabe, en su casa de Don César Pereyra, como en otras casas pitucas de Celendín, se las daban de hablar en francés, en esos tiempos idos cuando el epicentro cultural del mundo era París y el francés ocupaba un lugar más prominente que el inglés entre la gente que se las daba de tener sangre azul en cualquier rangra.

Esta explicación no quiere decir que el Fonshí haya sabido jamás en su vida una sola palabra en francés, sino que en ese entorno escuchó a los “franchutes” shilicos mochando las palabras del español en plan de chiste. Y la modalidad se le pegó de por vida.

Mi mamá no se cansaba de advertirme que no le provoque al Lagañoso, porque si me lograra agarrar, el Lagaño podría destriparme vivo. “Trátalo con todo respé”, me decía, “porque si no es tu prí, tu tío hay serrr, porque Chávez squés.”

* * *

Todas las tardes bajaba el Fonshí de su cuarto que tenía en su casa de Doña Grimanesa (la madre de Don César Pereyra) a su cuarto que tenía en su casa de Doña Sabina, pasando por su tienda de Don Dámaso Carrión, saludándole provocadoramente: “¡Ayayayyy el viejo Dá Pugavé!” (“puga verde” dizqué).

Don Dámaso se caracterizaba por su nobleza de alma y su tranquilidad a toda prueba. Su circunspección nunca era alterada, ni siquiera por la conducta atrevida de los borrachos que frecuentaban su tienda en busca de trago. Pero el paso del Lagañoso, cuesta abajo, le hacía hervir su sangre.

Me acuerdo que Don Dámaso tenía junto a la puerta de su tienda una ruma de sogas de cabuya, trenzadas y amarradas unas con otras para que no fueran desapareciendo una tras una mientras él hacía su siesta sentado en su silla, detrás de su puerta.

Cuántas veces habrá intentado el Lagañoso robarle una soga, porque las necesitaba para cargar los bultos de la agencia y para darles su maja a los muchachos mataperros que se ensañaban con él. Pero estoy seguro que Don Dámaso. . . ¡jamás le habrá permitido tal hazaña!

* * *

Lo que más le enfurecía al Lagañoso, contrario a todo el mundo, era que le aplaudiesen. Eso hacía todo el mundo cuando él pasaba cerca.

Lo hacían las mujeres detrás de sus puertas, estirando sus brazos hacia la calle y volviéndolos a meter para no ser vistas.

Hacían eso los chicos pequeños, y apretaban la carrera para desaparecer tras de la esquina.

Pero los colegiales del Colegio “Javier Prado” no le tenían miedo ni se corrían de él. Al contrario, él les tenía miedo a ellos, sobre todo a los más grandecitos.

Ellos se apostaban en las esquinas y lo aplaudían cuando él pasaba. Y cuando él se acercaba por allí para inspeccionar lo que pasaba, ellos no se movían de su sitio. Se hacían los que miraban en otra dirección, como si no se percataran de su presencia. Alguno de ellos se hacía el que se sorprendía al verlo y le decía:

—¿Qué tal, Fonshito? Hace tiempo que no se te veía por aquí. . .

* * *

Según el antropólogo shilico, Dr. Jorge Antonio Chávez Silva el “Charro”, lo de los aplausos también tiene su explicación.

Todo sique empezó cierta mañana en las Fiestas Patrias, cuando se llevaba a cabo una maratón Sucre-Celendín.

Desde el momento en que los maratonistas se hicieron visibles en Bellavista, una aldea cercana a la ciudad de Celendín, los altavoces en la Plaza de Armas fueron monitoreando su avance gradual: Su llegada a la Feliciano, su entrada a la ciudad por el Tope, su descenso a la Plaza de Armas por la calle de El Comercio. La meta estaba en la Plaza de Armas, justo frente a la tienda de Don Dámaso Carrión.

Pero el ambiente estaba muerto. El Sorochuquí, el Paná, el Mí y el Coné eran los únicos que es esforzaban en animar esas maratones. Pero aquella mañana se formó una comisión para contratarlo al Lagañó para animar la fiesta.

Le dieron un shorr de color colorá, y una camiseta de la “U”, a falta de una de la “Alianza”. Las zapatillas nunca le hubieran entrado, de modo que se podía prescindir de ellas. Según el contrato, el shorr y la camiseta eran para él. Además, recibiría por adelantado un mate lleno de soles y otro mate lleno de soles en el momento de llegar a la meta.

* * *

Lo que el Lagañoso tenía que hacer era correr sin esfuerzo desde el Tope hasta la Plaza de Armas, mientras se anunciaba en los altoparlantes que el primer maratonista acababa de ingresar a la ciudad. Esto sique se hizo cuando recién los maratonistas habrían estado partiendo de Sucre.

Se anunció que el primer maratonista en hacerse visible, y que desde ya se lo consideraba el posible campeón, era el Anfonso Chávez. Todo el mundo en la Plaza de Armas se preguntaba quién diablos sería el tal Anfonso Chávez, hasta que apareció el Lagañó, rodeado de una horda de chiquillos que lo animaban y le aplaudían y le hacían vivas.

Los parlantes anunciaban su avance y su paso por el Hotel Amazonas, por la Farmacia “Chávez”, por su casa de Don Encarnación Sánchez, por la Iglesia de la Purísima, por la Caja de Depósitos y Consignaciones, por su tienda del Gringo Arrué, por su Hotel del Coche Morera, por su tienda de Don Porfirio Díaz, por su tienda del Chocho, por la Misión Evangélica, por su casa de Don Sebastián Horna, por el Reloj Público, por su tienda del Isique y de Don Diego Boza, y finalmente, cerca a su tienda de Don Dámaso Carrión.

* * *

¡Todo salió como se esperaba! ¡Quién para que se imagine que el Lagañoso había corrido desde Sucre, con sus patas de pan shimbáu!

Las mujeres lo aplaudían desde sus balcones. Los muchachos le daban palmaditas en su espalda para animarlo; justamente esos que estaban en su lista negra. Otros le hacían beber a lo largo de su carrera de una botella de Synalco.

Por primera vez en mi vida, yo mismo me animé a acercarme a él y a tocarlo, y a decirle cuánto le admiraba. ¡El Fonshí era la vedette, la estrella del momento en todo Celendín!

Cuando pasó frente a la pila de agua y el “Pino Que Habla” (el pino que plantó mi abuelo, el Capitán), el Miguelino soltó sus baldes rebosando de agua y se rió: “¡Ujúuu!”

Al llegar a la meta, por más vueltas que daba alrededor de los organizadores reclamando su otro mate de soles, lo único que recibió fue. . . ¡APLAUSOS!

* * *

El Lagañó se quiso desquitar en particular en una persona inocente como Don Dámaso Carrión, y antes de bajar a su cuarto, en su casa de Doña Sabina, se acercó a su tienda de Don Dámaso para insultarle: “¡Viejo Dá Pugavé!”

Pero ese día Don Dámaso tenía desatada una de las sogas de cabuya que exhibía en la puerta de su tienda, y tomándola de un extremo, lanzó el otro extremo hacia las patas del Lagañó, enredándolas y haciendo que perdiese el equilibrio y chocase contra la pared del mercado municipal.

El Lagañoso se asustó al verle a Don Dámaso con la soga en su mano, y en medio de los aplausos del público, se fue corriendo cuesta abajo a refugiarse en su casa de Doña Sabina. En todo su recorrido de casi una cuadra, los mocosos le acompañaron haciéndole escuchar sus aplausos.

Por eso squé le hervía la sangre cuando de allí en adelante le aplaudían.

* * *

Otra de riple: Si el Fonshí se acercaba a ti para asustarte o darte un mal golpe, la manera de neutralizarlo era mostrándole una guatopa o una aguja. Por eso la gente precavida, que no falta en Celendín, tenía una aguja o un alfiler en su solapa.

El antropólogo shilico, Dr. Jorge A. Chávez Silva explica que su pánico a la aguja se originó cuando se enfermó y tuvieron que ponerle, por primera vez en su vida, una inyección, después de haberlo maniatado, porque si no, no se deja. Era de escucharle al pobre Fonshi gritar; parecía que en su casa de Doña Sabina estaban matando coche.

Dicen que quien se comedió a ponerle la inyección era una viejita que había trabajado en el Hospital de Don Augusto Gil, y que tras meterle la aguja, le empezó squé “a bailar su mano”, ocasionándole gran dolor.

* * *

Al Lagañoso también le encantaba asustar y molestar a las mujeres, para reírse con ganas de su susto.

Cierto día estaba molestando a mi prima Chela, sin imaginarse que ella ya le había perdido el miedo cuandázo nomá.

El la paraba mirando de reojo e inquietándole a la vista de todos los que pasaban:

—¡Añañau! ¿Vamos al río? —Según el antropólogo cultural Jorge A. Silva Chávez El Charro, eso del río también tiene su explicación—.

Al comienzo la muchacha se ruborizaba, porque las muchachas que se van al río a la hora de la oración no es para orar. Por eso mi prima Chela decidió de una vez por todas poner fin al atrevimiento de este zonzo, y sorpresivamente, sin darle ocasión de correr, se prendió fuertemente de su antebrazo, y haciéndolo caminar apurado le dijo:

—¡Sí, Fonshito, vamos pué!

En su desesperación él trato en vano de soltarse, pero ella le dijo:

—¡Ya pues Fonshito, no te amaricones!

La gente empezó a juntarse y para el colmo de los males algunos empezaron a aplaudir.

* * *

A menudo el Fonshi se propasaba y era demasiado malandrín con los que no se podían defender. Y todas las amarguras que le ocasionaban los chicos malos, se las descargaba abusando del pobre Miguelino, el único en todo Celendín que no podía correrle ni correrse de él, a causa de su nobleza de espíritu y la conformación de sus tobillos.

Por fin el Lagaño se escapó de las manos de la Chela, y seguro habría descargado su frustración con un cocacho bien propinado a la coronilla del mudo Miguelino, si no fuera que en la escena apareció su ángel protector: El Loco Israel.

EL LOCO ISRAEL

Yo nunca llegué a saber de dónde diablos habría salido el loco Israel.

Algunos dicen que era de Molinopampa, aunque todas las evidencias indican que vino de la jalca, pues todo el tiempo paraba silbando y tarareando la misma tonada:

*¡Vicuñita de la jalca,
con tu culo carca carca!*

Yo no sé por qué le decían “loco”; jamás me pareció que lo fuera.

Como cualquier otro estanciero de Celendín, él andaba forrado con su poncho de color chicha de jora, el cual tiraba con agilidad hacia atrás, por encima de su hombro, cada vez que quería mostrarse servicial. Era limpio, abstemio y seguro de sí mismo.

Era relativamente joven, simpático, y tenía una barba negra poblada. Era generoso y creo que se integró al trío Miguelino-Lagañoso-Israel porque era consciente de que alguien tendría que protegerlo al pobre Miguelino de los cocachos que le propinaba el Lagañoso, y pensó como Don Miguel de Unamuno: “Alguien tiene que hacerlo; ¿por qué no he de ser yo?”

La aparición del Loco Israel en Celendín se convirtió en una constante pesadilla para el Lagañoso, porque si el Loco Israel le veía dándole un cocacho al Miguelino, él se acercaba a él, sin tenerle ningún miedo y ninguna consideración, y le propinaba un cocacho a él, con efecto intensificado. El Loco Israel fue el único que logró neutralizar la

perversidad innata del Lagañoso, que de este modo quedaba convertido en un ave de rapiña a la cual le han cortado las alas y el pico.

* * *

El Loco Israel le ayudaba al Miguelino llevando sus baldes llenos de agua una cuadra entera.

Como lo hacía con pasos grandes y ágiles, el Miguelino caminaba a su lado al trote, con paso de polca. Para ir a la par de su Angel Protector, el Miguelino tenía que multiplicar el número de sus pasitos. Así iba él, sintiéndose sin duda el ser más feliz del mundo, porque un hombre fuerte y bien formado se mostraba como su protector y su amigo.

El Loco Israel también ayudaba a las mujeres desvalidas, especialmente a las viejitas, llevándoles sus canastas o sus costalillos del mercado a sus casas.

A mi madre la quería mucho y la llamaba “Doña Ésterrr”. Cuando ella se iba al mercado en el patio de la Municipalidad, él merodeaba detrás de ella para ayudarla con el peso del costal de papas, y al final se negaba a cobrar por sus servicios.

Mi madre le insistía, diciéndole:

—¿Cuánto te debo, Israelito?

El le responde:

—No es nada, Doña Ésterrr. No se preocúpeste.

Mi madre le insiste, y él responde:

—¡Démete un platazo de verde, y a la mierda!

Se refería al verde de paico, o de chamcas (o muña), o de ruda, o de perejil, con cubitos de papa y huevos estrellados.

* * *

Un día, sin que nadie en Celendín se diera cuenta, desapareció de la escena el Mudo Miguelino, porque mis padres lo llevaron al Asilo de Ancianos en Cajamarca. Eso fue cuando nos trasladamos a la Capital, y no hubo con quien dejarlo encargado en Celendín.

Nadie se habrá puesto a pensar cómo lo habrá echado de menos el Loco Israel. Quizás a nadie se le habría ocurrido explicarle lo que había ocurrido.

Después de un tiempo desapareció también el Loco Israel, y su ausencia se hizo sentir. ¿Qué le habrá ocurrido al Loco Israel? —se preguntaba la gente—. Nunca nadie se pudo imaginar cómo desapareció. He escuchado que se convirtió en adventista, pero eso no explica el hecho de que desapareciera por completo.

Después de un tiempo, también el Fonshi pasó a la presencia del Señor, lo cual conmovió a chicos y grandes. El Paco Tavera estuvo entre las personalidades que se turnaron para cargar su ataúd. El fue bajado a la tumba en medio de sollozos y discursos.

El Fonshi fue un verdadero ejemplo de constancia y de trabajo para todos en Celendín.

Pero el Trío Dinámico se dinamiza cada día en nuestra memoria.

16 APRETANDO LA CARRERA

El primer misionero que llevara a Celendín el evangelio en su versión escocesa, y más exactamente, presbiteriana, se llamo Calvin Mackay.

Su apellido, Mackay, es muy frecuente en Escocia, como entre nosotros es el apellido Chávez.

A partir de ese gringuito, a los adherentes de la Misión Evangélica Presbiteriana en Celendín se les llama “macayes”. Y se quiera o no, los macayes han llegado a formar parte importante del folklore de Celendín.

Cuando yo era pequeño, la historia de Calvin Mackay era historia pasada. En los días de mi infancia llegaron a Celendín los esposos MacRae (pronúnciese: Makréi) con sus pequeños hijos, Donald, Malcom y Cristina, una niñita tan pequeña y menuda que no logró penetrar en mis fantasías.

De tiempo en tiempo nos visitaba, proveniente de Cajamarca, la Srta. Sara MacDougal, quien era de veras reverenciada en la población de todo el departamento por sus obras de beneficencia.

* * *

Mi madre daba la bienvenida a estas gentes hermosas, tan diferentes en su aspecto, pero con un corazón tan tierno y una sonrisa sana.

En nuestra casa se les invitaba a comer lo que mi madre preparaba como si se tratase de la llegada de la familia del rey. En medio nuestro, ellos se sentían en casa; esto me hacía muy feliz a mí, porque además podía jugar con los gringuitos de manera privilegiada en medio de todos los niños de Celendín.

A la hora del almuerzo mi mamá me mandaba a llamarlos para comer, y ellos bajaban a mi casa risueños, atravesando la plaza de armas en diagonal.

Cuando ellos entraban en mi casa, algunos vecinos nos miraban de reojo. Nos sentíamos muy importantes de que estos seres provenientes de otro planeta más evolucionado nos tuvieran como sus amigos, sus chocheras.

Para mí, ellos eran nuestros huéspedes llegados de un mundo raro y me sentía dichoso de que en mi casa hallasen un cálido hogar.

* * *

Mi padre se mantenía algo distante y reservado, sin que eso hiciera que dejase de estar presente en la mesa en la hora del banquete, añadiendo a la escena una atmósfera de dignidad.

Los esposos MacRae pusieron a sus dos hijos en mi Escuela N° 81, donde mi papá era maestro. Donald estaba en segundo año, y Malcom en primero, justamente en mi salón y con mi papá como nuestro profesor. Mi padre entonces añadió a los cuadros que estaban

colgados sobre la pared, y al lado del mapa del Perú, un mapa de Escocia con su nombre, ESCOCIA, para que el niño Malcom MacRae se sintiese en casa en Celendín.

* * *

Sin embargo, entre la gente en general, el apelativo “macay” era un horripilante insulto. Por eso, cuando unos cholitos me gritaron de cuadra a cuadra, “¡Macay! ¡Macay!, yo apreté la carrera tras ellos, hasta atrapar a uno mientras los más grandes se escabullían por entre los montones de alfalfa que estaban junto a la puerta de una tienda, gritando con voz más temblorosa, “¡Macay! ¡Macay!”

Por supuesto, no lo destripé al mocoso. Sólo le di una cariñadita rico rico, y lo solté. El se apartó muy agradecido, pero cuando apretó la carrera, se desapareció gritándome: “¡Macay! Macay!”

* * *

Cierta vez, ya hombre maduro, le conté en Lima esta experiencia infantil al Director del Colegio San Andrés, un importante centro educativo fundado por misioneros escoceses, es decir, por macayes. Esto tuvo lugar en una circunstancia improvisada cuando nos deleitábamos contando anécdotas del Colegio.

Y le dije:

—En esos días, si yo lo lograba agarrar a algún mocoso que me gritaba Mackay, ¡yo lo destripaba vivo!

El Sr. Mackay empezó a reírse a carcajadas, sin poderse contener. Parecía que le hubieran dado cuerda. El hombre se destripaba de risa, y no se podía calmar. En cuanto a mí, se me fue la risa por completo, y medio que me preocupé. Entonces lo puyé en su hombro y le dije:

—¿De qué se ríe tanto?

Y respondió, atragantándose a causa de la risa:

—De que. . . ¡ja! ¡ja! ¡ja! Si a mí. . . ¡ja! ¡ja! ¡ja! Si a mí me hubieran dicho CHAVEZ, ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡¡¡Yo habría hecho lo mismo que tú!!!

En ese preciso momento me di cuenta que él se llamaba William MACKAY.

Me dio mucho gusto verle reír con tantas ganas.

* * *

Mi recordado padre que fue mi maestro a lo largo de toda la primaria en la Escuela N° 81 de Celendín tenía la mala costumbre de meterme a mí en el programa festivo de todas las actuaciones escolares como las Fiestas Patrias o el Día de la Madre. No había actuación para la que yo no fuera obligado a aprender una poesía de memoria para recitarla en el proscenio, cosa que para ser honesto, me repugnaba.

No sólo que la memorización y los repetidos ensayos en la escuela y en la casa reducían mi tiempo de juego y diversión, sino que encima de todo se sumaba el nerviosismo de estar frente a todo el público, y tener que terminar con una asquerosa venia, hundiendo la barriga y sacando el culo para atrás.

Hasta los aplausos del público me daban asco. Por eso yo hacía cuanto estuviese a mi alcance para escapar de la escena lo más pronto posible y apretar la carrera lejos de allí.

* * *

En el Día de la Madre, y teniendo en perspectiva la próxima actuación escolar en que seguro me haría recitar, me propuse “curarlo” a mi padre, para que nunca más me obligara a recitar poesías en público o en privado.

Yo no recité la poesía que él me hizo memorizar. Para su sorpresa, resulté recitando otra poesía, muy corta, que dice así:

*Mamacita querida,
yo te quiero abrazar,
porque hoy es el día
¡Día de la Mamá!*

Esta es una poesía infantil hartamente conocida, pero en la última línea yo simulé equivocarme y dije:

*Mamacita querida,
yo te quiero abrazar,
porque hoy es el día
¡día de mi papá!*

El chiste me salió genial porque simulando vergüenza ni siquiera hice la venia de rigor, sino que me aventé del proscenio encima de los niños y después de afirmar mis pies en el suelo, apreté la carrera en medio de las carcajadas del público que se deleitaba de verdad.

Pero en la próxima actuación de nuevo volvería a recitar.

* * *

Cierto día me encontraba bajando por la calle de El Comercio y llegué a la altura de su tienda de Don Porfirio Díaz. Y más abajo, en su esquina de Don César Chocho se produjo una reyerta. Era una pelea de muchachos que pronto atrajo a un numeroso público, incluso personas mayores y respetables. Yo me apresuré para ver qué ocurría.

Empezaron con mutuos insultos y amenazas. Los muchachos más grandes hacían partido y empujaban a los más pequeños para que uno agrediese al otro.

Le decían a uno:

—¡Masque tócale las barbas! ¡Tócale las barbas!

Por cierto, un niño de doce años no tenía barbas, pero si su contrincante le acariciaba la cara (que equivalía a tocarle las barbas), eso era considerado la mayor de todas las ofensas. Eso no tenía perdón y daba comienzo a una agresión en serio.

* * *

De la tocada de las barbas pasaron a los empujones, cada vez más violentos, hasta que uno de ellos pensó que su contrincante se había excedido, por lo que se arremangó para pasar a los puños.

Su contrincante le dijo:

—¡Te haces el macho sólo porque estás con tu palito!

Yo estaba cerca de él, aguantando los empujones de los mirones que estaban detrás de mí, cuando el del palito me pidió que tomase por un momento su palito, para que vea cómo le saca la chochoca al otro.

Yo me comedí a sostenerle un momento su palito. Pero de repente no hubo más pelea, porque los contrincantes empezaron a abrazarse y a apretar la carrera cuesta abajo, lejos del tumulto.

Sin darme cuenta de lo que ocurría le grito:

—¡Oye! ¡Tu palito!

* * *

¡Qué palito ni qué palito! Algo pegajoso lo había pegado a mi mano.

Cuando acerqué mi mano a mi nariz rompieron todos en carcajada y ellos también apretaron la carrera cuesta abajo.

Pocos eran los incautos que no sabían de qué se trataba. La mayoría habían tramado juntos jugarle esta broma a quien fuese, y esa noche la víctima fui yo.

Aventé lejos el palito, que estaba embadurnado con caga viva, y pensé que era algo muy ingenioso, digno de ser imitado en alguna otra ocasión con algún otro niño comedido.

Un tiempo después me enteré que ese juego era harto conocido en Celendín, y que se llama “el palito de oro”.

* * *

Una noche fui sorprendido por dos chicos malos en la Plaza de Armas, que me contaron, presas de asombro que el Nelo había aprendido a hipnotizar y que había adquirido indiscutibles poderes sobre los demás, chicos y grandes.

Yo les respondí:

—¡Quiay serrrr!

Insistieron ambos diciendo:

—Es verdad. El lo ha hipnotizado al Pepe, al Lucho, e inclusive lo ha logrado hipnotizar al maestro Pepe Bazán.

En eso el Nelo se aparece por allí cerca, bajando en dirección de su casa y silbando como un zorzal, como si ignorara que estábamos hablando de él.

Los chicos, que en realidad eran sus compinches, le llaman con insistencia, y el Nelo se acerca a nosotros.

Yo lo miro asombrado, de pies a cabeza, y en mis adentros digo: “¡Quiay serrrr!”

* * *

Los chicos le ruegan al Nelo que nos haga una demostración, y el Nelo se hace de rogar, prefiriendo seguir su camino con prisa, dándose aires de muchacho mayor e importante, que no se junta con mocosos.

Entonces caigo en la trampa y le digo:

—¿Verdad que sabes hipnotizar?

Cómo restándole importancia al asunto, responde:

—¿Hipnotizar? Pues a lo mejor, quién sabe, puede ser. . .

Sus compinches me piden:

—¡Masque ruégale que nos dé una demostración! ¡Sólo una demostracioncita!

* * *

Yo estoy seguro que a mí nadie me podrá hipnotizar. Desde pequeño he sido fuerte de personalidad, y en las competencias de quién mira más a los ojos sin pestañear y sin lagrimear, yo siempre ganaba. ¿Qué me podría hacer a mí el Nelo?

Le pido, le ruego, y el Nelo se hace de rogar.

Por fin accede, y sus compinches acercan sus caras a la de él y abren sus ojazos llenos de asombro.

El Nelo me agarra la cara, como poniéndola en la posesión adecuada, lo cual hace con suma suavidad, y de este modo me da confianza.

Luego abre violentamente sus ojos, grandes como de tuco, mirando fijamente a los míos, mientras aparta lentamente sus manos de mi cara.

Sus compinches presencian el ritual asombrados, con los ojos desorbitados.

* * *

Entonces el Nelo, siempre mirándome con los ojos bien abiertos e insistiendo en que yo mirara a los suyos de la misma manera, me dice:

—En el nombre de Mahoma. . .

Sus compinches parecen orinarse de asombro, y acercan sus caras a la mía para mirar si realmente soy difícil de hipnotizar.

El Nelo continúa diciendo:

—Y del Papa de Roma. . .

Me mira más de cerca, y continúa levantando la voz:

—¡Yo te hipnotizo!

Sus compinches se desesperan. Se ponen inquietos. Y el Nelo, mirándome sin pestañear concluye diciendo:

—¡¡Toma en tu majoma!!!

Y simultáneamente me da una sonora cachetada, con toda su alma, haciéndome ver estrellas y dejando mis oídos zumbando.

* * *

Cuando vuelvo en sí y me doy cuenta de la broma, el Nelo y sus compinches han apretado la carrera y se han esfumado de la escena. Y desde lejos se escucha su risa.

Realmente me hizo ver estrellas. No pasaría mucho tiempo hasta que yo me desquitara con otro niño más pequeño que yo. Mi víctima fue el Wili, su hijo de mi prima Benja y de Don Humberto Merino Dopecheco (Pedo de Coche). A él lo hiptonicé y le hice ver estrellas diciéndole:

*En el nombre de Mahoma
y del Papa de Roma,
¡yo te hipnotizo!
¡¡toma en tu majoma!!!*

* * *

Cuando mi sobrina Chabela empezó a sentir el encanto de sus tiernos pechos y a anhelar ponerse a escondidas esa prenda que con justicia se llama “sostén”, su madre, mi prima Bertha, repetía con justicia sus palabras mentirosas: “¡Eso, yo, siquiera, no me lo ponga!”

Entonces yo escribí para ella un hermoso poema que dice:

*Quieras o no quieras,
¡te luas de ponerrrrrr,
pues si no te lo pones,
¡no podrás correrrrrrr!*

Hay un tiempo en la vida en que todo consiste en apretar la carrera. Así como para mover mundos sin moverse de su sitio, hay que ser viejos; y para ir a la guerra o casarse hay que ser jóvenes, para apretar la carrera hay que ser niños o adolescentes.

Sólo las chinas, las muchachas adolescentes, apretan la carrera meneando sus trenzas de un lado para otro de modo tan sensual. Las más grandecitas se dejan alcanzar, y las más más grandecitas se dejan agarrar.

17
EL PICO DEL
PAJARO DIOSTIDÉ

Poco antes de que terminara el año escolar llegó a Celendín un chuncho que se había dejado crecer el cabello de una manera descomunal, y lo tenía añudado hacia atrás con un guato.

Soltarse el cabello ante el público, y escobillararlo con un enorme peine mugroso de madera era parte de su show, aparte de su temeraria apariencia salvaje.

El se ufanaba de victorias sangrientas en la selva contra los enemigos de su tribu, y de muchas cabezas cortadas y reducidas. También lograba asustar a la gente al mostrar sus horribles heridas cicatrizadas.

Pero aunque parecía un rudo salvaje de la Amazonía, su manera de hablar lo delataba. No era un chuncho salvaje, sino un serrano cualquiera del sur del Perú donde predomina la fonética y la sintaxis del quechua y confunden la “e” con la “i” y la “i” con la “e”.

Como por Celendín no existe población de habla quechua, también su manera de hablar era parte de su espectáculo.

* * *

Aquel hombre, a quien la gente de Celendín llamaba “chuncho”, vino en turno para ocupar el ruedo de gente en la Plaza de Armas en las inmediaciones de la pila de agua que era el ágora de todos los invencioneros que llegaban a nuestra ciudad. Y aunque repetidas veces anunciaba que iba a sacar su culebra. . . ¡Culebra, tutías!

Parecía olvidarse de su promesa, y la gente permanecía en el ruedo, alrededor de él, casualmente a la espera de que les mostrara su asqueroso animal.

Todo lo demás que tenía en su talega no llamaba para nada la atención, salvo algo que parecía un enorme pico de ave, que el chuncho llamaba “el pico del pájaro diostidé”.

* * *

Ninguna ave conocida en los Andes del norte del Perú tenía un pico tan grande como ese que trajo aquel hombre. La gente se asombraba al ver su tamaño descomunal, y uno se imaginaba que un pájaro con un pico de ese tamaño, pues tendría unos dos metros de altura, por lo menos.

Con el transcurso del tiempo conocí al tucán, que en la región amazónica llaman “pinsha”. Así llegué a saber que aquel pico era de tucán, que no era un pájaro tan grande que digamos, porque pertenece a la familia de los loros, y que no existía el tal pájaro “diostidé”.

Pero haciendo un pequeño esfuerzo mental y escuchándole con atención al indígena clínudo uno se percataba de que quería presentar aquel pico de ave como algo milagroso

que hacía que el que lo tuviese recibiese cualquier cosa que le pidiese a Dios. No era, pues, “diostidé”, sino “Dios te dé” o “Dios te lo conceda”.

* * *

Lo que hacía con ese pico era rasparlo con una lija ante la vista del público, para extraer un polvillo menudo. En un extremo del pico se podía ver las huellas de un intenso lijado, lo que indicaba que para el chuncho aquella actividad era su continua manera de ganarse la vida y de que no faltaba gente que se dejase embaucar.

Decía que si se tomaba una infusión hervida del polvito del pico de aquel pájaro misterioso, y simultáneamente se expresaba una petición a Dios, Dios te concedía lo que pidiesen.

El show iba acompañado de testimonios personales respecto de su efectividad, y eso es lo que movía a los estancieros, y hasta a la gente de la ciudad a abrir su boca y a comprar unos pocos gramos de ese polvito envuelto en pequeños retazos de papel.

Después de todo, costaba tan poquito. . .

* * *

En realidad, pocos incautos le creerían, y en Celendín su negocio debe haber sido un fracaso.

Parece que también probó suerte en las aldeas cercanas a Celendín. Lo cierto es que el jueves se apareció de nuevo en la Plaza de Armas de la ciudad, pero sin su pico a cuestas. Y los mocosos que estuvieron mirándole el domingo le gritaban:

—¡Pico de pájaro diostidé! ¡Pico de pájaro diostidé! ¡Pico de pájaro diostidé!

Y apretaban la carrera mientras el chuncho se quedaba airado sin saber a cuál mocosos perseguir.

Mientras él permanecía indeciso, los mocosos ya habían dado la vuelta a la esquina de la Beneficencia, o se perdían de vista en dirección de la Cárcel y el Río Chico.

* * *

El viernes por la mañana, mi hermano Lázaro se dirigía a la Escuela N° 81, bien shactado y con cuatro merucas para el recreo: Dos panes de agua visibles en los bolsillos de atrás, más dos merucas de manteca en su seno. Según todos los cálculos y pronósticos, también este día llegaría tarde a la escuela.

El subía por la Plaza de Armas hacia la esquina de Don Manuel Sacramento, cuando vio al chuncho abriendo su boca frente a la Iglesia Matriz, entonces se le ocurrió gritarle como en el día anterior:

—¡Pico de pájaro diostidé! ¡Pico de pájaro diostidé! ¡Pico de pájaro diostidé!

El hombre se enfureció como un demonio. Y al ver sus ojos llenos de ira, mi hermano apretó la carrera cuesta arriba, hacia el Jirón Ayacucho.

Le faltaba el aliento cuando se volteó atrás para mirar, y vio que el chuncho le seguía.

El dio la vuelta a la esquina y siguió corriendo hacia arriba. Y cuando se dio la vuelta para mirar, vio que el chuncho no había desistido de correr tras él, antes la distancia se achicaba.

Corrió cinco cuadras hacia arriba, en dirección de La Alameda, pensando que el único lugar donde quedaría a salvo era su Escuela N° 81, si es que todavía estaba abierta.

El chuncho le seguía y faltaba poco para que lo alcanzara, cuando por la gracia de Dios mi hermano encontró que recién estaban cerrando la portada de la Escuela.

Cuando se abrió camino y entró despavorido, le sorprendieron los aplausos, porque por primera vez en su vida llegó temprano al plantel.

* * *

El rostro del chuncho clinudo no se borró de su mente toda aquella mañana y en los días siguientes. Tenía gran temor, a la hora de la salida, por lo cual, por primera vez en su vida también fue el último en salir de la escuela.

Pero el “Pico del Pájaro Diostidé” desapareció para siempre de Celendín y de su vida.

La Mama Lila se ríe y comenta:

—Eso puabrá sido antes de que al pobre muchacho lo güicapearan de la Escuela N° 81 a la Escuela N° 85 Potrosos. . .

18 UN TRIUNFO DEPORTIVO

En aquella ocasión mi hermana Elvira visitó a mi familia en Lima, después de varios años de residencia en Italia. Mi hermano Walter llegó de Venezuela, y yo llegué de Bolivia. Son muy anhelados estos reencuentros familiares, y en casa se vive un ambiente de festividad.

Nuestras mujeres preparan deliciosos platos shilicos como humintas, juanes, puspumote, papaseca con palta, etc., mientras los hombres las entretenemos contándoles las anécdotas y chismes de actualidad.

En la cocina, Elvira conversa con Elena mientras preparan algo rico para la cena; huele a seco de culantro. Y yo me encuentro en la sala jugando con mi laptop, escribiendo algunas cuantas sonseras para matar el tiempo. Entonces le escucho a Elvira que le pregunta a Elena, un tanto preocupada, aunque sin esperar respuesta, porque Elena no oye bien:

—¿Dónde estarán con ese carro?

Y caminando hacia mí me dice con tono de súplica:

—Masque te fueras siquiera a ayudarles. . .

Le pregunto:

—¿Ayudarles qué? ¿A quiénes?

—Al Clemente, al Walter y al Iván.

* * *

Me dice que su esposo Clemente, su hijo Iván y nuestro hermano Walter están teniendo problemas con el auto y que se encuentran cerca de la Comisaría de Sol de Oro. Cuando me habla me da la impresión de que se ha vuelto clarividente y que puede ver el auto en problemas desde la cocina. E imaginando algún problema con el auto nuevo de Clemente, le pregunto:

—¿Y qué problemas puede tener ese carro?

Me responde:

—Luan votáu de la cochera.

Le pregunto:

—¿Cómo que luan votáu de la cochera? ¿Acaso el Clemente no paga para tener su auto allí? ¿Y cómo puede alguien poner en el calle, sin previo aviso un carro de lujo, nuevo de paquete con riesgo de que lo roben?

Responde:

—Es que nues su carro del Clemente, ni es la misma cochera. Es otro carro; es su propiedad de mi Iván.

* * *

Mi sobrino Iván se encontraba cursando el último año de medicina, y me sorprende gratamente al enterarme de que ya tuviese auto propio, siendo un mocoso menor de edad. Y le digo lleno de sorpresa:

—¡Vaya! Yo no sabía que el Iván tenía su propio carro. ¡Felicitaciones al muchacho!

Elvira continúa implorando:

—Masque te fueras siquiera a ayudarles a empujar. . .

Respondo:

—¿No dices que está afuerita de la cochera? Ya lo habrán metido pues, y en adelante tendrán que pagar puntualmente si no quieren que lo boten de nuevo.

Ella continúa:

—Es que no está en la puerta de la cochera. ¡Luan botáu lejazos! Squé por la Comisaría de Sol de Oro.

Yo no salgo de mi asombro e insisto en preguntar:

—¿Y cómo es que lo han llevado para botarlo justamente en la puerta de la Comisaría?

* * *

En eso interrumpe mi hermana Elena, admirada que lo hayan botado a un carro que ha costado tanta plata, y dice:

—¡Y ese carro le ha costado 500 dólares al Iván!

Haciéndome el desentendido me aparto de allí riéndome y diciendo:

—¡Yo no voy a estar empujando un carro de 500 dólares!

En eso interrumpe la Pilar Ticono, nuestra doméstica fantástica, y dice con un ataque de carcajada:

—No le ha costado 500 dólares. Sólo le ha costado 200 dólares. . .

Yo les digo:

—¡Peor! Yo no voy a gastar mis fuerzas empujando ese carro. ¡Que lo empujen su dueño, su papá y su tío Walter! Yo no estoy para eso.

* * *

Mi hermana Elvira me implora, lastimeramente:

—Masque te fueras siquiera a ayudarles a empujar. . .

Yo le digo:

—Con razón luan botáu de la cochera. ¡Cómo será, pues, un carro de 200 dólares!

Y Elvira responde:

—Sí. . . pues. . . Si ni ruedas tiene. Es que el Iván lo ha comprado como a un reto, para ver qué saca de ese carro, que en sus buenos tiempos fue. . . ¡un Triumph Deportivo!

* * *

Cuando yo aparento apartarme de la escena le escucho a mi pobre hermana Elvira decirle a Elena en alta voz, porque no oye bien:

—¡¡Ese carro es su chochera y la fuente de su inspiración!!! ¡¡Hasta sueña con eso!!!

Elena no le escucha, pero ella sigue contando:

—Anoche, entre sueños, le escuché que le contaba a su papá, con profunda preocupación y tristeza: “Papá, anoche, cuando volvía del hospital se me ocurrió bajar en el SENATI y pasé por la Comisaría de Sol de Oro. ¿Y sabes qué vi? Justo frente al SENATI, en esa curvita de la Iglesia “El Buen Pastor”, vi un Triumph Deportivo igualito al mío. Me acerqué a mirarlo con curiosidad y admiración, ¿y sabes qué vi? ¡Vi que ese carro era el mío! Por favor, papá, mañana ayúdame a remolcarlo de nuevo a su cochera. . . Anda, pues, no seas malo. . .”

Elena no le escucha para nada, pero yo me jaraneo con la historia, escuchando en silencio detrasito de la puerta.

Elvira sigue contando:

—Su papá le preguntó: ¿Y cómo, pues, lo vamos a remolcar si ni ruedas tiene?” Y él le respondió: “Yo me voy a ingeniar para sacarle sus ruedas a su carro de mi tío Juan, y poniéndole esas ruedas vamos a poder empujar el mío. . .”

* * *

En eso aparezco riéndome, y ella me dice:

—Te contaré, pues, que tu tío Juan está orgulloso de que el Iván posea ese carro.

Le digo:

—¡Ma! ¿Y por qué, pues?

Y responde:

—¡Para su tío Juan, ese carro del Iván es su consuelo!

Yo pregunto:

—Pero, ¿por qué? ¿Cómo así que ese carro es su “consuelo” del Juan?

Y me responde, sonriendo con picardía:

—Porque al lado de su carro del Iván, ¡el carro del Juan es una maravilla!

* * *

Admirado de que mis familiares estén ahora metidos en el negocio de los carros deportivos, me callo simulando no tener interés en la conversación, pero en realidad lo que hacía era escribir esta historia en mi laptop, haciéndoles hablar sólo para que no se me escapase ninguna de estas frasecitas de sabor shilico.

Y Elvira comenta:

—Y el auto del Iván es, pues, un auto deportivo, ¡de capota descapotable!

En eso entra corriendo el Iván para sacar una herramienta, jadeante, pero lleno de alegría. Y vuelve a salir corriendo, jadeante y risueño, sin darse tiempo para responder preguntas.

* * *

En el preciso instante en que pongo punto final a la historia del Triumph Deportivo Acaban de entrar a casa los Tres Mosqueteros, sosegados, después de lograr su cometido: El Iván estuvo en el volante de su Triumph Deportivo. El Walter lo remolcó con el carro del tío Juan. Y el papá Clemente venía atrás, haciendo de cuarta rueda y levantando el costado trasero del auto, pues sólo habían podido conseguir tres ruedas para el Triumph Deportivo.

Cuentan que cuando pasaron por la Comisaría de Sol de Oro, los tombos, el lugar de meterlos presos a los tres, de un canto, más bien se destripaban de risa y les aplaudían.

* * *

Metieron el Triumph Deportivo en la cochera, seguramente pagando extra para que no lo vayan a botar de nuevo, y prosiguieron a llevar el auto del tío Juan para meterlo en su morada eterna, en el cementerio de autos que queda en su casa de Juan Rafael, para que allí pudiera seguir descansando en paz per seculo seculorum, amén.

Luego regresaron los Tres Mosqueteros a casa, ufanos de su gran “Triunfo Deportivo”, a tiempo para recibir su platazo humeando de seco de culantro.

El Iván se acerca con su plato a la mesa donde yo estaba jugando con mi laptop e intenta “juzgar” (es decir, mirar) lo que estaba escribiendo con tanta alegría. Y al no poder disimular mi atrevimiento, le digo con una expresión de satisfacción:

—Iván, ¡ya les metí a ti y a tu Triumph Deportivo a mi libro, *Aventuras Mitológicas!*

Y responde, risueño:

—Entonces nos vas a tener que pagar regalías a los dos: ¡A mi auto y a mí!

* * *

—¿Y qué habrá sido de ese autazo deportivo?

—¿Acaso lo has visto, George Frankenstein? Cuando lo acabó de reparar era espectacular: Negro de lujo, con adornos de oro y acolchado interior de felpa de color rojo. En ese auto de lujo el Iván soñaba con dar el ruedo olímpico a la Plaza de Toros en Celendín, en medio de la multitud delirante. . .

—Pero para ello habría que llevarlo allá en avión. . .

—Sí. Lo tenía ya listo cuando tuvo que salir del Perú. Inclusive, para dar el remojo, lo llevó a la tía Elena para dar una vuelta por medio perejil.

—¿Lo tendría que vender, antes de viajar?

—¡Oh, George! Yo creo que alguien hubiera sido capaz de pagar todo lo que costó hacerlo resucitar a sus años mozos, cuando era todo un campeón de la Fórmula Uno.

—¿Lo llevaría a España? Allá viajó después de su graduación, ¿verdad?

—No sé, George. Pero de una cosa estoy convencido y plenamente seguro: Ese Triumph Deportivo es lo que inspiró esta historia que estás leyendo; y si sólo para esto hubiera servido. . . ¡sin duda que valió la pena!

19 LA ENCUESTA DEL SIGLO

Aunque no. . . Porque en otra ocasión estuvieron reunidos los miembros de la Junta de la Editorial Mundo Hispano en su cuartel general en El Paso, Texas. Hacia el final de su estadía, la empresa les homenajeó con un suculento banquete de despedida, al cual también invitó a todo el Equipo Editorial que venía trabajando en la producción de la Biblia Científica Reina-Valera Actualizada (RVA) de la cual este humilde servidor es el Editor Principal.

Durante el almuerzo, y en la fase de sobremesa, los ilustres visitantes compartieron con nosotros grandes sueños que con el devenir del tiempo se han convertido en realidad. Entonces, hacia el final de la cena, se puso de pie el presentante de México, un joven carismático a quien tuve el placer de conocer y tratar durante su estadía en Estados Unidos. El mostraba un especial interés en nuestras actividades para la producción de la Biblia RVA.

* * *

Al margen de todo esto, él quería compartir con todos los comensales un hecho curioso y también insólito, que estimaba que había escapado de nuestra atención, dada la intensidad de nuestra labor en el Equipo Editorial.

Estas son sus palabras textuales:

—Estimados amigos, no sé si se habrán enterado de un hecho insólito y conmovedor. Me refiero a la publicitada subasta que se ha realizado la semana pasada en New York. Se ha subastado varias obras de arte de Picasso, de Van Gogh, de Matisse y de Paul Gaugin. Pero ha dado más que hablar la subasta del cerebro del genio de Albert Einstein que formulara la Teoría de la Relatividad y nos mostrara el camino a las estrellas y a las galaxias.

* * *

Todos fuimos conmovidos al ver en lo que van a parar los restos físicos de un ser humano, por glorioso que fuera en vida.

Efectivamente, yo había leído que el sabio hebreo había donado su cuerpo para la investigación científica, y fue desmenuzado por completo. También había oído que en algún lugar del mundo se había conservado su cerebro para ser estudiado por la ciencia del futuro.

Me dio pena que en este país, el país más importante del mundo, estuvieran abocados a semejantes profanaciones. En realidad, todas las subastas tienen un 99 por ciento de injusticia, porque todos ganan una millonada, menos el autor de la obra subastada, que con toda probabilidad se murió de hambre o de tuberculosis.

Sí, señor. Todas las subastas son inmorales, salvo aquellas que subastan alguno de los raros calzones de la Marilyn Monroe.

* * *

El representante de México continuó:

—¿Quisieran saber cuánto fue el monto básico fijado para el cerebro de Albert Einstein?

Todos dijeron a una:

—¡Amén! ¡Amén!

Y continuó:

—¡Cien millones de dólares!

Como habíamos estado tan ocupados con lo del lanzamiento editorial de la Biblia RVA no habíamos tenido tiempo para ver la televisión o examinar los periódicos más recientes.

El siguió informándonos:

—También se ha subastado el cerebro de nuestro amado hermano. . . ¡Moisés Chávez!

Todos se rieron de buena gana. Pero él prosiguió:

—¡Fue subastado en 200 millones de dólares!

Me sentía ufano por tan alta estima, y se me ocurrió preguntar:

—¿Y por qué mi cerebro puede valer el doble que el cerebro de Albert Einstein?

Y respondió:

—Porque está nuevito. ¡Nunca ha sido usado!

Esa fue la última vez que alguien me tomaba del pelo.

20 LA DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

Aquellos primeros días en Bolivia eran muy ajetreados.

Recientemente nos habíamos trasladado de Lima a La Paz, y el martes 17 nos trasladamos al departamento que nos había provisto la Iglesia “Dios es Amor”.

El piso inferior estaba ocupado por la familia Gutiérrez: Feli, su esposo Pascual y sus pequeños hijos: Marcos de cinco, Pablo de seis, Ruth de siete y Marlene de doce. Ellos eran “los de abajo”, como los llama la Lili para abreviar, en contraste con ella, que era “la de arriba”. Ellos eran también “la con lentes” y “los sin lentes”.

Marcos, el más pequeñito, de la edad de la Lili, tiene un notable parecido al Pachi, el perrito engreído de los 101 Dálmatas, aunque en posición de “¡firmes!” más parece un chanchito que se dispone a volar.

“Los de Abajo” llegaron a ser parte de nuestra familia. Antes no habíamos tenido vecinos tan cercanos y en un lugar de tanta seguridad como para dejarlos de su cuenta. La alegría era enorme.

* * *

En los primeros días, mientras dábamos los últimos toques al arreglo de nuestro departamento, la Lili nos ayudó a reparar el piso de parquet: ¡Cobraba dos bolivianos por cada pieza de parquet que descubría despegada! Esta lucrativa labor la mantuvo un tiempo volando bajo, al ras del suelo.

Por las tardes, todos los niños juegan con sus bicicletas y patines en el amplio patio pavimentado, y juntos con otros niños pasan las noches en el cuarto de peluches de nuestra pequeña, que ha sido condicionado para la proyección de edificantes videos de Walt Disney, como el de los 101 dálmatas y la Cruela de Vile. Otros niños se suman a su alegría, entre ellos Danny, hijo de una bellísima familia del Perú. Cierta día apareció un letrero pegado a la puerta de ese cuarto: “CINE LILI”.

Marlenita, siendo la mayor, cuida de todos con un amor tal que sólo era sobrepasado por el amor que ella siente por su perro Chocolatín.

Entonces, a nuestra pequeña Lili, de cinco años de edad, se le ocurrió celebrar nuestro traslado invitándonos generosamente a mí y a sus nuevos amiguitos del piso inferior, al Circo de los Hermanos ANSAUI. A mí sólo me invitó hasta la boletería, por supuesto.

* * *

Lo que más me deleita de los circos son los payasos, los seres más perfectos y completos que Dios ha creado, y cuya Missio Dei es regalarte alegría y arrancarte saludables sonrisas. Pero en esta ocasión quedé más impresionado y admirado de la actuación de “Toto”, ¡un gorila que es todo un caballero!

Vea usted, que cuando le tocó su número artístico, apareció en el escenario una mesita cubierta con un pulcro mantel blanco, una sillita y un tacho para la basura. También había al lado un catrecito del tamaño de una cuna pequeña, cubierto con su colchita, y debajo del catrecito estaba la bacenica de fierro enlosado.

Entonces, en medio de los aplausos del público hace su aparición el Toto. El se sienta en la silla y se dispone a cenar. Mientras un mozo humano le sirve, él se acomoda una servilla grande al cuello. Luego corta la carne con el cuchillo y el tenedor, y come. De rato en rato se limpia la boca con la servilleta, y toma Coca Cola vertiéndola de la botella en el vaso.

¡Qué testimonio de decencia y pulcritud! ¡Qué gran ejemplo para la de arriba y para los de abajo!

Yo le doy un codazo a mi hija, y le digo:

—¡Cómo quisiera que fueses como el Toto!

* * *

Pero mientras transcurre el acto, el Toto pierde gradualmente la etiqueta y me hace quedar mal.

Tira la servilleta, el plato y el cubierto al tacho de basura. También arroja a la basura el vaso, y vierte la Coca Cola directamente a su boca desde la botella, a boca de jarro. Y taconeando su boca con comida con la palma de su mano y sus dedos mugrosos.

¡Qué desilusión! ¡Y yo que le decía a mi pequeña hija que anhelaba que ella fuera como el Toto!

Menos mal que es hora de dormir. El Toto bosteza golpeando sus labios con su mano y se acuesta en su catrecito, y se tapa con su colchita. . .

Pero. . . ¡Ayayay! Le urge algo, y se vuelve a levantar de la cama, lanzando la colcha por el aire. Luego se baja el calzón, toma la bacenica, y se sienta en ella ante la vista y paciencia del público que se destripa de risa.

El Toto se rasca la cabeza mientras dura la “Operación Bacenica”, y al terminar. . .

Al terminar, ¡arroja su contenido sobre las caras y cabezas del público delirante!

En su desesperación, la gente no sabe qué hacer para esquivar las bolas de papel corrugado que caen sobre sus cabezas. Y a la de arriba y a los de abajo no hay manera de curarles del ataque de risa. Todos ellos están de acuerdo que el Toto fue el mejor.

* * *

El 13 de abril la Lili cumplió seis añitos, y de nuevo tuvo la idea genial de invitar a “los de abajo” y al Danny Pastor a pasar una tarde entera en las instalaciones del Kusillo.

No se trata de ningún “cursillo”, sino de un centro de entrenamiento científico que gusta mucho a los niños, tanto que permanecen allí hasta que con todo cariño los boten afuera.

El Danny y los de abajo vinieron a ayudarnos con los preparativos del cumpleaños. Inflar cientos de globos es tarea dura, aunque dispongamos de la maquinita de inflar.

Una vez que todo estaba listo empezaron a llegar los invitados: Del Centro Boliviano Israelita (CBI), del Centro Boliviano Americano (ACB), de su Clase Estrellitas y

de los clubes de OANSA. Cerca de 70 chicos, de los cuales 40 eran niños pequeños, algunos de teta. Semejante multitud no hubiera podido ser atendida de manera ordenada, a no ser por la ayuda de Locotito, que es el gerente, artista y mago exclusivo de “Locotito Show”.

La De Arriba y los De Abajo se divierten sin cesar, pero también estudian y cumplen con sus tareas del colegio, y de vez en cuando se reúnen para charlar en el salón de Helados Frigo. Y ellos nunca ponen de lado a la Petite Amande (la Amandita Chiquita), nuestra pequeña tortuga internacional.

*¡Qué bonita vecindad!
Es la vecindad del Chávez.
No valdrá ni dos centaves,
¡pero es linda de verdad!*

* * *

A veces pienso que nuestro traslado definitivo a Bolivia estaba decidido desde 1967. Ese año yo estaba empezando mis estudios en la Universidad Hebrea de Jerusalem juntos con un simpático grupo de jóvenes provenientes del CBI de La Paz. Entre ellos estaba Abraham Cukierman (el Abale), ahora docente en el CBI, quien me embelesaba hablándome de La Paz que era el escenario de sus mil aventuras. Por eso siempre tuve en perspectiva conocer esta hermosa ciudad.

En 1983 visité La Paz por primera vez, y aquellos jóvenes que conocí en Israel se enteraron, no sé como, de mi presencia aquí. Entonces la moráh Viviana Isidorof, profesora del CBI, me invitó para dar una Conferencia Magistral en el Círculo Israelita, auspiciada por la Embajada de Israel. También fui invitado para visitar las aulas del CBI, desde los más pequeñitos hasta los de Cuarto Medio, el último año de la secundaria en Bolivia. Aquella visita ha sido una de las experiencias más impactantes de mi vida.

Quedé muy impresionado al ver juntos niños judíos y cristianos en una institución que es regida por el Ministerio de Educación de Israel y por el de Bolivia.

La moráh me presentó a los niños del CBI como un escritor peruano que había estudiado en la Universidad Hebrea de Jerusalem, y yo les dirigí unas breves palabras, salvo en los cursos más avanzados donde tuve charlas largas con preguntas y respuestas.

Entre los alumnos aventajados se encontraba un chico cerebral llamado Arie, hijo de la moráh Rosette Waintrob, que llegaría a ser un amigo muy especial para mi familia.

* * *

Cuando la moráh Viviana me presentó al primer curso, todos se pusieron de pie, y ella les saludó:

—*¡Shalom, yeladím!* (Hola, niños).

Y todos los niños respondieron en voz alta y al unísono:

—*¡Shalom, moráh!* (Hola, profesora).

Luego les dijo:

—*¡Shvú be-baqasháh!* (Siéntense, por favor).

Y ellos tomaron asiento, diciendo:

—*¡Todáh rabáh!* (Muchas gracias).

Entretanto, yo elevaba una silenciosa plegaria en mi corazón: “¡Dios mío, si alguna vez yo llegase a tener un hijito o una hijita, permíte que estudie en el CBI!”

* * *

Algunos años después me casé con una chica boliviana y nació Lili Ester, y siendo aun bebita la trajimos al CBI en una de nuestras visitas a La Paz.

Recuerdo bien que eran los días de la festividad de Sukót o Tabernáculos y departimos con los profesores y los alumnos bajo la cubierta de una cabaña ingeniosamente decorada por los niños de kínder. Allí me dijo la moráh Rosette Waintrob: “¡Moisés, trae a tu hijita cuando crezca, para que estudie aquí en el CBI!”

Nosotros vivíamos en Lima, y traerla al CBI representaba un traslado total de un país a otro, cosa nada fácil, que se mantuvo como un anhelo lejano. Pero años más tarde, ocurrió.

Nuestra pequeña fue admitida en el CBI para el primer año de primaria mientras nos encontrábamos aun en Lima en plena labor de embalaje de nuestra biblioteca, una labor que fue interrumpida sólo para asistir a dos emotivos actos de despedida:

Uno de ellos tuvo lugar en Tarma, en la sierra central del Perú, organizado por los estudiantres de la AMIEP.

El otro tuvo lugar en las instalaciones del Club Mahanayim, en cuya piscina la pequeña Lili y yo deleítamos a la concurrencia con una demostración de ballet acuático. Todos presenciaron este show entumecidos por la inoportuna llovizna de El Niño que se hizo presente en el acto, sin invitación.

El día de nuestra partida definitiva a Bolivia, un grande grupo de amigos peruanos y coreanos nos acompañaron al aeropuerto. Con nosotros venía la Petite Amande, la Amandita Chiquita, nuestra pequeña tortuguita que pasaría sin ser detectada por los controles de inmigración y de aduana, para luego viajar “de pavo” en el bolsillo de mi chamarra, disfrutando de las atenciones de Lloyd Aéreo Boliviano.

* * *

El lunes 16 de febrero, la Lili empezaba sus clases en el CBI, y el martes 17 nos trasladamos al departamento que nos había provisto la Iglesia “Dios es Amor” en el segundo piso de su condominio.

El piso inferior estaba ocupado por la Feli, su esposo, Pascual Gutiérrez, y sus pequeños hijos: Marcos, Pablo, Ruth y Marlene. —Marcos, el más pequeñito, tiene un notable parecido a Pachi, el perrito engreído de los 101 Dálmatas, aunque en posición de “¡firmes!” más parece un chanchito que se dispone a volar.

“Los de Abajo”, como los llama la Lili para abreviar, llegaron a ser parte de nuestra familia. Antes no habíamos tenido vecinos tan cercanos y un lugar de tanta seguridad como para dejarlos de su cuenta.

En los primeros días, mientras dábamos los últimos toques al arreglo de nuestro departamento, la Lili nos ayudó a reparar el piso de parquet: ¡Ganaba dos bolivianos por cada pieza que descubría despegada!

Por las tardes, todos los niños juegan con sus bicicletas y patines en el amplio patio pavimentado, y juntos con otros niños pasan las noches en el cuarto de peluches de nuestra pequeña, que ha sido condicionado para la proyección de edificantes videos de Walt Disney. Cierta día apareció un letrero pegado a la puerta de ese cuarto: “CINE LILI”.

Marlenita, siendo la mayor, cuidaba de todos con un amor tal que sólo era sobrepasado por el amor que ella sentía por su perro Chocolatín.

21

¡VIVA MI PATRIA BOLIVIA!

Dura cosa es trasladarse por completo de un país a otro país.

Durante siete años Amandita y yo habíamos logrado cimentar en el Perú una dinámica empresa en el campo de la educación teológica conocida como el Centro de Estudios Bíblicos “Casiodoro de Reina” (CEBCAR), a nombre del gran reformador español que nos diera por primera vez la Biblia completa en español.

Se dice que nadie es profeta en su tierra. Sin embargo, a pesar de las dificultades nos propusimos ser eficientes en nuestro propio país y servir a nuestro pueblo. Y tuvimos éxito.

Jamás hemos lloriqueado por servir a Dios en el Perú. Nos ha tocado crecer en medio de la guerra y la violencia terrorista de Sendero Luminoso y del Movimiento Revolucionario “Túpac Amaru” (MRTA). Nos ha tocado crecer en medio de la epidemia del cólera, en medio de las crisis de sequía y de racionamiento de energía eléctrica y agua en la Capital. Y en medio de las peores inundaciones y carestía provocadas por el fenómeno de El Niño.

* * *

Ahora ha llegado el momento de decir “adiós” a nuestro amado Perú, y lo hacemos con nostalgia, y con agradecimiento. Es posible que en ningún otro país podamos tener los resultados que logramos en el Perú, atendiendo el clamor y la necesidad de multitudes de jóvenes.

Jamás cobramos en dólares por los programas educativos del CEBCAR. Jamás recibimos un solo céntimo de sol como ayuda del Perú, y menos del extranjero. Hemos experimentado que Dios bendice de veras a los que proceden con decencia, con honestidad y con una clara perspectiva de Misión.

El CEBCAR dispuso de su propio local en una zona céntrica de Lima. Allí teníamos el Museo de la Biblia y la Sala de Biblioteca que nos sería también de sala de conferencias y aula para los cursos. Hemos contado con un taller para la producción de los materiales educativos y una oficina para la coordinación de nuestras actividades a nivel nacional e internacional.

En los últimos cuatro años de nuestra permanencia en el Perú trabajamos con tres importantes instituciones teológicas que adoptaron la Biblia Científica RVA y la modalidad de Cursos Cortos Programados basados en Separatas Académicas:

1. La Academia Misionológica de la Iglesia Evangélica Peruana (AMIEP).
2. El Seminario Bíblico Misionero “San Pablo” de la Iglesia Pentecostal Misionera.
3. El Instituto Bíblico “San Andrés” de la Iglesia Evangélica Presbiteriana y Reformada del Perú.

* * *

Nuestro sistema de operaciones nos permitió atender también las invitaciones de Arequipa, Cajamarca, Trujillo, Barranca, Huancayo, Cusco, Pucallpa, La Merced, Canta, Tarma, etc., y de otros países de la América Latina.

La Primera Promoción del CEBCAR, en 1996, fue de 85 graduandos. Al acto de clausura asistieron 1.200 personas, apiñadas en todos los ambientes y pasadizos de la Iglesia Maranatha en Lima.

En 1997 implementamos nuestro programa académico de la modalidad de Educación Teológica por Extensión (ETE), que con el transcurso del tiempo vino a llamarse “Programa Universitario de Teología” del CEBCAR (PUT-CEBCAR), aunque él público la llama “el Gran Paquetazo” que ese año alcanzó a 50 estudiantes.

En ese tiempo llevamos a 44 de nuestros estudiantes a visitar Israel, y otros países bíblicos, y algunas de las graduaciones del CEBCAR se llevaron a cabo en la Sala de Conferencias del Hotel Ramada Renaissance, en Jerusalem.

* * *

Ahora llegaba el momento de decir “adiós” a nuestro amado Perú, pero nos llena el corazón saber que lo hemos tomado en cuenta en primer lugar.

El Perú ha sido para nosotros nuestra Jerusalem, el punto de partida de nuestra labor de proyección mundial. También ha sido nuestro laboratorio y campo de experimentación de los programas que seguiremos implementando en Bolivia.

En realidad, nuestra partida del Perú estaba decidida muchos años atrás, desde 1967, el año de la Guerra de los Seis Días. Entonces yo estudiaba en la Universidad Hebrea de Jerusalem con un grupo de jóvenes judíos bolivianos que se habían graduado recientemente del Colegio Boliviano Israelita (CBI) de la ciudad de La Paz. Entre estos jóvenes había uno en especial, que siempre fue mi amigo del alma: Abraham Cukierman, a quien llamábamos de cariño, Ábale, o Abramcito en yidish. Actualmente él es docente en el CBI y profesor de los cursos de Hebreo e Historia de Israel.

Abale era un enamorado de la ciudad de La Paz, y cuando vivíamos en Israel, la recordaba con nostalgia. Fue él quien despertó en mí en anhelo por conocer esta ciudad y el CBI. Siempre lamento no haber podido asistir a sus bodas en La Paz, habiendo sido yo uno de los principales invitados. En esos días yo vivía en Jerusalem.

* * *

En 1982 y 1983 visité Bolivia invitado por el Seminario Teológico Bautista de Cochabamba.

En mi segunda visita a Bolivia vine por primera vez a La Paz para un programa educativo en la Iglesia Bautista de El Prado y la Iglesia Bautista de la Garita de Lima. Mi amigo, el Pastor Arturo Nacho realizó con éxito los arreglos para que esta visita se pudiera concretar, y me recibió en su propio hogar, junto a las instalaciones de Radio “Cruz del Sur”, que él dirigía.

Entonces se enteraron mis amigos con quienes estudié en Jerusalem de mi presencia en la ciudad de La Paz. Un viernes por la noche, al final de la clausura del programa académico que dirigí, un grupo de ellos irrumpieron en la Iglesia de El Prado. Una de las

chicas me dijo al abrazarme: “¡Móshe, yo no sé qué mierda estoy haciendo aquí, en una iglesia cristiana y en pleno Shabat!”

Me reí con gusto de volverles a escuchar, y acto seguido me arrebataron y me llevaron a las instalaciones, y mientras cenábamos allí recordábamos con nostalgia nuestras locas aventuras en Jerusalem.

* * *

Entonces tuve que alargar mi estadía en La Paz.

En los días siguientes mis actividades fueron organizadas por la Sra. Viviana Isidorof, profesora de hebreo en el CBI, y en cuya casa tuve mis comidas todo el tiempo que permanecí en La Paz, después de cumplidos mis compromisos con Radio “Cruz del Sur”.

Entre mis actividades en medio de la comunidad judía de La Paz se cuenta mi Conferencia Magistral en el Círculo Israelita organizada por la Embajada de Israel y dirigida en especial a los padres de familia del CBI.

También di un curso corto programado de Hebreo Bíblico para empresarios judíos, y una visita de un día entero a cada una de las aulas del CBI, lo cual constituyó una de las experiencias más impactantes de mi vida.

* * *

Quedé muy impresionado ver juntos niños judíos y niños cristianos en un mismo colegio que se regía por los Ministerios de Educación Pública de Bolivia y de Israel.

Ver desplegadas en su patio las banderas de ambos países, y en su salón de actos la Menorah (Candelabro de Siete Brazos) y la Estrella de David, me hacían respirar de antemano la atmósfera aromática que se hacía anunciar en el “techo del mundo”, antes que en las demás naciones.

Hablé a los niños en cada uno de los cursos del CBI, empezando por los más pequeños del Gan Yeladim (Kinder), hasta los alumnos de cuarto medio.

Cuando la Profesora Viviana me introdujo al primer curso, el de los niños más pequeños, todos se pusieron de pie.

La profesora les saludó en hebreo:

—*Shalom, yeladim!* (¡Hola, niños!).

Y todos los niños respondieron al unísono y en alta voz:

—*Shalom, Moráh!* (¡Hola, maestra!).

Luego les dijo:

—*Shvú baqasháh* (Siéntense, por favor).

Y todos tomaron asiento gritando:

—*Todáh rabáh!* (Muchas gracias).

* * *

En todas las aulas ocurrió lo mismo. Yo jamás había presenciado algo tan impresionante.

Luego la Moráh Viviana me presentaba a los niños como un escritor que había estudiado en la Universidad Hebrea de Jerusalem, y yo les dirigía unas breves palabras. Salvo en los cursos avanzados de la secundaria, donde teníamos charlas con preguntas de los alumnos y respuestas.

En medio de este ambiente paradisíaco, yo elevaba a Dios una silenciosa oración que brotaba de lo hondo de mi corazón: “¡Dios mío, si alguna vez yo llegase a tener un hijito o una hijita, permite que estudie en el CBI!”

Muchos años más tarde llegó Lili Ester, y siendo ella una pequeña bebita la llevamos al CBI en una de nuestras muchas visitas a La Paz. Recuerdo que eran los días de Sukot (la fiesta de Tabernáculos), y departimos con los profesores y alumnos bajo la cubierta de una cabañita ingeniosamente decorada por los niños más pequeños del CBI.

Entonces me dijo con ternura la Moráh Rosette Waintrob:

—¡Moisés, trae a tu hijita para que estudie en el CBI!

* * *

Yo me agarré de esas palabras de Rosette, consciente de lo difícil que es el ingreso al CBI.

Dios ha respondido mis plegarias, y a pesar de la distancia, pues hicimos las gestiones desde el Perú, nuestra pequeña hija pudo ser admitida en el CBI para el primer curso de la primaria.

Fue por Lili Ester y por el CBI que estaba decidido de antemano a la ciudad de La Paz y a Bolivia. Pero también por una marcada intuición de que nuestra labor en el Perú había concluido y que la fase de Bolivia estaba a punto de empezar.

Nuestro traslado de Lima a La Paz fue algo difícil de creer. Nosotros mismos no lo podíamos creer, menos aún nuestros familiares y amigos.

De todas nuestras cosas nos podíamos deshacer, menos de nuestra nutrida biblioteca, la biblioteca más completa y actualizada de Ciencias Bíblicas en toda la América Latina. Cuando la contemplábamos ordenada en sus estantes, antes de embalarla en grandes cajones, sentíamos fuertes ganas de llorar, pues ella es toda nuestra vida.

* * *

Temíamos de los trastornos ocasionados por el fenómeno de El Niño y de que fuera averiada por el agua de torrenciales lluvias y huaycos, a lo largo de su odisea de Lima a La Paz.

Además, dos grandes problemas quedaban pendientes por resolver: Primero, ¿qué ocurriría con nuestra casa en Lima. Y segundo, ¿en dónde viviríamos en La Paz. Este segundo problema no dejaba de quitarnos el sueño, como un fantasma persistente que no se apartaba de nuestra cabecera.

El problema mayor se solucionó en primer lugar, porque al enterarse de que nos trasladaríamos a La Paz, el Gral. Juan Verduguez Herbas, miembro de la Junta

Administrativa de la Iglesia “Dios es amor” de la Unión Cristiana Evangélica (UCE), gestionó para nosotros provisionalmente el departamento adjunto al templo.

El 19 de marzo, los miembros de la Junta Administrativa y el Cuerpo de Diáconos nos dieron una cena de bienvenida en la casa del Pastor Tito Montero.

El otro problema se solucionó poco después cuando una familia de misioneros coreanos (el Pastor Kam, su esposa Lucecita y sus pequeños hijos Enson y Ensok) se trasladó a vivir en ella.

Nuestras labores de embalaje de nuestra biblioteca sólo fueron interrumpidas para asistir a emotivos actos de despedida.

Uno de ellos tuvo lugar en Acomayo, Tarma, con nuestros estudiantes de la AMIEP, dirigida por el Dr. Juan Yalico Campos.

Otro fue organizado por nuestros alumnos del Instituto Bíblico “San Andrés” (IBSA), y tuvo lugar en Cieneguilla, en las instalaciones campestres de Mahanaim. Esta última actividad duró un día entero que incluyó un acto central, juegos sociales y un succulento banquete.

Mientras se servía el banquete, Lili Ester (de cinco añitos) y yo tuvimos el enorme placer de brindar a nuestro amado público, una demostración de ballet acuático en la piscina. El público contemplaba bajo una tupida llovizna, rara en Lima. Eran las lágrimas de El Niño, que también se hizo presente para hacer lo que sabe hacer: Ser un malcriado.

* * *

Entonces llegó el día final cuando salimos definitivamente del Perú.

Un nutrido grupo de amigos peruanos y coreanos nos acompañaron al Aeropuerto Internacional Jorge Chávez para despedirnos a Amandita, a mí y a Amandita Chiquita (o Petite Amande), una tierna tortuguita que es nuestra regalona.

Con la bendición de Dios, la Petite Amande pasaría sin novedad todos los contrones de inmigración y de aduana, para luego viajar “de pavo” en el bolsillo de mi chamarra, disfrutando de las atenciones de Lloyd Aéreo Boliviano.

Lili Ester nos esperaba en el Aeropuerto Internacional de El Alto, que está a corta distancia de la ciudad de La Paz. También nos esperaban el abuelito Higinio, la tía Stael y el tío David.

Este fue el último de una serie de viajes de mudanza, tanto por aire como por tierra. El reencuentro fue conmovedor.

* * *

Habíamos dado un gran salto de fe, y la presencia de Dios se hacía sentir en todos nuestros planes.

El lunes 16 de febrero, Lili Ester empezaba sus clases en el CBI.

Libres ya de las tensiones del traslado internacional, se nos dio por cantar a nuestra nueva patria:

*¡Viva mi Patria Bolivia,
una gran nación!
Por ella doy mi vida. . .*

22 SUEÑO Y REALIDAD

He tenido tantos sueños que ya no distingo el sueño de la realidad. He vivido tan intensamente la fantasía, que para mí la fantasía es realidad y la realidad es fantasía. Me dirás que es necesario despertar de la fantasía. . . Entonces te diré que es necesario despertar de la realidad.

Prueba de lo que digo son las siguientes anécdotas relacionadas con sueños de gloria y anhelos de realidad.

* * *

La primera anécdota se refiere a un sueño. No es un sueño que yo soñé, sino el de un amigo con quien he trabajado por muchos años, el Dr. Luis Alberto Romay que con su esposa Elizabeth, vinieron al Perú de su país, Bolivia, para dar los mejores años de sus vidas a la labor educativa en el Perú.

Hace poco le vi un tanto preocupado y me invitó a su oficina porque quería hablar conmigo sobre algo que parecía torturarlo y robarle su paz. Algo incómodo, a causa de su reserva, le pregunto:

—¿De qué se trata?

Con un extraño exceso de ansiedad me dice:

—Tome asiento, doctor. Póngase cómodo. . .

Como da vueltas al asunto me pone más tenso, y le digo:

—¿Me puedes decir, en resumen, de qué se trata?

Me dice:

—Se trata de algo un tanto trágico, pero no es para preocuparse, doctor.

—Pero, ¿de qué se trata?

Me dice:

—He tenido un sueño, doctor. . .

* * *

Su esposa está parada delante de nosotros, un tanto pálida y como a la expectativa. Pero al enterarme que se trata de un sueño me río y le digo:

—¡Ah! Es algo personal. . . ¿Y por qué no lo compartes con un cura o con algún otro consejero espiritual?

Y me echa un baldazo de agua cuando me dice:

—Es que le he soñado a usted, doctor.

A la verdad, no me interesa escuchar sueños ajenos, y menos los de un macho que me confiesa haber soñado conmigo. Que una hembra me confiese eso, sería otra cosa, pero.

* * *

Algo incomodado me dispongo a escucharle, y él vuelve a los circunloquios.

Me dice:

—No se ponga así, doctor. . .

Me pone tenso cuando cierra la puerta de su oficina y le ordena a su esposa que les diga a los estudiantes de la AMIEP que no interrumpen por unos breves momentos.

Luego se sienta y prosigue:

—Soñé que un haz de luz que provenía del cielo se hundía en el suelo. Yo me encaramé de esa luz, empecinado por trepar por ella al cielo, porque mientras más alto subía sentía algo. . . algo. . . algo realmente placentero. Me sentía realizado, doctor, muy, muy feliz. Es algo difícil de describir, doctor.

* * *

El hombre parecía experimentar cierto placer al contarme su sueño:

—Arriba había una gran esfera luminosa que yo anhelaba alcanzar y penetrar. Pero cuán difícil me era, pues me resbalaba, doctor. Y por más que me esforzaba, no lograba subir más alto por la columna de luz. En cambio, usted. . .

Al darme cuenta de que yo formaba parte de este su sueño, le interrumpo y le digo:

—¿Qué pasaba conmigo?

—Usted trepaba con mucha facilidad. Yo le miraba desde abajo, y usted subía como una espumita. Yo me sentía impotente y humillado al verle trepar tan feliz, como una lombriz. ¡Poco le faltaba para penetrar a esa luz metafísica! En cambio, yo me desesperaba, y me avergonzaba porque en mis adentros pensaba o me parecía que usted me estaba haciendo cachita. . .

* * *

Yo pensé si acaso su sueño no tendría algún mensaje profético para mí, o quizás alguna amonestación divina. En este trance, lo menos que podía hacer era escucharle con humildad, sin interrumpirle.

El prosiguió:

—Pero no, doctor. . . Más bien, usted se deslizó abajo, hasta donde yo estaba, y me dijo cariñosamente: “¡Monta sobre mis hombros! ¡Yo te ayudaré a subir!”

Le digo:

—¿Y qué pasó? ¡Seguro te montaste en mi encima y nos dimos contra el suelo los dos!

Me dice:

—Confieso, doctor, que para nada tomaba yo en serio sus palabras. Porque, ¿cómo yo, tan alto y atlético, iba a montar sobre sus hombros de usted, tan chaparrito? Disculpa, doctor, pero a tanta insistencia, acepté. Entonces. . .

—¿Entonces me volviste cachanga sobre el suelo? No te preocupes, los sueños sueños son.

—¡No, doctor! Lo admirable es que usted, conmigo sobre sus hombros, subía con la misma facilidad por aquella columna de luz. Al final. . .

* * *

De nuevo sus palabras vuelven a salir entrecortadas, lentas. Finalmente, se calla.

—Al final, ¿qué? —le digo—.

—Al final yo alcancé a entrar primero en el umbral de la esfera celestial, gracias a su empujoncito providencial.

Yo le escucho enmudecido, pensando: “Seguramente su sueño tiene conexión con lo que me dijo hace unos días: Que anhelaba que yo fuese su Asesor Académico para la escritura de su Tesis Doctoral. Y seguro quería darme a entender que aunque ya tenía acumulados excelentes materiales bibliográficos, le faltaba “el empujoncito providencial”.

El prosigue:

—Mientras usted a duras penas lograba deslizar su físico maltrecho por encima del umbral de luz, se despejó ante mí la entrada de la gloria. . .

* * *

Bueno, eso puede ocurrir. . . Pensé. Ocurre que uno es el que se afama, y otro es el que cosecha la gloria.

El continuó:

—Cuando por fin estuvimos los dos de pie ante el umbral de la gloria, se presentó ante nosotros un zambo que se las daba de San Pedro. Honestamente, no me podía caber en la cabeza que fuese San Pedro. Podría tratarse de su amo de llaves, pues las cosas pueden haber mejorado en el cielo. Pero este zambo se me hacía conocido. . . Yo lo había visto aplaudir en la esquina de su casa en La Victoria. . .

El prosiguió:

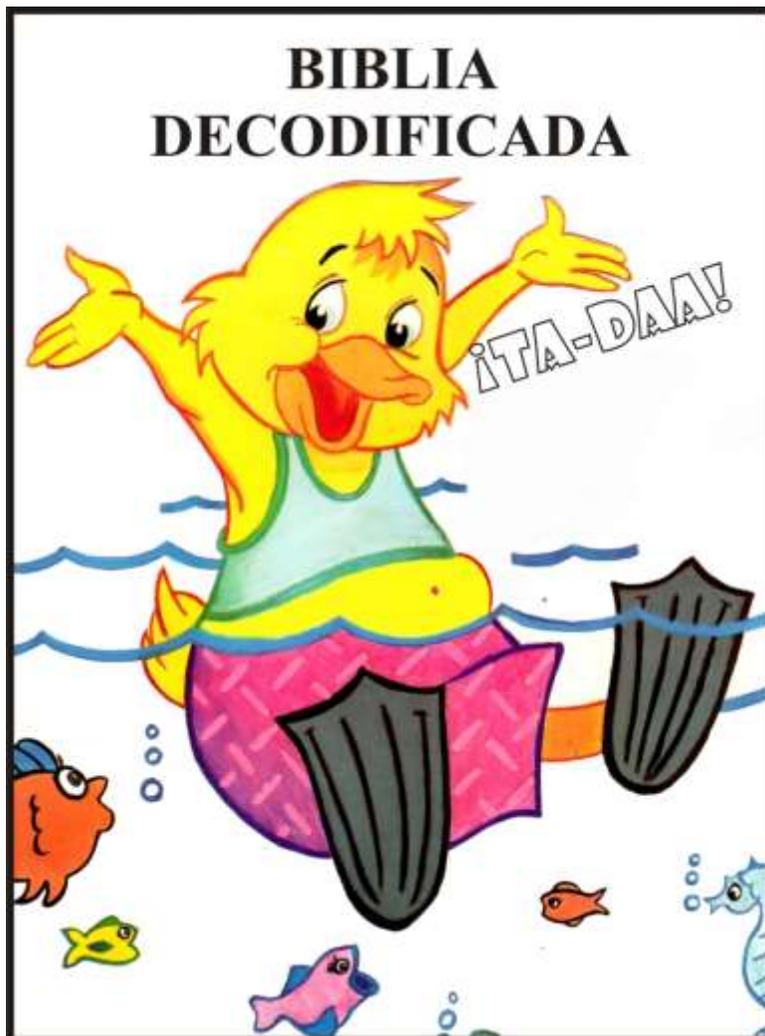
—El zambo portaba una laptop Pentium LXX, y mientras usted jadeaba y se secaba el sudor con un pedazo de nube, él me miró de pies a cabeza y preguntó por mi nombre. ¡y mi nombre apareció en la pantalla! Entonces me dijo:

*Tu nombre está escrito.
¡Eres suertudo, collera!
Por tanto, dentra nomás.
Como verás, nuay acera;
Pasa, pues, por el cantito
y por la calle de oro te vas.*

Luego le echó una mirada a usted, y dirigiéndose de nuevo a mí, me dijo:

*Pero a este tu burrito
me lo arreas para afuera,
y dentras solito nomás.*

Al principio quise que me revelara si en verdad lo soñó. Pero como se reía a carcajadas sin escucharme, no insistí más. Esa fue la última vez que alguien me tomaba del pelo.



**LA BIBLIA DECODIFICADA DEL DR. MOISES CHAVEZ
EL GRAN PBI: PROGRAMA BIBLIOTECA INTELIGENTE**



[Biblioteca Inteligente] [Biblia Decodificada] [Biblia RVA] [Separatas Académicas] [Antologías de Historias Cortas] [Estudios Universitarios] [Contacto]

BARRA AZUL DE ENLACES 

www.bibliotecainteligente.com
PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace "Inicio" diviértete con "El Changuito de la Biblioteca Inteligente" y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip "Caminando por la Vida".
 Luego ingresa al enlace "Biblioteca Inteligente" y disfruta el Album de Fotos Sivrallas.
 Luego ingresa al enlace "Antologías de Historias Cortas" y ¡a todo lo demás!
 ¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!



**LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
 DEL DR. MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP**

- 😊 Para el acceso a la Biblioteca Inteligente abra www.bibliotecainteligente.com
 Los enlaces están con letras blancas en fondo azul debajo de la foto.
- 😊 Vea el Album de Fotos Sivrallas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Vea el índice de 1.050 historias cortas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Ubique el volumen sobre Shilicología en el enlace, *Antologías de Historias Cortas*.
- 😊 Vea el índice de 165 Separatas Académicas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* en el enlace, *Biblia Decodificada*.
- 😊 Vea la información sobre la *Biblia RVA* en el enlace, *Biblia RVA*.
- 😊 Para los Estudios Universitarios CBUP acceda al enlace correspondiente.



**VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
Y DEL MUSEO DE LA BIBLIA DEL CEBCAR**
Al pie, empastados en color azul, están los originales de la Biblia RVA
y de la *Biblia Decodificada*





www.bibliotecainteligente.com

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarcup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651